LA ÚLTIMA DE LAS MENTIRAS

Alexis de Caubet



La última de las mentiras

Alexis de Caubet

Copyright © 2026 Alexis de Caubet
Todos los derechos reservados.

Traducido del occitano por el autor.

CAPÍTULO 1.

El TGV no entró en la estación; encalló.

Era el final de la línea, el fin de los raíles, el tope brutal contra el Mediterráneo. Durante tres horas, Élise había atravesado Francia y luego Occitania como quien atraviesa un sueño sin imágenes, protegida por la velocidad y el ronroneo climatizado de la primera clase. París era una abstracción gris, una ciudad de lluvia y hormigón pulido que se había ido borrando kilómetro tras kilómetro. Pero cuando las puertas neumáticas sisearon al abrirse, no fue aire lo que irrumpió en el vagón. Fue una bofetada.

Un calor sólido, material. Una mano ardiente que te agarraba por la garganta y apretaba.

Élise aferró su maleta; los nudillos se le pusieron blancos sobre el asa de cuero. Inspiró. El aire tenía ese gusto metálico, ese sabor a polvo calentado al blanco, a frenos quemados y, en algún lugar, mucho más allá del hedor a orina y gases de escape, el olor fiero y salado del mar.

Marsella.

Posó el pie en el andén y el estrépito la sumergió. No era el murmullo civilizado de la Gare de Lyon. Era un clamor. Gritos, llamadas, risas que parecían ladridos, el rodar infernal de las maletas sobre el suelo de baldosas que evocaba el ruido de miles de escarabajos en fuga. La luz caía desde las vidrieras mugrientas en columnas de polvo luminoso, tajando la sombra con la violencia de una cuchilla.

Élise se ajustó las gafas de sol, un gesto irrisorio de protección. Tenía treinta y dos años, era restauradora de arte, acostumbrada al silencio aterciopelado de los museos y a la delicadeza de los barnices antiguos. Aquí, todo era demasiado vivo, demasiado fuerte,

demasiado vibrante, demasiado occitano. Aquí, volvía a ser la cría, la parisina en ciernes que había huido de esta ciudad doce años atrás.

Avanzó entre el gentío. La multitud no era un conjunto de individuos; era un rebaño en pánico, una masa orgánica que supuraba sudor e impaciencia. Los cuerpos se rozaban, se empujaban sin pedir disculpas. La carne estaba húmeda, reluciente. La observaban. En París, nadie te mira. En Marsella, cada mirada es una evaluación, un pesaje. Te juzgan, te desean o te desprecian en una fracción de segundo.

Bajó por la escalera mecánica hacia el vestíbulo principal, con el corazón golpeando un ritmo irregular contra las costillas. Julien. El nombre flotaba en su mente, negándose a anclarse. Julien estaba muerto. Ahogado. La palabra «suicidio» le martilleaba las sienes, sincronizada con el flujo de la sangre. ¿Julien, que nadaba como un delfín, que conocía cada corriente, cada capricho de esa perra de mar, se habría lanzado al agua para acabar con todo?

Imposible.

Salió a la explanada de la estación de Saint-Charles y el mundo volcó.

Ante ella, la ciudad se extendía, obscena y magnífica, despeñándose por la colina como una colada de lava blanca petrificada por el tiempo. A lo lejos, Notre-Dame de la Garde velaba, una punta de oro vibrando en un cielo de un azul tan duro que hería los ojos. Y más abajo, el puerto, el Vieux-Port, esa mandíbula abierta hacia el horizonte.

El sol del mediodía no era un astro, era un arma. Aplastaba los tejados, derretía el alquitrán, volvía las sombras negras como tinta china. No había matices. Ni grises. Solo el blanco cegador y el negro absoluto. Era una luz de tragedia antigua, una luz que no permitía secretos y, sin embargo, esta ciudad no estaba hecha de otra cosa: de secretos enterrados en la caliza.

Gabriel la esperaba cerca de la parada de taxis, apoyado en un pivote de hormigón, con los brazos cruzados.

No había cambiado y, al mismo tiempo, era otro. Conservaba esa complexión de toro, esos hombros anchos que parecían capaces de sostener el cielo, pero algo en su postura se había encorvado, como si la gravedad pesara más sobre él que sobre los demás. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camisa de lino arrugada, abierta sobre un torso bronceado por el sol.

Élise se detuvo a cinco metros de él. El viento se levantó bruscamente. El Mistral. No era aún la tempestad, solo los prolegómenos: esas ráfagas nerviosas que levantan las faldas y hacen restallar las banderas, que vuelven locos a los hombres y limpian el cielo hasta el hueso. Un mechón de pelo azotó el rostro de Élise.

Gabriel levantó la vista. Se quitó las gafas de sol. Sus ojos eran dos esquirlas de vidrio pulido por el mar, de un verde indefinible, nublados por el cansancio. No sonrió. No hizo ademán de acercarse.

— Has venido —dijo.

Su voz era un pedregal. Tenía el timbre de las cigarras, ese frotamiento seco y monótono que acaba por obsesionar.

— ¿Pensabas que no vendría? —preguntó Élise, luchando para que no le temblara la voz—. Al fin y al cabo, es mi hermano.

— Era tu hermano —corrigió él.

La brutalidad del pasado la golpeó en el plexo.

— No juegues a eso conmigo. Ahora no.

Gabriel suspiró, un sonido largo que pareció vaciarle los pulmones. Se despegó del pilar y se acercó. Olía a tabaco frío y a ese aroma indeleble de jabón barato que tienen todos los policías de Francia. Tomó la maleta de manos de Élise sin pedir permiso.

— El coche está en doble fila. Vámonos. Esto es un horno.

La guio hacia un Peugeot camuflado, gris, anónimo, cuya carrocería ardiente irradiaba calor. Arrojó la maleta al maletero con una violencia contenida. Una vez dentro, el aire acondicionado sopló un frío polar, artificial, que hizo estremecer a Élise. La transición era demasiado brusca, como todo en esta ciudad.

Gabriel arrancó, insertándose en el tráfico del boulevard d'Athènes con una autoridad agresiva, forzando el paso, ignorando los cláxones.

— Tu madre no quería que viniera a buscarte —soltó mientras fijaba la vista en la carretera—. Dijo que ya conocías el camino.

— Ella tampoco ha cambiado, entonces.

— Aquí nadie cambia, Élise. Uno se endurece, eso es todo. Como la tierra cuando no llueve. Nos volvemos de ladrillo.

Conducía rápido, demasiado rápido. El paisaje desfilaba tras la ventanilla lateral: un caos de fachadas ocres y amarillentas, de persianas cerradas, de plátanos sedientos cuya corteza se pelaba como piel quemada. Marsella bullía. Las motos zigzagueaban entre los coches como avispones suicidas. Hombres con el torso desnudo gritaban de una acera a otra. Era una ciudad en ebullición permanente, una olla a presión.

— ¿Por qué no me llamaste? —preguntó Élise—. Cuando lo encontraron. ¿Por qué tuve que enterarme por un notario?

Gabriel apretó las manos sobre el volante. Sus nudillos estaban cubiertos de pequeñas cicatrices blancas.

— Procedimiento. Y además... no sabía qué decirte. «Hola Élise, han pasado cinco años, por cierto, Julien se ha ido al garete en Les Goudes». No hay una forma buena de decirlo.

— No se suicidó.

El silencio volvió a caer en el habitáculo, pesado, espeso. Gabriel no respondió de inmediato. Negoció una curva cerrada que los conducía hacia la autopista Este, dirección al valle del Huveaune, hacia las colinas donde se ocultaba la casona familiar.

— El informe del forense es tajante —dijo finalmente con voz neutra, profesional—. Ahogamiento. Sin señales de lucha. Alcoholemia masiva. Bebió, nadó, se hundió. Es un clásico. El mar no perdona a los borrachos.

— Julien no bebía desde hacía diez años.

Gabriel le lanzó una mirada rápida, indescifrable.

— La gente recae, Élise. Sobre todo aquí. El pastis no es alcohol, es leche materna.

— Mientes.

— Soy poli, Élise. Constato hechos. No hago sentimentalismos.

Frenó bruscamente en un semáforo en rojo. El coche vibraba al ralentí.

— Toma —dijo sacando un llavero del bolsillo.

Le tendió un juego de llaves antiguas, pesadas, de hierro forjado. El metal estaba tibio.

— Las llaves de la Bastide. La policía ha levantado el precinto esta mañana. Está... está vacía.

— ¿Vacía?

— Tu madre está en su casa, en la ciudad. Se niega a volver a poner un pie allí arriba. Dice que la casa está maldita.

— ¿Y tú? ¿Tú también lo crees?

Gabriel giró la cabeza hacia ella. Por primera vez, su máscara se resquebrajó. Un destello de desamparo puro atravesó su mirada,

oculto enseguida, pero Élise lo vio. Era el mismo brillo que tenía el día de su ruptura, en el andén de esa misma estación.

— Creo que esa casa es una tumba, Élise. Coge tus cosas, véndelo todo y lárgate a París. No te quedes para el entierro. No indagues.

— ¿De qué tienes miedo?

El semáforo cambió a verde. Alguien pitó detrás de ellos. Gabriel arrancó.

— El Mistral se está levantando —repitió, como si eso lo explicara todo—. Cuando el viento sopla así durante tres, seis, nueve días... las cabezas dan vueltas. Los viejos dicen que el viento saca los secretos de las piedras. No quiero que estés aquí cuando eso ocurra.

No la llevó hasta la casa. Se detuvo en el aparcamiento de una agencia de alquiler de coches a la salida de la ciudad, en la zona comercial de La Valentine. Era un "no-lugar", un espacio de asfalto y carteles estridentes.

— Te dejo aquí. Tengo un coche reservado a tu nombre.

— ¿No vienes conmigo?

— Entro de servicio en veinte minutos.

Desbloqueó las puertas. El aire ardiente se coló de nuevo. Élise bajó, aturdida. Gabriel sacó su maleta y la posó en la acera. Vaciló un instante, como si quisiera tocarla, tomarla del brazo, decirle algo de verdad. Pero se limitó a ponerse de nuevo las gafas negras.

— Ten cuidado, Élise. La Bastide está sola. No hay vecinos hasta el siguiente valle. Cierra bien las persianas.

Subió al coche y arrancó sin mirar atrás, dejando a Élise sola al borde de la carretera, con sus llaves de hierro y el sabor de la ceniza en la boca.

Una hora más tarde, Élise conducía un pequeño Fiat de alquiler por la carretera sinuosa que subía hacia el macizo de l'Étoile. Había dejado atrás el estruendo de la ciudad para adentrarse en el silencio de la garriga.

El paisaje cambiaba. La ciudad se deshilachaba, dejando paso a una naturaleza hostil y grandiosa. La roca caliza afloraba por doquier, blanca como osamentas, perforando la tierra roja y seca. Los pinos de Alepo, retorcidos por el viento, se aferraban a las pendientes como desesperados al borde del vacío.

El calor aquí era distinto. Ya no era pesado y contaminado como abajo. Era seco, aromático. Olía a tomillo machacado, a romero desmenuzado, a resina caliente y a tierra cocida. Las cigarras habían comenzado su concierto ensordecedor. Millones de minúsculos platillos frotados unos contra otros; un grito continuo, estridente, que no era un canto sino una sierra mecánica cortando la tarde. Élise había olvidado ese ruido. Llenaba el cráneo, impedía pensar. Era el pulso de la Provenza y de la Occitania oriental, un pulso demasiado rápido, febril.

Reconoció el camino de tierra, flanqueado por muretes de piedra seca que se desmoronaban por tramos. El polvo se elevaba en nubes ocres tras las ruedas.

La Bastide apareció al doblar una curva.

Era una edificación maciza, cuadrada, del siglo XIX, revestida de un rosa desvaído que tiraba a gris. Dominaba el valle, solitaria, arrogante. Una terraza pavimentada con baldosas de barro recorría toda la fachada, a la sombra de tres plátanos centenarios cuyas hojas, anchas como manos, colgaban inmóviles.

La casa tenía los ojos cerrados. Todas las persianas estaban echadas, atrancadas con hierro. Parecía contener el aliento.

Élise apagó el motor. El silencio cayó, colmado de inmediato por el grito de las cigarras y el silbido del viento entre las acículas de los

pinos. El Mistral ganaba potencia. Hacía gemir las ramas, sacudía las hierbas altas y amarillentas del jardín descuidado. Era un jardín de zarzas y agaves, una vegetación de supervivientes. Julien había dejado que la naturaleza recuperara sus derechos, o quizá simplemente había abandonado la lucha.

Salió del coche. La soledad del lugar la sobrecogió. Aquí, nadie podría oírla gritar. Se sintió observada. No por un humano, sino por la casa misma, por las ventanas ciegas del primer piso.

Caminó hasta la puerta de entrada, una pesada pieza de roble tachonada. En el marco, jirones de cinta amarilla y negra de la Policía Nacional ondeaban al viento, tristes guirnaldas de un carnaval macabro. Escena del crimen. No, escena de suicidio, se corrigió.

Le temblaba la mano al buscar la cerradura. La llave, enorme, rascó en el mecanismo oxidado. Tuvo que usar ambas manos, empujar con el hombro. La madera gimió, un lamento largo y doloroso, y la puerta se abrió.

El interior estaba sumido en la penumbra. Hacía fresco, un frescor de cripta. El aire estaba inmóvil, saturado de un olor complejo: cera de abeja, papel viejo, humedad de la piedra y esa nota agria, indefinible, que delata los lugares donde la vida se ha detenido bruscamente.

— ¿Julien? —susurró, absurdamente.

Su voz se perdió en el vasto vestíbulo de baldosas rojas. Nada se movió. Los muebles, cubiertos con sábanas blancas por la policía o por el propio Julien, parecían fantasmas agazapados.

Avanzó unos pasos, dejando la puerta abierta tras de sí para que la luz cruda del exterior tajara la oscuridad. Sus tacones resonaban demasiado fuerte sobre el suelo.

Se dirigió al salón. Todo estaba en desorden, pero un desorden congelado. Una taza de café a medio llenar sobre el velador, con un moho verde flotando en la superficie. Un libro abierto, boca abajo.

La chaqueta vaquera de Julien tirada en el respaldo del sofá, conservando aún la forma de sus hombros. Era insoportable. Era como si acabara de salir a comprar tabaco.

Élise sintió las lágrimas aflorar, un nudo duro en la garganta. Quiso abrir las persianas para ahuyentar esa atmósfera fúnebre, para que entrara el sol, por violento que fuera.

Cruzó la estancia hacia el ventanal. Fue entonces cuando lo oyó. Un ruido ínfimo. Un roce. Se quedó petrificada. Venía de la cocina.

El corazón le dio un vuelco desordenado en el pecho. Gabriel había dicho que la casa estaba vacía. Que acababan de levantar el precinto. Nadie había entrado allí en tres días. Desde el hallazgo.

Contuvo la respiración. El ruido se repitió. Era un sonido rítmico, familiar, pero incongruente en aquel silencio de muerte. El ruido de algo duro golpeando cerámica.

Élise dio media vuelta, caminando de puntillas. El miedo, frío y líquido, se extendía por sus venas. Agarró un pesado candelabro de bronce de la consola de la entrada. Se acercó a la puerta de la cocina, entreabierta. Empujó la hoja con la punta del pie.

La cocina estaba bañada por una luz gris que se filtraba por las rendijas de las persianas cerradas.

En el suelo, cerca del viejo frigorífico americano, había un gato.

Un gran gato naranja, atigrado, con una oreja partida. Marius. El gato de Julien. Un callejero, peleón y salvaje, que su hermano había recogido.

El gato levantó la cabeza al verla. No huyó. Maulló, un sonido ronco, casi un lamento, y luego regresó a su tarea.

Estaba comiendo.

Élise bajó el candelabro, con los brazos repentinamente lacios.

— Marius... bonito... estás aquí...

Se acercó, con las lágrimas nublándole la vista. El gato debía de estar hambriento. Encerrado allí tres días, sin agua, sin comida, en aquel horno...

Se arrodilló junto a él para acariciarlo, esperando sentir las costillas marcadas bajo el pelaje, esperando encontrar a un animal sediento, agonizante.

Pero el pelo de Marius estaba sedoso. No estaba flaco.

Miró el cuenco.

Era un cuenco de porcelana blanca. Estaba lleno hasta los bordes.

Comida húmeda fresca.

La carne estaba hidratada, rojiza, con un fuerte olor a buey y gelatina. No había ni la más mínima costra de sequedad en la superficie. Ni una sola mosca rondaba cerca, lo cual era imposible en esta región si la comida hubiera estado expuesta más de una hora.

Élise retrocedió, horrorizada, como si el cuenco contuviera veneno.

Miró el recipiente del agua, al lado. El agua estaba clara, cristalina. Sin polvo en la superficie.

Fresca.

Todo estaba fresco.

Se levantó bruscamente, presa del vértigo. Miró a su alrededor, escrutando las sombras de la cocina, los rincones oscuros tras el aparador.

La policía había puesto los precintos hacía tres días. Gabriel le había jurado que nadie había entrado. Que la casa estaba cerrada herméticamente por la investigación y luego abandonada.

Sin embargo, alguien había venido.

Alguien había venido hoy. Quizá hacía una hora. Quizá unos minutos antes de que ella llegara.

Alguien había abierto esa casa supuestamente inviolable, no para robar, no para registrar, sino para alimentar a un gato.

Fuera, el Mistral aulló de repente, haciendo restallar una persiana mal sujeta en el piso de arriba con el estruendo de un disparo. Marius dio un respingo.

Élise pivotó hacia el pasillo, con el candelabro en alto, con el aliento corto. No estaba sola. O peor aún, acababa de cruzarse con el visitante.

Corrió hacia la puerta de entrada, hacia la luz, hacia su coche. Pero en el umbral, se detuvo.

En el felpudo, por la parte de dentro, donde había pisado sin mirar unos instantes antes, había una marca.

Una huella. Tierra roja, todavía húmeda, sobre la baldosa antigua. La tierra del jardín.

La huella estaba orientada hacia el interior. Pero no había ninguna otra de salida.

Un escalofrío helado le recorrió la columna vertebral, contradiciendo el calor sofocante de la tarde.

La persona que había alimentado al gato no pertenecía al mundo de los fantasmas. Y si la huella no salía... eso significaba que quizá seguía allí. En algún lugar de las tres plantas de la Bastide. En la oscuridad.

Élise retrocedió lentamente hacia la luz cegadora del exterior, con el corazón latiéndole a punto de estallar, mientras la casa, inmóvil y silenciosa, parecía de pronto sonreírle con todos sus dientes de piedra.

CAPÍTULO 2.

El cementerio de Saint-Pierre es una ciudad dentro de la ciudad, una metrópoli de mármol y granito asentada en el corazón de Marsella como una piedra fría sobre un vientre ardiente. Es un laberinto de sesenta y tres hectáreas donde los cipreses montan guardia, apuntando al cielo con dedos acusadores, negros y rígidos, indiferentes a la tragedia de los hombres.

Aquella mañana, el cielo lucía un azul idiota. Un azul de postal, saturado, sin el menor matiz; una tapadera de loza puesta sobre la tierra para cocinarla al estofado. A las diez de la mañana ya hacía treinta y cinco grados. La luz no caía, golpeaba. Rebota en la blancura cegadora de las tumbas, en la grava de los senderos, creando un halo vibrante que obligaba a entornar los ojos tras las gafas negras.

Élise avanzaba por el camino principal, con los tacones hundiéndose en la tierra batida. Se sentía como una extraña en su propia vida, una actriz empujada a un escenario del que no conocía el libreto. Ante ella, el coche fúnebre avanzaba al paso, negro y reluciente como un gran escarabajo fúnebre, levantando un fino polvo ocre que se quedaba pegado al sudor de los rostros.

A su alrededor, se había reunido la flor y nata de Marsella.

Allí estaban los amigos de la familia, los socios, los notables, los parásitos. Una procesión de trajes oscuros y vestidos de seda negra, una marea de tejidos costosos que absorbían el calor hasta lo insoportable. Élise observaba las nucas, las espaldas encorvadas o tiesas, las manos que trasteaban con rosarios o teléfonos móviles en silencio.

Era la ceremonia de los hipócritas.

No habían venido a llorar a Julien. Habían venido a comprobar que estaba bien muerto. Habían venido a asegurarse de que el

escándalo del «suicidio» sería enterrado con el cuerpo, sellado bajo una losa de piedra, y que la vida (sus negocios, sus chanchullos, sus cenas en la ciudad) podría seguir su curso normal.

El ruido era ensordecedor. No el de los hombres (que susurraban, respetuosos con las conveniencias), sino el de la tierra. Las cigarras. Había miles en los pinos piñoneros que bordeaban las parcelas, invisibles y estridentes. Su canto no era una melodía, era un grito continuo, mecánico, una vibración de sierra circular que horadaba los tímpanos e impedía pensar. Aullaban la alegría feroz del verano, la victoria de la vida bruta sobre la carne muerta que pasaba por debajo.

El cortejo se detuvo ante el panteón familiar. Una pequeña capilla neogótica, pretenciosa y siniestra, que aguardaba su nueva presa.

Élise estaba al lado de su madre, Hélène.

Su madre no lloraba. Hélène jamás había llorado, al menos no ante testigos. Se mantenía erguida, enfundada en un traje de chaqueta negro de corte perfecto, con un sombrero con velo ocultando la parte superior de su rostro. Era una columna de pura voluntad. Tenía ese porte de cabeza de las viejas familias marsellesas, de las que han atravesado pestes, guerras y quiebras sin bajar nunca el mentón. No miraba el féretro de roble claro que extraían del vehículo. Miraba al horizonte, o tal vez a la nada. Estaba allí por el honor. Por la fachada. El pesar, si es que existía, era un asunto privado, una debilidad que se prohibía como quien se prohíbe una falta de buen gusto.

El sacerdote empezó a hablar. Su voz era endeble, devorada por el espacio y por el estrépito de los insectos.

—Hermanos y hermanas, estamos reunidos para acompañar a Julien a su última morada...

Las palabras resbalaban sobre Élise sin alcanzarla. «Última morada». «Paz eterna». Fórmulas vacías, pulidas como guijarros,

que no decían nada de la violencia de la muerte, del agua salada llenando los pulmones, del terror de la soledad.

Dejó que su mirada errara por la asamblea. Reconoció algunos rostros.

Allí estaba Marc-Antoine, el amigo de la infancia de Julien, convertido en promotor inmobiliario. Había engordado. Tenía la cara roja, reluciente de sudor, y se secaba la frente con un pañuelo de tela. Parecía inquieto; sus ojos huidizos escaneaban a la multitud como si buscara una salida de emergencia.

Estaba el viejo notario Rossi, seco como un sarmiento, que parecía un buitre esperando a que la carcasa se enfriara.

Y al fondo, un poco apartado, apoyado en un ciprés, estaba Gabriel. Vestía su uniforme de gala, pero sin la gorra. La miraba. A pesar de la distancia, Élise sintió el peso de esa mirada. ¿Estaba allí por deber, para «vigilar», o estaba allí por ella? Él había dicho que el Mistral volvía loca a la gente. De momento, no era el viento lo que la estaba enloqueciendo, sino aquella comedia humana.

De repente, un olor la asaltó. Un olor empalagoso, dulce y pesado. Los lirios. Había demasiadas flores. Ramos inmensos, coronas ridículas con cintas violetas y dedicatorias doradas: A nuestro añorado Julien, Descanse en paz. Las flores se marchitaban a ojos vistas bajo el sol de plomo. Sus pétalos se amarronaban, se encogían, exhalando ese perfume de descomposición vegetal que se mezclaba con el olor acre del sudor humano y el alquitrán derretido.

Fue entonces cuando la vio.

Apartada del grupo principal, al otro lado de la tumba abierta, había una mujer.

Desentonaba. No por su atuendo (iba de negro, un vestido sencillo y fluido que moldeaba un cuerpo cuya belleza era casi un insulto en aquel lugar de muerte), sino por su actitud. Ella no estaba actuando.

Era joven, quizá de la edad de Élise, con una piel morena que parecía beberse la luz y un cabello de un negro fósil, suelto en una cascada salvaje sobre los hombros. No llevaba gafas de sol. Tenía los ojos rojos, hinchados, devastados. Lloraba con una intensidad silenciosa que le crispaba el rostro. Sus manos, con las uñas pintadas de un rojo oscuro, apretaban un pequeño bolso como si fuera un salvavidas.

Élise frunció el ceño. ¿Quién era? Julien nunca le había hablado de una mujer. No desde hacía años. Y una mujer así no era de las que se olvida mencionar. Tenía un aura trágica, una violencia en su dolor que eclipsaba la comedida cortesía de los demás invitados. Lloraba más que la madre. Lloraba como una viuda.

La mujer se cruzó con la mirada de Élise. Durante un segundo, el tiempo se detuvo. En los ojos de la desconocida había desamparo, pero también miedo. Un miedo pánico. Giró la cabeza bruscamente y retrocedió un paso, como si la hubieran sorprendido cometiendo un crimen.

—...polvo eres y al polvo volverás.

El sacerdote lanzó la primera palada de tierra. El ruido sordo sobre la madera del ataúd resonó en el pecho de Élise como un puñetazo. Se había acabado. Julien estaba ahí debajo. El hermano que le había enseñado a montar en bicicleta, que le había mostrado cómo coger erizos sin pincharse, que había dibujado monstruos para asustarla y hadas para tranquilizarla. Julien, el artista frustrado, el soñador roto, el hombre de los secretos.

La gente empezó a desfilar ante la familia para dar el pésame. El momento más grotesco.

—Mi más sentido pésame, Hélène. Es terrible. Tan joven.

—Ánimo, Élise. Ahora ya descansa en paz.

Las manos estaban húmedas, los besos sonaban en el aire, las sonrisas eran forzadas. Élise estrechaba manos blandas, oía

banalidades obscenas. Buscó con la mirada a la mujer desconocida, pero había desaparecido, tragada por los senderos de cipreses, volatilizada como un espejismo de calor.

Cuando el último inoportuno se hubo alejado hacia el convite dispuesto un poco más allá, a la sombra de los árboles, Élise se volvió hacia su madre.

Hélène se ajustaba los guantes de encaje negro. Tenía el rostro seco, perfectamente empolvado.

—Madre —dijo Élise.

La palabra salió con dificultad.

Hélène giró lentamente la cabeza hacia su hija.

—Mantente erguida, Élise. Pareces desmoronada. No es momento de flaquear. La gente mira.

—Acabamos de enterrar a Julien, mamá. Tengo derecho a estar desmoronada.

—Tienes el deber de mantener tu posición. Los «de Charpentier» no se desmoronan en público.

Su voz era cortante, precisa, sin un ápice de temblor. Era la voz que usaba para despedir a una criada o regatear un precio en el mercado.

—¿Quién era esa mujer? —preguntó Élise de repente.

—¿Qué mujer?

—La que lloraba. La morena, allí lejos. Se ha ido.

Los labios de Hélène se apretaron hasta no ser más que una línea fina y cruel.

—Yo no he visto a nadie. Siempre has tenido demasiada imaginación, como tu hermano. Eso fue lo que lo perdió: esa manía

de ver cosas que no existen, de frecuentar a gente que no es de nuestro mundo.

—Existía, mamá. Y parecía conocerlo mucho mejor que toda esta gente.

Hélène se acercó un paso, invadiendo el espacio vital de Élise. Olía a un perfume caro y frío, a lirio y polvos antiguos.

—Escúchame bien —siseó, tan bajo que nadie más podía oírla—. Julien ha muerto. Tomó decisiones desafortunadas. Tuvo debilidades. No vamos a manchar su memoria (ni la mía) removiendo el fango. Se ahogó. Es una tragedia, un accidente estúpido o un gesto de desesperación; da igual lo que se pueda contar. La historia termina aquí.

—¿Y si no fue un suicidio?

Hélène se quedó petrificada. Tras los cristales ahumados de sus gafas, Élise adivinó un destello de furia, o quizá de terror.

—Cállate. No vuelvas a pronunciar esas palabras aquí. ¿Me oyes? Llegas de París con tus aires de grandeza, crees saberlo todo, pero no sabes nada de esta ciudad, Élise. No sabes nada de lo que hay que hacer para sobrevivir aquí. Márchate. Coge el avión esta noche. La Bastide es invendable por ahora, deja que se pudra. Pero vete.

—Me quedo —dijo Élise.

Había salido solo. Una provocación. Un anclaje.

Hélène soltó una risita seca, sin alegría.

—¿Te quedas? ¿Para qué?

La madre dio media vuelta y se alejó hacia el grupo de los notables, con la cabeza alta, imperial, dejando a su hija sola ante la tumba recién cerrada, bajo el sol que parecía querer licuar el mundo.

El aparcamiento del cementerio era un horno. El interior del Fiat de alquiler de Élise estaba tan caliente que tuvo que dejar las puertas abiertas unos minutos antes de poder sentarse. El plástico del volante le quemaba las palmas.

Se sentó, agotada, vacía. El enfrentamiento con su madre la había dejado temblando. Necesitaba aire, pero el aire era fuego.

En el asiento del pasajero había una bolsa de papel kraft grueso, sellada con una grapa.

El director de la funeraria, un hombrecillo untuoso y triste, se la había entregado discretamente justo antes de que ella abandonara la parcela fúnebre. «Los efectos personales, señorita. La policía nos los entregó ayer. Su madre... la señora de Charpentier no quiso recogerlos. Dijo que los tiráramos. Pero he pensado que...».

Élise tomó la bolsa. Pesaba poco. Demasiado poco para contener una vida.

Arrancó la grapa.

Del interior surgió un olor a mar seco, a algas y a sal rancia. El olor del ahogamiento.

Sacó el traje de Julien. El que llevaba puesto cuando lo rescataron en Les Goudes. Un traje de lino beige, de buen corte, ahora endurecido por la sal, manchado con cercos blanquecinos, arrugado como un trapo viejo. La tela se sentía áspera bajo sus dedos.

¿Por qué llevaba un traje para ir a ahogarse? Julien vivía en vaqueros y camisetas manchadas de pintura. Vestirse así era o para una cita importante o para una ceremonia. Uno no se suicida en lino italiano.

Registró los bolsillos de la chaqueta. Nada. La sal lo había corroído todo. El forro interior estaba rasgado. Cogió el pantalón. Estaba duro como el cartón. Metió la mano en los bolsillos

delanteros. Un paquete de cigarrillos empapado, convertido en una papilla marrón inservible. Un mechero barato que ya no funcionaba.

Sus dedos se deslizaron hacia el bolsillo cerillero, ese que siempre se olvida, el que sirve para meter monedas o billetes de metro.

Sintió algo. Un pequeño cuadrado de papel doblado en cuatro.

El papel se había mojado, pero se había secado, compactado y protegido por la estrechez del bolsillo y la textura cerrada del lino.

Con delicadeza, con la precisión de una restauradora de arte acostumbrada a manuscritos quebradizos, Élise lo extrajo. Usó la uña del pulgar para despegar los bordes sin romperlo. El papel era frágil, a punto de desintegrarse.

Lo desplegó sobre el salpicadero, a pleno sol.

Era un ticket térmico. La tinta se había borrado en algunas partes, comida por el agua de mar, pero el centro permanecía legible, milagrosamente preservado por el doblez.

CONSIGNA AUTOMÁTICA, ESTACIÓN DE SAINT-CHARLES. TAQUILLA NÚMERO 402.

Y debajo, la fecha y la hora.

La hora.

Élise parpadeó. El calor le estaba jugando malas pasadas. Acercó el ticket a su cara.

FECHA: 21 DE JUNIO. HORA: 22 HORAS Y 45 MINUTOS.

La sangre de Élise se heló, deteniendo en seco el sudor que le corría por la espalda.

El 21 de junio. El martes pasado. El día de la muerte.

Pero el informe de la autopsia, ese que Gabriel le había resumido, el que había permitido concluir que fue un suicidio, era tajante. El

forense había estimado la hora de la muerte entre las 18:00 y las 20:00 horas. Los testigos en Les Goudes habían oído el chapuzón hacia las 19:30. A las 22:00, el cuerpo de Julien ya flotaba a la deriva hacia las calas.

Un muerto no coge el tren. Un muerto no deja una bolsa en la consigna de la estación de Saint-Charles a las 22:45.

O bien el forense se había equivocado por tres horas (un error garrafal, imposible para un profesional con un cuerpo hallado tan pronto), o bien no fue Julien quien dejó esa bolsa, o bien Julien no estaba muerto a la hora que todos creían.

Volvió a leer la hora. 22:45.

Si Julien estaba vivo a esa hora, toda la historia del ahogamiento accidental o del suicidio al crepúsculo se venía abajo. Era una puesta en escena. Un decorado teatral para ocultar la verdad.

Élise miró el ticket, ese trocito de papel frágil que de pronto pesaba más que la losa de mármol que cubría a su hermano.

Alguien había mentido. ¿Gabriel? ¿Su madre? ¿La policía?

Levantó la vista hacia el parabrisas. El cementerio se extendía ante ella, un inmenso bosque de piedras blancas vibrando bajo la canícula. Las cigarras seguían con su canto demente, indiferentes. Pero ahora, el ruido ya no le parecía un grito de vida. Era una señal de alarma.

Arrancó el coche. El motor rugió. No sabía qué había en la taquilla 402, pero sabía una cosa: no iba a volver a París. Ya podía levantarse el viento, que ella le plantaría cara.

Engranó la primera, con los neumáticos chirriando sobre la grava ardiente, y salió del reino de los muertos para regresar al de los vivos, donde las mentiras son mucho más peligrosas que los fantasmas.

.

CAPÍTULO 3.

La carretera que lleva a Les Goudes no es una carretera; es una vacilación del asfalto entre la montaña y el precipicio.

Élise conducía el pequeño Fiat como quien pilota una barca en mitad de la tormenta: con las manos crispadas sobre el volante y la mirada clavada en esa cinta gris que serpenteaba a lo largo del litoral sur. Había dejado atrás la ciudad densa, el hormiguero de hormigón, para adentrarse en lo que los marselleses llaman «el fin del mundo».

Aquí, el paisaje mudaba de piel. Se desnudaba. Ya no había árboles, ni sombra, ni dulzura. Nada más que roca. Una roca blanca, resplandeciente, calcinada por milenios de sol; una osamenta de gigante que desgarraba la piel escuálida de la tierra. A su derecha se extendía el mar, inmenso, de un azul tan profundo que casi parecía negro, veteado de turquesa allí donde los fondos ascendían.

Era un paisaje de una belleza insoportable, una belleza a la que no le importaba el hombre, que existía antes que él y que permanecería después de él. Era el escenario ideal para morir.

Élise conducía con la ventanilla bajada. El aire que irrumpía ya no era el de la ciudad. Era un aire puro, salvaje, cargado de yodo y sal; un aire que escocía en los ojos y se pegaba a la piel. El viento, aquí, no encontraba el freno de los edificios. Tomaba impulso desde alta mar, corriendo sobre el agua trémula, para acabar estrellándose contra los acantilados con la fuerza de un ariete invisible.

Pasó de largo La Madrague de Montredon y luego la cala de Les Sablettes. La carretera se volvía cada vez más estrecha. Había coches aparcados de cualquier manera en los arcenes, encaramados a las rocas, abandonados por bañistas que buscaban algo de fresco en aquel desierto de piedra.

El ticket de la consigna le quemaba virtualmente en el bolso, apoyado en el asiento del pasajero. 22:45. Esa cifra le daba vueltas en la cabeza, obsesiva. Si Julien había dejado esa bolsa en la estación, entonces no pudo haber saltado del acantilado a las 19:30. Todo era mentira. El lugar, la hora, la causa.

Finalmente, llegó a Les Goudes.

El pueblo apareció ante ella, aferrado a la roca como una colonia de moluscos tenaces. No era un pueblo de postal provenzal, con sus plazas sombreadas y sus fuentes. Era un asentamiento de pescadores convertido en refugio de bohemios y de viejos marselleses irreductibles. Las casas, o más bien los «cabanons», eran pequeñas cajas cúbicas, encaladas o pintadas de colores vivos, amontonadas unas sobre otras en un desorden alegre y anárquico. No había jardines, solo terrazas de hormigón batidas por los vientos, donde se secaba la ropa ondeando como banderas de socorro.

Élise encontró un sitio cerca del pequeño puerto, una simple cala hormigonada donde unas cuantas barcas tradicionales, los pointus, bailaban perezosamente sobre el oleaje.

Salió del coche. El silencio la golpeó.

No era el silencio del vacío, sino el del viento. Un silbido continuo, agudo, que pasaba entre las rocas, entre los cables eléctricos, entre los dientes. El estruendo del mar, allá abajo, era un rugido sordo, rítmico, una respiración pesada.

Empezó a caminar. No sabía exactamente a dónde ir, pero el informe policial mencionaba el «Cap Croisette», la punta extrema frente a la isla Maïre. La isla estaba allí, muy cerca, separada del continente por un brazo de mar de apenas cien metros, el famoso «Paso de las Croisettes». Una isla montañosa, pelada, hostil, que parecía un diente cariado clavado en la encía del Mediterráneo.

Avanzó por la calle principal, que no era más que una arteria asfaltada flanqueada por restaurantes de nombres evocadores:

L’Esplaï, Le Grand Large. Era la hora muerta de la tarde. Las terrazas estaban vacías, las sillas apiladas. Unos cuantos gatos flacos dormían a la sombra de los muros, indiferentes a su paso.

Se cruzó con un grupo de hombres sentados en un murete, cerca de la pista de petanca. Tenían la piel curtida, de color cuero viejo, y gorras caladas hasta las cejas. Se callaron al verla acercarse.

Élise sintió el peso de sus miradas. Ella no era de allí. Era una extraña, una parisina, una «doryphore» —una plaga—, como decían ellos. Y peor que nada: venía a remover el fango.

Se detuvo a su altura. Tenía que saberlo.

—Buenas tardes —dijo.

Su voz sonó débil, arrastrada por una ráfaga de viento.

Uno de los hombres, el más viejo, que mascaba un trozo de madera, levantó lentamente la cabeza. Sus ojos eran dos rendijas en un rostro surcado por el sol.

—Buenas —gruñó.

—Soy la hermana de Julien. Julien de Charpentier. El que...

No necesitó terminar. El nombre actuó como un hechizo de hielo. Los rostros se cerraron. Las miradas se desviaron hacia el mar, hacia las bolas de petanca, hacia la punta de sus zapatos. Fue algo repentino, físico. Un muro acababa de levantarse entre ella y ellos.

—No nos suena —dijo el hombre.

—¿No les suena? Ocurrió hace tres días. Aquí mismo. Todo el mundo habló de ello.

—Nosotros miramos al mar, señorita. No miramos a la gente.

—Venía a menudo por aquí —insistió Élise, sintiendo que la rabia afloraba—. Pintaba en las rocas. Tenía una vieja moto roja. Tuvieron que verlo por fuerza.

Otro hombre, más joven, con un tatuaje de ancla descolorido en el antebrazo, escupió al suelo.

—Aquí el mar se lleva lo que quiere. No hay que hacerle preguntas al agua salada. Vuélvase a su casa.

La omertà. No era un mito del cine. Era una realidad social, un reflejo atávico de aquella gente de costa. No se habla con la pasma, no se habla con los extraños, los trapos sucios se lavan en casa y, sobre todo, nadie se mete en los asuntos de la muerte.

Élise comprendió que no sacaría nada de ellos. Sabían algo, era evidente. Sus silencios eran demasiado pesados, demasiado concertados. Pero eran tan impenetrables como el granito de las Calanques.

Dio media vuelta y siguió caminando hacia la punta, con el corazón latiendo de frustración.

Dejó atrás las últimas casas. El asfalto terminó, sustituido por un sendero de tierra blanca y piedras cortantes. Se encontraba ahora en el reino mineral.

El Cap Croisette. Era un paisaje lunar. El suelo era una costra de caliza erosionada, esculpida por la sal y el salitre en formas torturadas. Ya no había nada que detuviera la mirada. Solo el infinito del agua.

El viento redobló su violencia. Ahora aullaba, un grito continuo que te volvía sordo. El mar, en el paso entre el cabo y la isla Maïre, era un caldero hirviente. La corriente allí era famosa por su traición. Era allí donde se suponía que Julien había saltado.

Élise se acercó al borde del acantilado. Diez metros más abajo, el agua se estrellaba contra la roca con un fragor de trueno, salpicando espuma blanca.

Miró al vacío.

Era tentador. Había una especie de llamada hipnótica en aquel movimiento perpetuo, en aquel estruendo. Si uno quería desaparecer, borrarse, era el lugar perfecto. El cuerpo sería triturado contra los arrecifes, arrastrado por la corriente, entregado a los peces. Una disolución total.

Pero Julien amaba demasiado la vida. Amaba demasiado la luz. Amaba demasiado los colores como para querer fundirse en aquel negro.

Cerró los ojos, intentando visualizar la escena. Martes por la tarde. 19:30. El sol debía de estar bajo, la luz dorada, rasante. Habría aparcado su moto ahí arriba. Habría caminado hasta aquí. ¿Y después?

—No es sitio este para una mujer joven.

La voz, ronca y profunda, venía de detrás.

Élise dio un respingo violento, a punto de perder el equilibrio. Se dio la vuelta.

Un hombre estaba sentado más abajo del sendero, en una pequeña cala resguardada del viento en la que ella no había reparado. Era casi invisible; su piel y sus ropas tenían el mismo color que la roca y la madera arrastrada por el mar.

Era viejo. Muy viejo. Su rostro era un mapa geográfico: cada arruga, un valle excavado por la intemperie. Llevaba un jersey de lana azul marino con agujeros en los codos, a pesar del calor, y un pantalón de lona basta. Estaba sentado en un taburete plegable y, entre sus manos nudosas y enormes, sostenía una red de pesca amarilla que reparaba con una lanzadera de plástico naranja.

—Me ha asustado —soltó Élise, con la mano en el pecho.

El hombre no la miró. Seguía con su tarea; sus dedos se movían con una agilidad sorprendente, tejiendo, anudando, cortando.

—El miedo es bueno —dijo él—. Te mantiene vivo. Cuando uno deja de tener miedo es cuando comete tonterías.

Tenía un acento muy marcado, una mezcla de marsellés y algo más, una sonoridad pedregosa que arrastraba las erres como guijarros.

Élise bajó unos pasos hacia él.

—¿Es usted pescador?

—Era pescador cuando aún había peces. Ahora reparo agujeros. Es lo único que queda. Agujeros.

Finalmente, levantó la vista hacia ella. Sus ojos eran de un azul desvaído, lechosos, casi ciegos, pero la fijaban con una intensidad inquietante.

—Buscas al chico, ¿verdad? El que se cayó.

No había dicho «el que saltó». Había dicho «el que se cayó».

—Era mi hermano.

El anciano asintió lentamente, como si esperara esa respuesta. Tiró de una malla de la red, comprobando su solidez.

—Me llaman El Griego —dijo—. Porque vengo de una isla donde el viento vuelve loca a la gente, como aquí. Vi a tu hermano.

El corazón de Élise dejó de latir por un segundo. Por fin. Una grieta en el muro.

—¿Lo vio? ¿El día de su muerte?

—Lo veía a menudo. Venía por aquí, se sentaba como tú, ahí arriba. Tenía un cuaderno. Dibujaba la isla Maïre. Una y otra vez. Como si quisiera capturarla antes de que se marchara.

—¿Lo vio el martes por la tarde?

El Griego soltó la lanzadera. Sacó una petaca de tabaco del bolsillo y empezó a liar un cigarrillo con una lentitud exasperante. El viento parecía respetarlo a él, como si formara parte del decorado.

—Martes... El día que el mar estaba de malas. No muy malas, pero de mal humor. Tenía hambre.

—Por favor, dígame qué vio. La policía dice que se suicidó.

El Griego encendió el cigarrillo, protegiendo la llama en el hueco de sus manos gigantescas. Aspiró una bocanada y luego expulsó el humo, que fue dispersado de inmediato por el Mistral.

—La policía... La policía mira a la tierra. Yo miro al agua. Tu hermano no tenía cara de hombre que quiere morir. Tenía cara de hombre que espera a alguien.

—¿A quién? ¿A quién esperaba?

—No lo sé. Pero miraba su reloj. A menudo. Y luego...

Se interrumpió, clavando la vista en el horizonte.

—¿Y luego?

—Y luego, apareció el barco.

—¿Qué barco?

—Un pointu. Pero no un pointu de pescador. Uno bonito, barnizado, con un motor que no hace ruido. Vino de por allí, de la ciudad. Se puso al abrigo, detrás de la punta.

Élise se acuclilló junto a él, ignorando la suciedad del suelo.

—¿Y Julien subió a bordo?

El Griego soltó una risita seca, una tos de fumador.

—No. No subió. Bajó.

—No entiendo.

—El agua no quería ese cuerpo, pequeña. Cuando alguien se entrega al mar, el mar lo toma. Lo guarda en el fondo unos días, por respeto. Pero aquí... el cuerpo flotaba mal. Flotaba como un tapón de corcho. Demasiado alto.

La miró directamente a los ojos, y su mirada la traspasó.

—Los muertos que se ahogan se hunden. Los muertos que ya están muertos flotan. Es física; es el aire de los pulmones que se queda atrapado. Tu hermano no tragó agua. Había dejado de respirar antes de tocar el mar.

Élise sintió que la bilis le subía por la garganta. La imagen de Julien, inerte, arrojado como un saco de basura desde el acantilado o desde aquel barco...

—¿Le ha dicho esto a la policía? —preguntó ella, con la voz temblando de rabia.

—No he dicho nada. Los de la policía vinieron, miraron, dijeron «ahogamiento» y firmaron el papel. No tenían ganas de buscar. Cuando el sol pega fuerte, uno tiene ganas de irse al fresco, de beberse el pastaga. No se buscan problemas.

—¡Pero es un asesinato! ¡Usted es testigo de un asesinato!

El Griego retomó su red. Empezó a tejer de nuevo, cerrando el paréntesis de la conversación.

—El asesinato es cosa de hombres. Al mar le da igual. Lo lava todo. La sangre, las lágrimas... todo se mezcla y se vuelve agua salada.

—Tiene que ayudarme. Tiene que testificar.

—Soy viejo, pequeña. Estoy cansado. Y tú deberías marcharte. El viento se va a levantar con más fuerza esta noche. Soplará a ciento diez. Las piedras van a volar.

—No me iré sin saber la verdad.

Él no respondió. Parecía haberse convertido de nuevo en una roca. Canturreaba bajito una melodía extraña, sin palabras, que se fundía con el sonido de la resaca.

Élise comprendió que no diría nada más por el momento. Le había dado una llave, una pieza enorme del puzle. Julien ya estaba muerto. Esperaba a alguien. Un barco barnizado.

Se levantó, con las piernas flaqueando.

—Volveré —dijo ella.

El Griego no se movió.

—Ten cuidado con tu coche —dijo simplemente, sin levantar la cabeza.

Élise se quedó helada.

—¿Qué?

—Las gaviotas vuelan bajo hoy. Buscan comida. Lo registran todo.

No esperó a oír más. Subió el sendero corriendo, tropezando con las piedras inestables, luchando contra el viento que parecía querer empujarla hacia el vacío, retenerla allí.

Cruzó el pueblo a toda prisa. Las calles estaban desiertas. El sol empezaba a declinar, tiñendo el cielo de un naranja violento, apocalíptico. Las sombras se alargaban, negras y afiladas como hojas de afeitar.

Llegó al pequeño puerto. Su Fiat estaba allí, solo en mitad del aparcamiento de hormigón.

De lejos, todo parecía normal.

Pero al acercarse, lo vio.

La puerta del conductor no estaba cerrada del todo. Estaba encajada en el primer punto de cierre, dejando una rendija de medio

centímetro.

Sin embargo, estaba segura de haber echado la llave. Era un reflejo de parisina que nunca había perdido.

Se precipitó y abrió la puerta de golpe.

El interior era un horno. Escaneó el habitáculo.

Su bolso seguía allí, bajo el asiento del pasajero donde lo había deslizado. Lo agarró frenéticamente y lo abrió. Su cartera estaba allí. Sus tarjetas de crédito, su efectivo. El ticket de la consigna, todavía doblado en el pequeño bolsillo con cremallera.

No se habían llevado el dinero.

Miró la guantera. Abierta. Los papeles del alquiler estaban esparcidos por la alfombrilla.

Miró el asiento trasero.

Vacío.

Faltaba algo.

Cuando se marchó de la Bastide, había cogido algunas cosas de Julien que andaban por allí. Su chaqueta vaquera, que había metido en el maletero. Y su cuaderno.

El cuaderno de bocetos.

Aquel del que hablaba El Griego. Dibujaba la isla Maïre. Una y otra vez.

Lo había dejado en el asiento de atrás, despreocupada. Un cuaderno de espiral negro, muy sencillo, manchado de pintura y agua de mar.

Ya no estaba.

Élise dio la vuelta al coche, abrió el maletero. La chaqueta estaba allí. La maleta estaba allí.

Habían registrado su coche. Habían ignorado el dinero, las tarjetas, la electrónica. Se habían llevado el cuaderno.

¿Alguien la había seguido desde la Bastide? ¿O alguien la estaba esperando aquí?

Se sintió de pronto desnuda, expuesta. Miró a su alrededor. Las ventanas de los cabanons eran ojos negros que la observaban. Las barcas bailaban, burlonas.

El ladrón no buscaba objetos de valor. Buscaba información. Quería lo que Julien había visto, lo que había dibujado.

El Griego había dicho: Como si quisiera capturarla antes de que se marchara.

Élise se sentó al volante y bloqueó las puertas desde dentro, un gesto irrisorio contra la amenaza que flotaba en el aire. Sus manos temblaban tanto que le costó insertar la llave de contacto.

Al arrancar, lanzó una última mirada hacia el sendero que llevaba al cabo. No había nadie. Solo la roca blanca, el mar volviéndose violeta bajo el crepúsculo y el viento aullando su locura.

No era paranoia. Estaban allí. Invisibles, fundidos con el paisaje, tan peligrosos como las corrientes del paso de las Croisettes. Y sabían que ella sabía.

Hizo rechinar los neumáticos al dar media vuelta, huyendo del fin del mundo para regresar a la ciudad que, en el horizonte, empezaba a encenderse como una hoguera.

En el retrovisor, la isla Maïre se recortaba como una sombra china contra el cielo rojo sangre. Parecía una mandíbula lista para cerrarse.

Élise aceleró. Tenía que volver a la Bastide. Tenía que comprender qué había en aquel cuaderno antes de que fuera demasiado tarde. Pero sobre todo, se daba cuenta con pavor de que el cuaderno no era lo único que Julien había dejado. Estaba la consigna.

¿Y si el cuaderno era la clave para entender qué había en la consigna?

Acababa de perder una ronda. Pero la guerra no había hecho más que empezar. Ya podía soplar el viento, que ella no se doblaría. Todavía no.

CAPÍTULO 4.

La noche no cayó sobre la Bastide; brotó de la tierra.

Era una oscuridad espesa, viva, que se extraía de los barrancos, se deslizaba por los bancales e invadía el valle como una marea de tinta negra. Allá arriba, el cielo conservaba un tono de moratón, arañado por las primeras estrellas, pero abajo, alrededor de la casa, el mundo había desaparecido.

Élise aparcó el Fiat sobre la grava crujiente. Permaneció un largo rato sentada en el habitáculo, con las manos crispadas sobre el volante y el motor apagado, escuchando el enfriamiento del metal, que chasqueaba como un arma al ser cargada.

Fuera, el viento había cambiado de voz. Ya no era el silbido agudo de la tarde en Les Goudes. Ahora era un rugido de bajos, una vibración sorda que hacía temblar el suelo. Se arrojaba contra las fachadas con una violencia ciega, sacudiendo los viejos plátanos cuyas ramas desnudas azotaban el aire como brazos de ahogados pidiendo auxilio.

Pensaba en el cuaderno robado.

Pensaba en El Griego y en sus ojos lechosos. Había dejado de respirar antes de tocar el mar.

Pensaba en la huella de tierra roja en la entrada.

Entrar en esa casa era entrar en el vientre de la bestia. Pero no tenía a dónde ir. No era que los hoteles de la ciudad estuvieran llenos o demasiado lejos; era un orgullo estúpido, heredado de su madre, lo que le prohibía huir. Era su casa. Era su historia.

Salió del coche, con el bolso apretado contra ella, y corrió hacia la puerta de entrada. El viento intentaba arrancarla del suelo, colándose bajo su camisa, lanzándole agujas de pino a la cara. Le costó girar la llave en la cerradura. La puerta se abrió de par en par,

succionada por la corriente de aire, y golpeó violentamente contra la pared interior.

Élise entró y empujó el pesado portón de roble con todo su peso, echando el pestillo, luego el cerrojo de seguridad y, finalmente, la cadena.

El silencio cayó, pesado, opresivo.

No era un silencio de paz. Era el silencio de una apnea. La casa contenía el aliento, esperando a ver qué hacía ella.

—¿Marius? —llamó suavemente.

Sin respuesta. El gato debía de estar agazapado en algún sitio, bajo un mueble, esperando a que pasara la tormenta.

Élise no encendió la luz de inmediato. Se quedó apoyada contra la puerta, dejando que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Las sombras de los pinos piñoneros, proyectadas por la luna a través de las rendijas de las persianas, dibujaban en las paredes y el suelo motivos cambiantes. Parecían dedos ganchudos, largos y negros, que buscaban aferrarse a los muebles, arañar el revoco, insinuarse por todas partes.

Tenía hambre, un hambre nerviosa que le retorcía el estómago, pero la idea de comer le daba náuseas. Aun así, fue a la cocina. Encendió la pequeña lámpara sobre el fregadero. La luz amarilla hizo retroceder las tinieblas a los rincones, pero creó zonas de sombra todavía más densas.

Se sirvió un vaso de agua del grifo. El agua estaba tibia, con un sabor a cal proveniente del manantial que alimentaba la finca. Se la bebió de un trago.

Tenía que comprender.

No podía dormir. No con ese ticket de consigna quemándole la memoria, ni con la imagen de su hermano muerto antes de tocar el

agua. Tenía que encontrar lo que Julien buscaba, lo que él sabía, lo que lo había matado.

Cogió una linterna de un cajón —un objeto viejo y pesado de metal que reconoció de inmediato: la que su padre usaba para revisar los plomos las noches de tormenta— y se dirigió a la escalera.

Los peldaños de piedra estaban desgastados en el centro, hundidos por generaciones de pasos. Los suyos, los de Julien, los de sus padres y, antes que ellos, los de los antepasados que habían construido esa fortaleza estival, esa folie marsellesa, contra el sol y el viento. Cada paso resonaba. La casa crujía. Las vigas de la techumbre, allá arriba, gemían bajo la presión del viento; eran crujidos secos, como huesos que se quiebran.

Subió al primer piso. El pasillo era un túnel oscuro.

Pasó por delante de la habitación de su madre. La puerta estaba cerrada con doble llave, como siempre. Hélène nunca había soportado que se violara su intimidad, ni siquiera con la mirada.

Pasó por delante de su propio cuarto de infancia. No quiso entrar. Sabía lo que encontraría: un mausoleo de la adolescencia, pósteres descoloridos, libros juveniles que ya no leía, un olor a polvo y a sueños abortados.

Fue hasta el fondo, hacia el ala norte. El taller de Julien.

Era la antigua habitación de invitados, la más grande, la que recibía la mejor luz por la mañana. Julien se la había apropiado nada más cumplir los quince años.

Élise puso la mano en el pomo. Estaba frío. Giró.

El taller olía a aguarrás, a aceite de lino y a tabaco negro. Era el olor de Julien. Un olor tan fuerte, tan presente, que Élise tuvo la impresión física de que él estaba allí, de pie en la oscuridad, con el pincel en la mano.

Barrió la estancia con el haz de su linterna.

Era un desorden magnífico. Había lienzos apilados contra las paredes, vueltos hacia dentro para que no pudieran verse. Caballetes, botes llenos de pinceles, trapos manchados de colores vivos que parecían vendajes sangrientos.

En el centro, sobre una mesa de caballetes, reinaba el caos. Tubos de pintura reventados, bocetos arrugados, tazas de café donde el moho había tejido pelusas grises.

Élise se acercó. Buscaba papeles. Facturas. Cartas. Cualquier cosa que pudiera explicar por qué necesitaba dinero, por qué había tomado aquel train o fingido tomarlo.

Abrió los cajones de una vieja cómoda que él usaba para guardar su material.

Nada. Tubos, carboncillos, pasteles.

Registró una pila de libros de arte.

Nada.

Se volvió hacia el pequeño escritorio de madera, cerca de la ventana. Era allí donde gestionaba «lo administrativo», como decía él riendo; él, que era incapaz de rellenar una declaración de la renta sin sufrir una crisis de ansiedad.

El cajón superior estaba atascado. Tiró, forzó; la madera, hinchada por la humedad, resistió y luego cedió bruscamente.

El cajón estaba lleno de papeles sueltos. Avisos de la compañía eléctrica, facturas de agua impagadas, requerimientos del banco. Julien estaba sin blanca. Eso ya lo sabía ella. Vivía de la pequeña renta que su padre había dejado —una suma irrisoria que menguaba año tras año— y de la venta esporádica de algún cuadro a turistas extraviados.

Pero bajo las facturas había algo más.

Un cuaderno escolar de tapas rojas.

Élise lo sacó. Se sentó en la vieja y hundida butaca orejera que presidía el rincón, apoyó la linterna en equilibrio sobre el reposabrazos para iluminar las páginas.

No era un diario íntimo. Julien no escribía sus cuitas; las pintaba.

Era un libro de cuentas. Pero unas cuentas extrañas.

No había cifras precisas, ni columnas de debe y haber. Solo fechas y nombres, o más bien iniciales. Y palabras.

15 de enero: M.P. - El precio del silencio. (Pagado). 20 de febrero: L. - Para que se calle. (Pagado). 10 de marzo: Los otros. Siempre los otros. No pararán nunca.

Élise pasó las páginas con el corazón encogido. La letra de Julien, habitualmente tan amplia y artística, era aquí pequeña, apretada, nerviosa. La pluma había llegado a perforar el papel en ocasiones.

Abril: He tenido que vender el reloj de Papá. Hélène no debe saberlo.

Élise soltó un jadeo de sorpresa. El reloj de Papá. Un Patek Philippe de oro, la única herencia de valor real. Hélène lo guardaba en la caja fuerte del banco. ¿Cómo lo había conseguido Julien?

Siguió leyendo.

Mayo: Quieren más. Dicen que tienen pruebas. Que todo saldrá a la luz. No puedo permitirlo. No por mí. Por ella.

¿Por ella? ¿Por quién? ¿Por Hélène? ¿Por Élise? ¿Por esa mujer del cementerio?

Junio: Se acabó. No me queda nada. Tendré que ir a ver al Jabalí. Sé que es un error. Pero no tengo elección. El plazo del 21 se acerca.

El 21 de junio. El día de su muerte.

«El Jabalí». ¿Quién era? ¿Un apodo? ¿Un usurero?

Élise cerró el cuaderno. Le temblaban las manos. Julien no pagaba deudas de juego ni de droga. Estaba pagando un chantaje. «El precio del silencio».

Levantó la vista hacia la ventana. El viento aullaba cada vez más fuerte, sacudiendo el marco de madera que vibraba en sus goznes. Una rama de pino frotaba contra el cristal con un chirrido insoportable, como una uña sobre una pizarra.

De pronto, una ráfaga más violenta que las demás hizo que la ventana se abriera. El pestillo, mal cerrado, había saltado.

El viento irrumpió en la estancia con la brutalidad de una explosión. Los papeles salieron volando, arremolinándose como hojas muertas. La linterna rodó por el suelo; su haz barría las paredes de forma estroboscópica.

Élise se precipitó a cerrar las hojas. Había que luchar contra la presión del aire. La lluvia aún no llegaba, pero el ambiente estaba cargado de electricidad estática. Logró asir las manillas y tirar.

Al mirar fuera, antes de echar el cierre, vio el jardín transformado en un campo de batalla. Las hierbas altas se doblegaban en horizontal. Y más lejos, en el valle, vio parpadear las luces de la ciudad.

Pero su mirada fue atraída por algo más.

Enfrente. Al otro lado del pequeño valle, a unos trescientos metros en línea recta.

El «Bastidón de las Viñas».

Era una vieja construcción abandonada, una ruina cuyo tejado se había derrumbado hacía veinte años. Nadie vivía allí. Era un montón de piedras invadido por las zarzas.

Sin embargo, una luz acababa de apagarse allí.

Un resplandor tenue, como el de una vela o una linterna, que había brillado una fracción de segundo en el lugar donde debería haber estado una ventana, y que había desaparecido en cuanto Élise se acercó al cristal.

Se quedó petrificada, con las manos sobre la falleba fría.

¿Lo había soñado?

Cerró la ventana con el aliento entrecortado. Recogió la linterna y el cuaderno rojo.

Se sentía observada. No era solo una impresión. Había alguien en la noche. Alguien que vigilaba la Bastide.

Salió del taller y volvió al pasillo. Necesitaba sentarse, reflexionar. Entró en el gran salón.

Se dejó caer en el sofá, acurrucada, con el cuaderno apretado contra el pecho.

Los recuerdos afloraron, traídos por el olor de la casa y el miedo.

Tenía veinte años. Era un día de verano, como hoy, pero sin viento. Un calor muerto, sofocante.

Estaba en este mismo salón. Su padre había muerto dos días antes. Un ataque al corazón, había dicho el médico de cabecera, un hombre que firmaba los certificados sin hacer preguntas.

Su padre, aquel hombre inmenso y silencioso, que pasaba los días en su despacho mirando a la pared, o caminando por las viñas que ya no producían nada.

Hélène estaba sentada en la butaca, erguida, vestida de negro, ya convertida en viuda imperial.

—No volverás a Bellas Artes el próximo curso —había dicho su madre.

—¿Qué? Pero mamá... es mi vida.

—Tu vida está aquí. Ya no tenemos medios para pagarte los estudios en París. Tu padre dejó... una situación complicada.

—¡Pero puedo trabajar! ¡Puedo pedir un préstamo!

—No. Te quedarás aquí. Me ayudarás a gestionar la finca. Hay que salvar lo que se pueda. El honor de la familia es más importante que tus garabatos.

Élise se había levantado, rebelada.

—¿El honor? ¿Qué honor? ¡Papá murió de tristeza en esta casa! ¡Murió porque nunca se habla, porque fingimos que todo va bien! No quiero acabar como él. ¡No quiero acabar como tú, mamá!

La bofetada llegó tan rápido que Élise no la vio venir. Un golpe seco, preciso.

Hélène ni siquiera se había levantado.

—Eres una hija ingrata. No sabes nada de los sacrificios que hemos hecho. Si te vas, Élise, no vuelvas. Si cruzas ese portal, dejas de ser mi hija. Serás una extraña.

Élise había mirado a su madre. No vio en sus ojos ira, sino una frialdad absoluta, un muro de hielo infranqueable.

Se marchó esa misma noche. Con una mochila y sus ahorros. Julien había intentado retenerla en el porche, llorando.

—No me dejes solo con ella, Élise. Por favor. Me va a comer.

—Ven conmigo, Ju. Qué más da la casa. Ven.

—No puedo.

Lo había dejado allí, una silueta frágil bajo el porche, engullido por la sombra de la madre. Lo había abandonado. Ese era el secreto traumático. No la bofetada, sino la cobardía de haberlo dejado solo frente al Minotauro.

Élise volvió a abrir los ojos en el salón oscuro. Doce años después. Julien había cumplido su palabra. Había protegido los secretos hasta morir por ellos. «Es mi papel ahora», había dicho él.

Y ahora, el papel recaía en ella.

El cuaderno rojo en su regazo era la prueba de que él había intentado pagar. ¿Pero pagar a quién?

De repente, un ruido la hizo dar un respingo.

Su teléfono móvil, apoyado en la mesa de centro, vibraba contra el cristal.

La pantalla se iluminaba en la oscuridad, con un fulgor azulado fantasmal.

Se inclinó. El nombre que aparecía hizo que se le detuviera el corazón.

JULIEN.

Era imposible.

El teléfono de Julien había desaparecido con él. La policía no lo había encontrado en el cuerpo, ni entre sus pertenencias.

Se quedó mirando la pantalla, paralizada. Las vibraciones hacían temblar la mesa.

Era una llamada de ultratumba.

O una llamada del asesino.

Extendió una mano temblante. Tenía que responder. Tenía que saber.

Pulsó el botón verde y se llevó el aparato al oído.

—¿Diga?

Su voz era un soplo, estrangulada por el terror.

Silencio.

No un silencio vacío. Un silencio habitado. Había alguien al otro lado del hilo. Oía una respiración. Una respiración lenta, ronca, un poco sibilante.

—¿Quién es? Julien, ¿eres tú?

Seguía sin haber palabras.

Pero sí un sonido.

Al fondo de la respiración, había un ruido. Un ruido muy distinto, cristalino, ligero.

Un carillón.

Un carillón de viento. Esos tubos de metal o bambú que se cuelgan en los árboles y cantan cuando sopla el viento.

Pero no era un carillón cualquiera. Este tenía una tonalidad particular, una tercera menor, un poco triste, un poco desafinada.

Élise conocía ese sonido. Lo había oído mil veces en su infancia, cuando jugaba en el jardín.

El viento fuera, alrededor de la Bastide, soplaba a ráfagas.

En el teléfono, el viento también soplaba. Las ráfagas coincidían. Cuando el viento aullaba contra las persianas del salón, el carillón tintineaba más fuerte en el auricular.

La llamada venía de muy cerca.

Se levantó, con el teléfono pegado al oído, y se acercó al ventanal. Apartó suavemente la cortina.

Miró hacia fuera, hacia el valle negro.

El carillón no venía de su jardín. Ya no había ninguno allí desde hacía años.

Venía de enfrente.

De la ruina. Del «Bastidón de las Viñas».

Allí donde había visto apagarse la luz unos minutos antes.

El sonido en el teléfono estaba perfectamente sincronizado con el viento que golpeaba la fachada este de la Bastide.

La persona que tenía el teléfono de Julien estaba allí, a trescientos metros, escondida en las ruinas, mirándola.

—Sé que estás ahí —susurró Élise.

Como única respuesta, la respiración se detuvo un segundo. Luego, una voz, una voz susurrada, deformada, casi inhumana, pronunció tres palabras:

—Devuélvenoslo.

Después, la línea se cortó.

Élise soltó el teléfono, que cayó sobre la alfombra.

«Devuélvenoslo».

¿El cuaderno? ¿El bloc de dibujo?

Retrocedió, alejándose de la ventana como si el cristal fuera a explotar. De pronto se sintió rodeada. La casa no era un refugio, era una trampa. Estaban fuera, en la oscuridad, con el viento como aliado.

Recogió el cuaderno rojo y lo metió en su bolso. No podía quedarse allí. Pero salir era entregarse a ellos.

Miró la escalera que subía a los dormitorios. ¿Atrincherarse en el piso de arriba? Inútil. Si querían entrar, entrarían.

Tenía que aguantar hasta la mañana.

Fue a la cocina, cogió el cuchillo más grande que pudo encontrar, un cuchillo de chef de hoja ancha. Volvió al salón, empujó el pesado sofá contra la puerta de entrada, amontonó sillas ante el ventanal.

Se sentó en el suelo, con la espalda contra el muro de carga, lejos de las ventanas, con el cuchillo en una mano y su teléfono en la otra.

El viento redobló su furia, como para cubrir los ruidos de pasos que, estaba segura, empezaban a crujir sobre la grava de la entrada.

La noche iba a ser larga. Y en las ruinas de enfrente, el carillón seguía cantando su pequeña música de muerte, único testigo de que Julien, de alguna manera, seguía allí, prisionero de quienes lo habían matado.

CAPÍTULO 5.

El día despuntó sobre la Bastide como una sentencia.

Tras la noche de asedio, acurrucada contra el muro de carga con el cuchillo en la mano, Élise había visto cómo el alba teñía de gris las ventanas. El viento había caído, de súbito, dejando tras de sí un silencio más aterrador que el estrépito. Era un silencio de cristal, frágil, listo para romperse al menor soplo.

No había dormido. Le ardían los ojos, sentía la piel tirante, cubierta por una fina película de sal y polvo. Pero el miedo de la noche se había transformado, bajo la cruda luz de la mañana, en una determinación fría y cortante.

Se dio una ducha rápida, lavándose el olor del miedo, y luego se bebió un café negro, de pie en la cocina, observando la ruina de enfrente. El «Bastidón de las Viñas» volvía a ser un montón de piedras inofensivo bajo el sol. Ni luz, ni carillón. Solo lagartijas calentándose sobre los escombros.

Retomó la carretera hacia las diez. Dirección: Aix-en-Provence.

Huía de la costa hacia el interior. El paisaje mudaba de piel. Las rocas blancas y el yodo agresivo de Marsella dejaban paso a una opulencia verde y ocre. Era la Provenza de las postales, la de Cézanne y las residencias secundarias blindadas. Callejones de cipreses podados al milímetro, campos de olivos peinados como cabelleras de plata y, por todas partes, la viña.

La viña, ese ejército de soldados retorcidos, alineados en filas cerradas, que se lanzaba al asalto de las colinas.

Se dirigía al Domaine de la Rouvière.

El nombre figuraba en un lugar destacado en el cuaderno rojo de Julien, con fecha del 15 de mayo. La Rouvière. Charles. Dijo que era la única solución. Lavar el dinero con el vino.

Charles Valéry. Un amigo de la infancia de su padre. Un hombre que había triunfado allí donde los «de Charpentier» habían fracasado. Había transformado su finca familiar en una fábrica de prestigio, vendiendo sus botellas a precios indecentes a americanos y chinos.

Élise aparcó su Fiat en el parking de visitantes, cubierto de una grava blanca inmaculada que crujía bajo los neumáticos como si fuera nieve. Ante ella, el castillo del siglo XVIII desplegaba su fachada ocre, perfecta, restaurada a golpe de millones. Unos chorros de agua regaban unos céspedes de un verde insolente, desafiando la sequía que calcinaba el resto de la región. Aquí, el agua no era un recurso; era un adorno.

Salió del coche.

El olor la agarró por la garganta.

No era el aroma fresco de la uva. Era el olor de la cuba. Un olor pesado, dulzón, embriagador, casi nauseabundo. El olor de la fermentación. El azúcar que muere para convertirse en alcohol. Olía a fruta podrida y a riqueza. Olía a la sangre de la tierra que se ha dejado agriar.

Un empleado con polo granate, que lucía el blasón de la finca, se acercó a ella.

—¿Señorita? La tienda está al otro lado.

—Soy Élise de Charpentier. Vengo a ver a Charles.

El hombre vaciló. El nombre surtió efecto. Murmuró algo por su auricular.

—El señor Valéry está en la bodega. Si es tan amable de seguirme.

Rodearon la edificación principal para internarse en las entrañas de la finca. La bodega era un edificio moderno, un navío de hormigón y acero, climatizado en exceso. El choque térmico fue violento. De los treinta y cinco grados exteriores se pasaba a dieciocho.

Charles Valéry estaba allí, en medio de barricas de roble nuevas alineadas como ataúdes. Sostenía una copa de cristal, que hacía girar suavemente, observando la «lágrima» del vino tinto oscuro bajo la luz de un foco halógeno.

Era un hombre de sesenta años, elegante, bronceado, con esa piel curtida de los hombres que pasan la vida entre viñedos y cubiertas de barcos. Llevaba una camisa blanca inmaculada, abierta en el cuello, y una chaqueta de lino apoyada sobre los hombros.

—Élise —dijo sin volverse, como si hubiera adivinado su presencia por el olfato—. La pequeña Élise.

Posó la copa y avanzó hacia ella con los brazos abiertos. Olía a colonia cara y a tanino.

—Charles.

Se dejó besar. Las mejillas de él estaban frías.

—Siento lo de Julien —dijo él—. Una tragedia. Una pérdida inmensa. Tenía... una sensibilidad poco común.

—Una sensibilidad que lo mató, al parecer.

Charles retrocedió un paso, observando a Élise con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

—Tienes los ojos de tu madre, pero la mandíbula de tu padre. Es una mezcla peligrosa. Ven, salgamos. Hace demasiado frío aquí para hablar de los muertos.

Se instalaron en una terraza privada, en la parte trasera del castillo, con vistas a un mar de viñedos que se extendía hasta la montaña Sainte-Victoire. Un sirviente invisible trajo agua helada y almendras.

El sol estaba en el cenit. Lo aplastaba todo, borraba las sombras. Las cigarras aquí eran más discretas, más educadas que en Marsella, pero su canto seguía siendo esa amenaza constante, ese ruido de fondo de la locura solar.

—¿Por qué estás aquí, Élise? —preguntó Charles mientras masticaba una almendra—. No has venido a comprar vino.

—Julien lo anotaba todo —dijo ella simplemente.

Charles dejó de masticar. No se movió, pero sus ojos se entornaron imperceptiblemente.

—¿El qué anotaba?

—Tenía un cuaderno. Un libro de cuentas. Tu nombre aparece ahí, Charles.

Mintió. El nombre no aparecía de forma explícita, solo «Charles» y «La Rouvière». Pero tenía que empujarlo al error.

—Julien era un artista —sonrió Charles, con una sonrisa que no le llegaba a los ojos—. Tenía mucha imaginación. A veces demasiada.

Veía conspiraciones donde solo había negocios.

—«Lavar el dinero con el vino». Eso es lo que escribió. ¿Eso es negocio?

Charles suspiró. Tomó su vaso de agua, bebió un sorbo y lo posó con precisión maniática sobre el posavasos de corcho.

—Eres restauradora de arte, ¿verdad? Rascas el barniz para encontrar la verdad que hay debajo. Pero a veces, Élise, el barniz es lo único que mantiene unido el lienzo. Si rascas demasiado, todo se desmorona.

—Julien murió porque todo se desmoronó.

—¡Julien murió porque era débil!

La voz de Charles restalló como un latigazo. La máscara del amigo benévolo acababa de caer, revelando un rostro duro, ávido.

—Tu hermano —prosiguió más calmado— era un soñador. Necesitaba dinero para mantener la Bastide, para pagar las deudas que dejó tu padre. Sí, tu padre tampoco era un santo. Le propuse un trato.

—¿Qué trato?

—Necesitaba... intermediarios. Para adquisiciones de terrenos.

—Usabas a Julien como testaferro.

Charles se encogió de hombros.

—Hay terrenos, alrededor de Marsella, en los que no se puede construir. Zonas protegidas, litoral, todo eso. Pero las leyes cambian, Élise. Los planes de urbanismo se revisan. Solo hace falta conocer a las personas adecuadas en el ayuntamiento, en la metrópoli. Pero yo, Charles Valéry, no puedo comprar terrenos de garriga por una miseria justo antes de que pasen a ser urbanizables. Daría que hablar.

—Así que enviaste a Julien.

—Tenía el perfil perfecto. El heredero de una vieja familia marsellesa, arruinado, artista, un poco perdido. Nadie desconfía de un poeta. Él compraba para nosotros. Le dábamos una comisión. Era limpio.

—¿«Nosotros»? ¿Quiénes son «nosotros»? ¿La mafia?

Charles soltó una risita despreciativa.

—La mafia... Ves demasiada tele. No hay mafia, Élise. Hay intereses convergentes. Cargos públicos, empresarios, gente que quiere que nuestra pequeña región prospere. Construimos el futuro. Residencias de lujo, hoteles, campos de golf. Creamos valor allí donde solo hay piedras y cabras. El futuro de Occitania.

—¿Y Julien quiso dejarlo?

Charles se levantó. Se apoyó en la balaustrada de piedra. Miraba sus viñedos como un general mira a sus tropas.

—A Julien le entraron escrúpulos. Descubrió de dónde venía el dinero inicial. Digamos que no venía del banco. Era dinero en efectivo que necesitaba que le diera el aire. Y luego, estuvo el asunto de la chica.

—¿La chica del cementerio?

Charles se volvió bruscamente.

—¿La conoces?

—La vi.

—Esa chica fue un veneno para él. Le metió ideas en la cabeza. Le hizo creer que podía chantajearnos. Que podía quedarse con los terrenos. Empezó a hablar de «deudas morales». Se volvió inestable.

Élise se levantó también. Le temblaban las piernas, pero no quería mostrarlo. Estaba en el corazón del sistema. No era solo una

historia de familia; era una historia de tierras. La tierra de Provenza, la tierra occitana, vendida al metro cuadrado, violada por el hormigón, blanqueada por el vino.

—¿Lo mataste tú, Charles?

El hombre la miró con una lástima sincera, casi paternal.

—Yo no tengo las manos manchadas de sangre, Élise. Yo hago vino. La sangre ensucia. Pero cuando uno juega con gente seria... y amenaza con contarlo todo... corre riesgos. Julien jugó y perdió. El mar solucionó el problema.

—El mar no ha solucionado nada. Sé que no murió ahogado.

Charles se acercó a ella. Invadió su espacio vital. Desprendía ese olor empalagoso a uva demasiado madura.

—Escúchame bien, Élise. Súbete a tu coche. Vuelve a París. Olvida la Bastide, olvida el cuaderno, olvida todo esto. Tu hermano tomó una decisión estúpida. No cometas la misma. Aquí, el sol vuelve las cosas muy claras: están los que comen y los que son comidos. A los «de Charpentier» se los comieron hace tiempo. No sois más que las sobras.

—No me iré.

—Entonces acabarás como él. O peor. Acabarás sola, pobre y loca, gritándole al viento.

Hizo una seña con la mano. El sirviente invisible apareció al instante.

—Acompañen a la señorita a su coche.

Élise sostuvo su mirada un último segundo. Vio en los ojos de Charles Valéry no odio, sino una indiferencia total. Para él, Julien no era más que una línea contable que había salido mal, una botella con sabor a corcho que se tira por el fregadero.

Dio media vuelta y siguió al sirviente.

Al cruzar el vestíbulo, se cruzó con un grupo de turistas americanos, risueños, que venían a catar el «néctar» de la finca. No sabían que estaban bebiendo el jugo de la corrupción.

Una vez en su coche, Élise bloqueó las puertas. Le costaba respirar. El aire del habitáculo era abrasador, pero ella tiritaba.

Sacó su teléfono. Tenía que hablar con Gabriel. Ahora mismo. Él era poli. Tenía que saber lo de Valéry, lo de los terrenos, lo del blanqueo. O bien... ¿formaba parte de los que «cierran los ojos»?

Marcó su número.

—¿Diga?

La voz de Gabriel sonaba cansada, tensa.

—Sé lo de Valéry —soltó ella sin preámbulos—. Sé lo de los terrenos. Sé que Julien servía de testaferro para blanquear dinero.

Silencio al otro lado del hilo. Un silencio espeso.

—¿Dónde estás? —preguntó Gabriel.

—Saliendo de La Rouvière.

—¡Joder, Élise! ¡Te dije que no indagaras! ¿Has ido a ver a Valéry? ¡Es intocable! ¡Es el padrino financiero de media región!

—Me ha amenazado. Ha admitido a medias que a Julien lo mataron.

—No te muevas. Voy para allá.

—No. No quiero que vengas aquí. Nos vemos en otro sitio. Un lugar neutro.

—Vale. El aparcamiento de la presa de Bimont. Al pie de la Sainte-Victoire. En treinta minutos. Ten cuidado con quién te sigue.

Élise colgó. Arrancó a toda prisa, haciendo chirriar la grava blanca, ensuciando la perfección de la finca.

La carretera hacia Bimont era sinuosa, bordeando la montaña sagrada de Cézanne. Sainte-Victoire se alzaba como una muralla de caliza gris y blanca, majestuosa y terrible, indiferente a las agitaciones humanas. Era el hueso de la tierra puesto al desnudo.

Élise vigilaba el retrovisor. ¿Había una berlina negra detrás de ella? Cada coche le parecía sospechoso. La paranoia, esa planta trepadora sembrada por el miedo, empezaba a invadir su mente.

Llegó a la presa. El agua del lago artificial era de un azul turquesa, artificial, inmóvil. El calor era aplastante. No había sombra. Solo roca, el hormigón de la presa y el sol.

Gabriel ya estaba allí, apoyado en el capó de su coche patrulla. Fumaba un cigarrillo, con la mirada perdida en la cresta de la montaña.

Élise aparcó junto a él y bajó. El calor le cayó encima como una losa de plomo.

—Estás loca —dijo Gabriel aplastando el cigarrillo con la suela—. Valéry... no te das cuenta. Esa gente cena con el prefecto y al día siguiente manda incendiar un bosque para volverlo urbanizable.

—Julien formaba parte de su banda, Gabriel. Y quiso salirse. Por eso murió. ¡No porque estuviera deprimido, sino porque sabía cosas!

Gabriel se pasó una mano por la cara, frotándose los ojos ojerosos. Parecía haber envejecido diez años en tres días.

—Lo sé —dijo dulcemente.

Élise se quedó gélida.

—¿Lo sabes?

—Sé que Julien estaba metido en eso. Se lo advertí. Le dije que tuviera cuidado. Pero necesitaba dinero para tu madre, para la casa...

—¿Lo sabías y no hiciste nada? ¡Eres policía!

—¡Soy policía en Marsella, Élise! ¡Aquí, la línea entre el bien y el mal no está trazada en el suelo, se mueve con el viento! Si yo hubiera hecho algo, me habrían hundido. Y Julien... Julien ya estaba demasiado lejos.

—Eres un cobarde, Gabriel.

Gabriel encajó el insulto sin inmutarse. Quizá lo merecía.

—Escucha —dijo acercándose a ella—. Valéry no es más que la parte visible. Es un sistema. Si vas contra ellos, te van a machacar.

—Me da igual. Quiero saber quién mató a mi hermano. Quiero saber qué hay en la consigna de la estación.

—¿Qué consigna?

Élise vaciló. ¿Podía confiar en él? Tenía miedo, estaba comprometido por su silencio, pero la amaba. O la había amado.

—Encontré un ticket. En su bolsillo. Con fecha y hora del momento de su muerte.

El rostro de Gabriel se descompuso.

—Enséñamelo.

—No. Dime la verdad primero. Me mentiste sobre la autopsia. Me dijiste «ahogamiento clásico». El Griego, en Les Goudes, me dijo que el cuerpo flotaba demasiado alto. Que ya estaba muerto antes.

Gabriel miró a su alrededor, como si las piedras pudieran escucharlos. Se acercó más, tanto que Élise podía sentir el olor a miedo que emanaba de él. Bajó la voz.

—El informe oficial dice ahogamiento. El forense firmó. El fiscal archivó.

—¡Me importa un bledo lo oficial! ¡Dime lo que sabes!

Gabriel la agarró por los hombros. Sus manos eran fuertes, imperiosas.

—¿Quieres la verdad? Aquí la tienes. Vi el informe preliminar. El que nunca llegó a mecanografiarse. El que desapareció.

Hizo una pausa, tragando saliva con dificultad.

—No había agua en sus pulmones, Élise. Ni una gota. Y no había alcohol en su sangre. Nada.

Élise sintió que las rodillas se le doblaban. Gabriel la sostuvo.

—Pero eso no es lo peor —prosiguió él, con la voz convertida en un susurro ronco.

—¿Qué? ¿Qué hay peor?

—Tenía marcas de ligaduras en las muñecas y en los tobillos. Equimosis ante mortem. Y... tenía tierra bajo las uñas. Tierra roja. Arcilla.

—¿Tierra?

—No se ahogó, Élise. Fue asfixiado. Probablemente con una bolsa de plástico. Y antes de eso... cavó. O gateó.

Élise cerró los ojos. La imagen de Julien, maniatado, asfixiándose, arañando la tierra en un último gesto de desesperación, le atravesó la mente como un rayo blanco.

—¿Dónde? —susurró—. ¿Dónde lo mataron?

—No lo sé. Pero no fue en Les Goudes. Tiraron su cuerpo allí para que pareciera un suicidio romántico. «El artista frente al mar». Fue una puesta en escena para que nadie buscara más.

La soltó y retrocedió, recuperando su postura de policía, cerrada, hermética.

—Ahora ya lo sabes. No murió en paz. Murió asesinado, fría y metódicamente. Y el informe fue falsificado por órdenes de arriba.

Élise volvió a abrir los ojos. La montaña Sainte-Victoire parecía oscilar bajo el calor. El mundo tambaleaba.

—¿Por qué me cuentas esto ahora?

—Porque si tienes un ticket de consigna con la hora de su muerte... significa que lo depositó después de haber sido secuestrado. O que el asesino lo depositó.

—¿O que Julien escapó de sus asesinos un instante?

—No. Si tenía tierra bajo las uñas... es que ya estaba muriendo.

Gabriel la fijó intensamente.

—Dame ese ticket, Élise. Iré yo a ver. Es demasiado peligroso para ti.

Élise retrocedió hacia su coche. La confianza estaba rota. Gabriel lo sabía desde el principio y la había dejado instalarse en la Bastide, sola. Había protegido al sistema antes que protegerla a ella.

—No —dijo ella.

—¡Élise!

—Has elegido tu bando, Gabriel. Elegiste el silencio.

Subió a su coche y bloqueó la puerta antes de que él pudiera alcanzarla. Arrancó, dejándolo allí plantado, en medio del desierto de hormigón, aplastado por el sol y por su propia cobardía.

Sabía a dónde tenía que ir.

Soraya. La mujer del cementerio.

Valéry había dicho que era un veneno. Que le había metido ideas en la cabeza a Julien.

Si Julien había sido asesinado por un secreto, Soraya poseía la otra mitad de la llave. Y si Julien tenía tierra roja bajo las uñas... la tierra de la Bastide era roja. Pero la tierra del macizo de l'Étoile también. Y la tierra de los callejones del Panier, entre los viejos adoquines, a veces era roja de ladrillo triturado.

Élise aceleró. Regresaba a Marsella. Al vientre del monstruo. Iba a encontrar a esa mujer de rojo, aunque tuviera que levantar cada piedra de la ciudad, aunque tuviera que quemarse los dedos con el fuego de la verdad.

El ticket de la consigna estaba en su bolsillo, pesado como una lápida. Esperaría. Primero, había que encontrar la voz que pudiera contar la historia.

El paisaje desfilaba borroso. Los viñedos, a cada lado de la carretera, parecían ahora hileras de manos tendidas, implorantes o amenazadoras. El vino tenía sabor a sangre, había dicho Valéry. Pues bien, ella se aseguraría de que quienes la habían derramado se lo bebieran hasta las heces.

CAPÍTULO 6.

Marsella no es una ciudad; es una superposición de mundos que se ignoran entre sí. Está el mundo del mar, azul e indiferente. El mundo de las colinas, seco y duro. El mundo de los ricos, oculto tras las verjas del barrio de Périer. Y luego está el vientre. El Panier.

Élise aparcó su coche en el boulevard des Dames, lejos, muy lejos de la seguridad aseptizada de los parkings subterráneos. Se adentró a pie en el laberinto.

Aquí el viento no corría. Las callejuelas eran demasiado estrechas, demasiado retorcidas. Cortaban el viento, lo quebraban

en mil corrientes de aire cálido que se arremolinaban en el lugar, atrapando los olores. Olía a detergente barato, a ajo frito, a orina de gato seca y a ese aroma indefinible de piedra milenaria que suda.

Las fachadas ascendían hacia el cielo, un cielo reducido a una simple rendija azul allá arriba, inaccesible. Las paredes estaban leprosas, con un ocre que se descascarillaba como una piel enferma, revelando el ladrillo rojo o la piedra gris subyacente. Por todas partes la ropa se secaba en las ventanas, estandartes multicolores de un ejército de fantasmas, restallando suavemente en el bochorno de la tarde.

Élise caminaba rápido. Buscaba a una mujer de la que no conocía el nombre, solo un rostro devastado por las lágrimas y una silueta vislumbrada en el cementerio.

Pero tenía una pista. Solo una.

Cuando la mujer huyó del cementerio, se le cayó algo. No fue un pañuelo ni una flor. Fue un billete de autobús. Un viejo billete arrugado de la línea 49. La línea que une el Vieux-Port con la Joliette atravesando las entrañas del Panier. Era poco. Era irrisorio. Pero era el único rastro que quedaba en este mundo donde las pruebas se evaporaban.

Élise recorría la rue du Petit-Puits. El calor era físico, una masa gelatinosa que pegaba la ropa a la piel. El sol, incapaz de alcanzar el suelo, rebotaba en las fachadas amarillas creando una luz indirecta, dorada y sucia, que daba a cada transeúnte un tono de ictericia.

Escaneaba los rostros. Mujeres sentadas en sillas de plástico ante sus puertas, abanicándose con periódicos. Críos que chillaban corriendo tras un balón desinflado. Hombres que fumaban en silencio, apoyados en los marcos de las puertas, con la mirada pesada.

Tenía la impresión de ser una extraña, una intrusión en un organismo vivo que la rechazaba. La miraban. Veían que no era de

allí, que venía del «afuera», de ese mundo donde se llevan blusas planchadas y se tiene miedo a la muerte.

Llegó a la place des Pistoles. La terraza de un café se desparramaba sobre los adoquines.

Y allí la vio.

No fue una aparición. Fue una mancha de sangre sobre un muro amarillo.

La mujer estaba sentada sola, en una pequeña mesa de hierro forjado que cojeaba. Ya no vestía de negro. Llevaba un vestido rojo, de un rojo oscuro, casi granate, el color del vino de La Rouvière, el color de los corazones que sangran. Tenía unas gafas de sol inmensas que le devoraban la cara y fumaba un cigarrillo fino con una nerviosidad que hacía temblar la ceniza.

Élise se detuvo en seco. El corazón le golpeó las costillas, un ruido sordo que ahogó el barullo de la calle.

Era ella. Soraya.

Élise dio un paso. La mujer levantó la cabeza, como un animal que ventea al depredador. Vio a Élise.

Durante un segundo permanecieron congeladas, unidas por un hilo invisible de tensión. Élise leyó el pánico puro tras los cristales ahumados.

La mujer de rojo se levantó bruscamente, volcando su silla en un estrépito de hierro que hizo callar las conversaciones cercanas. No cogió su bolso, no pagó el café. Corrió.

—¡Espere! —gritó Élise.

La voz se le quebró en la garganta.

La mujer se internó en la rue du Panier, subiendo hacia la place des Moulins.

Élise se lanzó tras ella.

La persecución no tuvo nada de heroico. Fue una lucha viscosa contra la gravedad y el calor. Los adoquines eran irregulares, resbaladizos por la grasa y el polvo. Élise tropezó, se agarró a un canalón oxidado, siguió adelante.

La mujer de rojo corría rápido a pesar de sus sandalias. Conocía el terreno. Giraba en ángulo recto por pasajes tan estrechos que los hombros rozaban las paredes. Subía escaleras abruptas de cuatro en cuatro, con el cabello negro azotándole la espalda.

—¡Solo quiero hablar con usted! —aulló Élise con el aliento corto.

Su voz resonó entre los muros, amplificada, deformada. Una anciana que tendía la ropa la vio pasar y se santiguó, como si viera al diablo.

La mujer de rojo no respondía. Huía. Huía de algo mucho más terrorífico que una hermana en duelo.

Élise ganó terreno en la subida de los Accoules. Le ardían los muslos. El sudor le escocía en los ojos. La ciudad parecía cerrarse sobre ellas. Los pisos superiores de los edificios se inclinaban unos hacia otros, oscureciendo el cielo y transformando la calle en un túnel.

La fugitiva se desvió bruscamente a la izquierda, hacia el callejón sin salida de la Charité.

Era un error. Élise lo sabía. Recordaba aquel callejón de cuando Julien la llevaba allí a comer helados. No tenía salida.

Élise aminoró la marcha al llegar al ángulo de la pared. Oía la respiración al otro lado. Un jadeo ronco, pánico puro, el sonido de un animal acorralado.

Dobló la esquina.

El callejón estaba vacío, o casi. Solo contenedores verdes rebosantes, un scooter desguazado y, al fondo, un muro de piedra de tres metros de alto, infranqueable, coronado con trozos de cristales de botella.

La mujer de rojo estaba allí, con la espalda pegada al muro, como si intentara fundirse con la piedra. Apretaba el bolso contra el pecho como un escudo. Había perdido las gafas en la carrera. Sus ojos eran negros, inmensos, líquidos de terror.

Élise se acercó despacio, con las manos abiertas y las palmas hacia el cielo, para mostrar que no iba armada.

—¡No se acerque! —gritó la mujer—. ¿La han enviado ellos? ¿Es eso? ¿Quieren terminar el trabajo?

Tenía un ligero acento marsellés, quebrado por los sollozos.

—Nadie me envía —dijo Élise deteniéndose a tres metros de ella —. Soy Élise. La hermana de Julien.

El nombre de Julien hizo vacilar a la mujer. Cerró los ojos un segundo y una lágrima trazó un surco brillante sobre su mejilla empolvada.

—Sé quién eres —susurró—. Te pareces a él. Tienes su misma frente.

—¿Usted es Soraya?

La mujer volvió a abrir los ojos. Asintió con un movimiento ínfimo.

—¿Por qué ha huido?

—Porque todo lo que toca a Julien está muerto ahora. Y yo no quiero morir.

—No voy a hacerle daño. Quiero entender.

—¡No hay nada que entender! ¡Lo mataron! ¡Lo mataron como a un perro!

Soraya se dejó deslizar por la pared, acuclillándose en el polvo; su vestido rojo se desparramó a su alrededor como un charco de sangre. Rompió a llorar, un llanto violento, incontrolable, que intentaba sofocar con las manos.

Élise se acercó y se arrodilló junto a ella. De Soraya emanaba un olor a jazmín barato y tabaco frío.

—Valéry me dijo que usted era un veneno para él —dijo Élise con suavidad.

Soraya levantó la cabeza y la rabia secó sus lágrimas al instante.

—¿Valéry? ¿Ese cerdo? ¡Él es el veneno! ¡Él fue quien inyectó la codicia en las venas de Julien! Yo... yo lo amaba.

La palabra flotó en el aire pesado del callejón, simple y absoluta.

—Tú no puedes entenderlo —continuó Soraya con la voz trémula —. Vives en París, en tus museos. Julien se asfixiaba aquí. Se asfixiaba bajo el peso de tu madre, de la Bastide, de ese apellido «de Charpentier» que ya no vale un céntimo pero que pesa toneladas. Quería irse. Quería que nos fuéramos. Los tres.

—¿Los tres? —repitió Élise.

Soraya se mordió el labio, como si hubiera hablado de más. Desvió la mirada.

—Con el gato —dijo demasiado rápido—. Marius. No quería dejar al gato.

Era una mentira. Élise lo sintió en las entrañas. Pero no era el momento de presionar.

—Valéry dice que Julien lo estaba chantajeando.

—¡Julien no quería dinero! Bueno... sí, al principio. Lo necesitaba. Pero después... después descubrió lo que habían hecho. Hace veinte años.

—¿Veinte años?

Élise frunció el ceño. Julien tenía diez años hace veinte años.

—No es una historia de terrenos, Élise. Los terrenos, el blanqueo, la mafia... eso es el decorado. Es el negocio habitual de Marsella. Pero la razón por la que lo mataron... es más vieja. Es una historia de sangre.

Soraya buscó frenéticamente en su bolso. Sacó un paquete de cigarrillos, un encendedor, unas llaves... y un objeto pequeño, negro y rectangular.

Una memoria USB.

La apretó en su puño con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Me dio esto el 20 de junio. El día antes. Me dijo: «Si no vuelvo de la cita con el Jabalí, dáselo a Élise. Solo a Élise».

—¿El Jabalí? ¿Quién es?

—No lo sé. Un matón. Un liquidador. Julien iba a reunirse con él para negociar su salida. Para comprar nuestra libertad.

Soraya tendió la mano. La memoria USB descansaba en su palma, un objeto vulgar que contenía, quizá, la muerte de un hombre.

—Tómala. No quiero tenerla más. Me quema en las manos.

Élise cogió la llave. Estaba tibia.

—¿Qué hay dentro?

—No he tenido valor para mirar. Él me dijo: «Es la Primera Mentira. Es la raíz de todo».

Élise deslizó la memoria en el bolsillo de su vaquero, junto al ticket de la consigna. Sus bolsillos se llenaban de piezas de convicción, pero el puzle seguía siendo ilegible.

—Soraya —dijo Élise—. La policía dice que se ahogó. Sé que es mentira. Sé que fue torturado. Tenía tierra roja bajo las uñas.

Soraya soltó un grito ahogado, llevándose la mano a la boca.

—Tierra roja... Oh, Dios mío... Les Riaux.

—¿Les Riaux? ¿Qué es eso?

—Es una antigua tejería abandonada. En los barrios del Norte, cerca de L'Estaque. El suelo allí es rojo sangre. Allí es donde Valéry almacenaba materiales... Julien me llevó una vez a pintar allí. Decía que era el lugar más triste del mundo.

Élise se levantó. Tenía un lugar. Tenía una prueba digital.

—Tienes que venir conmigo, Soraya. Corres peligro aquí.

—¡No! Si voy contigo, soy un blanco. Si estoy sola, solo soy una chica del barrio que no sabe nada. Déjame. Vete.

—Pero...

—¡Vete! —gritó Soraya incorporándose bruscamente.

Empujó a Élise, un empujón débil, desesperado.

—Mira lo que hay en la llave. Y si tienes valor... véngalo. Pero no vuelvas nunca a verme. Olvida mi cara.

Soraya se ajustó el vestido y se secó los ojos con un revés de la mano cargado de rabia. Ya no era la mujer desolada del cementerio. Era una superviviente. Había recuperado esa dureza marsellesa, ese caparazón que uno se forja para cruzar la calle sin ser devorado.

Esquivó a Élise y salió corriendo hacia la salida del callejón sin mirar atrás; sus tacones golpeaban los adoquines como disparos.

Élise se quedó sola en el callejón de la Charité.

El silencio volvió a caer, pesado, vibrante. Sobre el muro, un gato callejero la observaba inmóvil.

Tocó la memoria USB en su bolsillo. La Primera Mentira.

Salió del callejón caminando como un autómata. La ciudad a su alrededor seguía viviendo. Las teles tronaban, la gente se gritaba, los olores de cocina se hacían más fuertes al acercarse la noche. Pero para Élise todo se había vuelto gris.

Regresó a su coche en el boulevard des Dames. Se encerró dentro.

No podía volver a la Bastide. No todavía. Allí no había ordenador y, de todos modos, la casa estaba sitiada por los fantasmas y los carillones.

Tenía que saberlo.

Arrancó y se dirigió al centro. Conocía un cibercafé cerca de la Plaine, uno de esos lugares lúgubres que cierran tarde, poblados de críos con videojuegos y estudiantes sin blanca.

Al subir por la Canebière vio el cielo tornarse de un violeta sombrío. El viento se había detenido, pero una pesadez nueva gravitaba sobre la ciudad. Se mascaba una tormenta de verano. El aire estaba eléctrico.

Élise sentía la fatiga en los huesos, un cansancio antiguo, como si llevara días caminando. Pero la adrenalina la mantenía en pie.

«Es una historia de sangre», había dicho Soraya.

Élise miró sus propias manos sobre el volante. Era la misma sangre que la de Julien. La misma sangre que la de Hélène. La misma sangre que la de aquel padre muerto de silencio.

¿Qué habían hecho hace veinte años?

Llegó a la Plaine. El barrio estaba en obras, destripado por trabajos interminables y rodeado de vallas metálicas. Era perfecto. Un paisaje de ruinas para una revelación de ruinas.

Entró en el cibercafé «Matrix». El olor a cerrado, a sudor adolescente y a plástico caliente la recibió.

Pagó una hora. Se sentó en el puesto 12, al fondo.

Sacó la memoria USB. Era una llave básica, negra, sin marca.

La insertó en el puerto.

La pantalla parpadeó. Se abrió una ventana.

Un solo archivo.

Un archivo de audio. Formato .WAV.

El nombre del archivo era una fecha.

21-JUNIO-MIL NOVECIENTOS NOVENTA Y NUEVE.wav

Hace veintiséis años. No veinte. Soraya había redondeado. Julien tenía cuatro años.

Se puso los auriculares. Le temblaban tanto las manos que le costó encontrar la toma jack.

Se ajustó los cascos, aislándose del ruido de los disparos virtuales y los gritos de los jugadores.

Posó el dedo sobre el ratón. El cursor vaciló sobre el botón de «Play».

Era esto. La razón por la que su hermano había sido asfixiado con tierra roja. La razón por la que su madre era una estatua de hielo.

Hizo clic.

El sonido chisporroteó primero. Un siseo. Luego, una voz.

Una voz que conocía de memoria. Pero una voz más joven, más fuerte, más imperiosa.

La voz de su madre, Hélène.

Y otra voz. Una voz de hombre. Grave, autoritaria, con ese acento pausado de los notables de la costa.

No era Valéry.

Élise cerró los ojos, concentrándose en el grano de la voz.

—No puedes hacer eso, Hélène. El niño es...

—¡El niño no existe! —cortó la voz de Hélène—. Nunca ha existido. ¿Me oyes? Si esto se sabe, estás acabado. Y yo también.

—Pero, ¡por Dios, Hélène, es mi sangre!

—Tu sangre está podrida. Nunca entrará en mi casa.

Élise abrió los ojos de par en par.

La voz del hombre.

Acababa de reconocerla. La había oído en la tele, en la radio, mil veces. La había oído en discursos oficiales en las inauguraciones.

Era la voz de Pierre-André Galtier. El diputado alcalde del sector. El hombre fuerte de esta región marsellesa. El «Patrón».

Pero, sobre todo...

Pierre-André Galtier era el padrino de Gabriel. El hombre que había pagado los estudios de policía de su ex-amante. El hombre que había forjado la carrera de Gabriel.

El frío invadió a Élise, un frío absoluto que nació en su vientre y le congeló las extremidades.

Gabriel no era solo un policía cobarde. Era el hijo espiritual del diablo.

En la grabación se oyó un ruido de fondo. Un ruido de agua. Un ruido de olas contra un casco. Estaban en un barco.

Luego, un grito. Un grito de niño.

Y el silencio.

Élise se arrancó los auriculares, a punto de vomitar sobre el teclado.

Fuera estalló el primer trueno de la tormenta, haciendo temblar los cristales del cibercafé; un eco monstruoso de la tempestad que acababa de desatarse en su cabeza.

Ya no estaba sola contra unos matones. Estaba sola contra la ciudad entera.

CAPÍTULO 7.

La pantalla del ordenador era una ventana sucia abierta al infierno.

En el cibercafé «Matrix», el aire estaba acondicionado, reciclado, cargado de iones positivos y del olor químico de bebidas energéticas rancias. Era un no-lugar, un búnker de neones y plástico gris donde adolescentes de ojos ojerosos mataban soldados virtuales en desiertos de píxeles. No sabían que la verdadera guerra, la guerra sucia, esa que no da puntos de experiencia, se libraba en el puesto número 12, al fondo de todo, cerca de los aseos.

Élise llevaba los cascos puestos. El cuero sintético de los auriculares le daba calor, creando una burbuja de silencio sofocante a su alrededor. Sus manos, apoyadas de plano sobre el escritorio de formica astillada, ya no temblaban. Estaban rígidas, como muertas.

En la pantalla, la barra de reproducción del archivo de audio avanzaba. Una línea azul, fina, inexorable, que devoraba el tiempo.

El sonido era de mala calidad. Una grabación analógica, probablemente hecha con un dictáfono de microcasete y digitalizada después con torpeza. Había siseo, mucho siseo, como si el viento (siempre ese maldito viento) hubiera querido participar en la conversación. Y tras el siseo, el chapoteo rítmico del agua contra un casco.

Estaban en el mar.

Élise cerró los ojos para ver mejor.

—...no puedes hacer eso, Hélène. El niño es...

La voz del hombre. Grave, autoritaria, pero agrietada por una angustia que la volvía casi aguda por momentos. Una voz de fumador de puros, una voz acostumbrada a mandar, que aquí se estrellaba contra un muro.

—¡El niño no existe!

La respuesta de Hélène restalló como una vela que flamea al viento. Era la voz de su madre, pero rejuvenecida veinte años. Más cortante, más rápida. Una voz de acero templado.

—Nunca ha existido. ¿Me oyes? Si esto se sabe, estás acabado. Y yo también. Los «de Charpentier» no cargan con bastardos.

—Pero, ¡por Dios, Hélène, es mi sangre!

—Tu sangre está podrida. Jamás entrará en mi casa. Jamás llevará mi nombre. Bastante tengo ya con las deudas de mi imbécil de marido como para gestionar tus errores de bragueta.

Un silencio. Solo el ruido de las olas y el grito lejano de una gaviota.

Después, la voz del hombre retomó el hilo, más baja, suplicante.

—¿Qué hacemos, entonces? La chica... la madre... quiere hablar.

—No hablará. El Jabalí se encarga.

El Jabalí. El nombre que Julien había escrito en su cuaderno rojo.

—Estás loca, Hélène. Si tocamos a la madre...

—No tocamos a nadie. Compramos. Pagamos el silencio. Y en cuanto al niño... desaparece. No muerto. Solo... en otra parte. Una adopción discreta. Lejos. En Marruecos o en Argelia. Apañatelas con tus redes.

—¿Y Julien? —preguntó el hombre.

El corazón de Élise dio un vuelco. Julien. Tenía cuatro años por aquel entonces.

—Julien nunca lo sabrá —dijo Hélène—. Nadie lo sabrá. Lo que ocurre en este barco se queda en este barco. Es el precio, Pierre-André. Es el precio para que te conceda la recalificación de los

terrenos de L'Estaque. ¿Quieres construir tu marina? ¿Quieres tus millones? Pues limpia tu mierda.

Pierre-André.

El nombre cayó en la mente de Élise como una gota de ácido.

Abrió los ojos y clavó la vista en la pantalla cegadora.

Pierre-André. Galtier.

Conocía bien esa voz y ese nombre. Todo el mundo en Marsella conocía esa voz. Era la que prometía tranvías y piscinas municipales. Era la que inauguraba ferias y salones. Era la del diputado alcalde, el hombre inamovible, el barón, aquel que sostenía la ciudad en su mano regordeta desde hacía tres décadas.

Galtier era el hombre del barco.

Galtier tenía un hijo oculto. Un hijo cuya sangre estaba «podrida».

Y Hélène... su madre... no era una víctima. Era la artífice. Chantajeaba al hombre más poderoso de la ciudad. Intercambiaba el silencio sobre un bastardo por privilegios inmobiliarios.

La grabación continuó.

¿Un ruido de lucha? No, pasos pesados sobre la cubierta.

—Vamos, firma —dijo Hélène—. Ahí. En el registro. Diremos que fue un accidente de navegación. Que la chica se cayó al agua y no pudieron rescatarla.

—¡Pero si no está muerta! ¡Está en el camarote!

—Para el registro civil, está muerta. Es más limpio. Cambiará de nombre, cogerá el dinero y se marchará. Y el niño se irá con ella. Si alguna vez vuelven... entonces, Pierre-André, dejaré que el Jabalí haga lo que sabe hacer.

—Te odio —susurró Galtier.

—Lo sé. Por eso hacemos tan buenos negocios juntos.

La grabación se detuvo. La barra azul llegó al final de su recorrido.

Élise se arrancó los cascos. Tenía ganas de aullar, de romper la pantalla, de prender fuego a aquel cibercafé pestilente.

La náusea la sumergió. Se levantó, tambaleante, y corrió hacia los aseos del fondo. Empujó la puerta cubierta de grafitis y vomitó en la taza dudosa todo el café negro que se había bebido por la mañana.

Su cuerpo rechazaba la verdad. Era demasiado. Demasiado sucio.

Su madre no solo había ocultado un secreto de familia. Había orquestado una muerte falsa, un exilio y un chantaje político que duraba ya veinte años. Y Julien... Julien había descubierto aquello.

Por eso lo anotaba todo. «La Primera Mentira».

Se salpicó la cara con agua fría en el lavabo, mirando su reflejo en el espejo picado. Estaba pálida, espectral. Se parecía a Julien cuando estaba enfermo.

Se secó la boca con el revés de la manga. Tenía que salir de allí. Esa memoria USB era una bomba atómica. Si sacaba aquello a la luz, Galtier caía. Hélène caía. Todo el castillo de naipes de la corrupción marsellesa se desmoronaba.

Pero había algo peor.

Una conexión neuronal acababa de producirse en su cerebro, una sinapsis ardiente que unía el pasado con el presente con la brutalidad de un cortocircuito.

Pierre-André Galtier.

Gabriel.

Gabriel no tenía padre. Había sido criado por su madre, una limpiadora que trabajaba en el ayuntamiento. Pero había tenido un protector. Un «padrino». Alguien que había pagado sus estudios de Derecho, que lo había hecho entrar en la academia de policía, que había favorecido su rápido traslado a L'Évêché, la comisaría central.

Ese padrino era Galtier.

Gabriel veneraba a Galtier. Lo llamaba «tito» en la intimidad. Decía que era el único hombre de honor de esta ciudad.

Élise salió de los aseos, recuperó la memoria USB del ordenador y salió del cibercafé.

Fuera, el cielo se le cayó encima.

La tormenta había estallado. No era una lluvia parisina, fina y melancólica. Era el diluvio. Una catarata de agua tibia y pesada que se abatía sobre la ciudad con la violencia de un castigo bíblico. Las calles de La Plaine se habían transformado en torrentes de barro. Las alcantarillas rebosaban, escupiendo la basura que la ciudad había intentado ocultar.

Élise quedó empapada hasta los huesos en tres segundos. El pelo se le pegó al cráneo, la ropa se convirtió en una segunda piel gélida.

Corrió hacia su coche. El agua resbalaba por el parabrisas, volviendo el mundo borroso, líquido, incierto.

Tenía que encontrar a Soraya. Tenía que saber dónde estaba ese niño. Y, sobre todo, tenía que saber si Gabriel lo sabía.

Si Gabriel protegía a Galtier, entonces Gabriel protegía a los asesinos de Julien.

Arrancó. Los limpiaparabrisas marcaban el compás, frenéticos, incapaces de luchar contra el muro de agua.

No tenía la dirección de Soraya. Había huido del callejón de la Charité sin preguntársela.

Pero en la memoria USB, junto al archivo de audio, había otro documento. Un escaneo. Una imagen JPEG que apenas había mirado, demasiado apresurada por escuchar la voz.

Se detuvo en doble fila, con los cuatro intermitentes puestos, bajo una marquesina del boulevard Chave. Sacó su teléfono. Había hecho una foto de la pantalla antes de irse; un reflejo de restauradora: documentar siempre antes de tocar.

Hizo zoom en la imagen borrosa.

Era una factura de la luz. A nombre de Soraya Mahjoub. Calle del Panier, 14. Segundo piso.

Allí era donde había huido. Al corazón del laberinto.

Élise dio media vuelta, a punto de embestir a un scooter que resbalaba sobre los adoquines mojados. Regresaba al puerto, al barrio viejo.

La ciudad bajo la tormenta estaba irreconocible. Las luces de las farolas se reflejaban en los charcos inmensos, creando mantos de petróleo dorado y rojo. Ya no había nadie fuera. Los marselleses tienen un miedo atávico a la lluvia; cuando el cielo llora, la ciudad se madriga.

Abandonó el coche cerca del Hôtel-Dieu, sin molestarse siquiera en comprobar si estaba bien aparcado. Subió las escaleras hacia el Panier. El agua bajaba por los peldaños en cascada, empapándole los zapatos, apelmazando sus vaqueros.

Calle del Panier, 14.

Una puerta estrecha, pintada de verde botella, con la pintura desconchada por la humedad. Sin código de acceso, solo una vieja cerradura. Élise empujó. Estaba abierta. Aquí no se cierra, o si se hace, es con triple cerrojo.

Subió la escalera de caracol, sombría, con olor a yeso mojado y a gato. Segundo piso.

Una puerta de madera en bruto. Se filtraba luz por debajo.

Élise llamó. Llamó fuerte, con el puño, ahogando el estruendo del trueno que rodaba sobre los tejados.

—¡Soraya! ¡Soy Élise! ¡Abre!

Sin respuesta.

—¡Soraya! ¡Sé lo de Galtier! ¡Sé lo del niño! ¡Ábreme!

El cerrojo chasqueó. La puerta se entreabrió, sujeta por una cadena de seguridad.

Un ojo negro, enmarcado en kohl corrido, apareció en el resquicio.

—Estás loca por volver aquí —susurró Soraya—. Lo vigilan todo.

—Déjame entrar. Estoy empapada y ya lo sé todo.

Soraya vaciló, escaneó el rellano oscuro tras Élise y después desenganchó la cadena.

El apartamento era minúsculo. Una habitación única con un altillo. Era un desorden de telas, de ropas coloridas, de libros apilados. Olía a incienso, pero a un incienso denso que intentaba enmascarar otro olor: el del miedo. Había maletas abiertas sobre la cama. Soraya estaba haciendo el equipaje.

Llevaba aún su vestido rojo, ahora arrugado y manchado. Parecía un pájaro exótico atrapado en una jaula demasiado pequeña.

—¿Lo has escuchado? —preguntó sin preámbulos.

—Lo he escuchado. Es Galtier.

Soraya cerró los ojos y se apoyó en la puerta cerrada, como para impedir que entrara la desgracia.

—Sí. Es el Patrón.

—Y mi madre... mi madre lo tiene cogido. Desde hace veinte años.

—Tu madre es el diablo, Élise. Vendió el alma de todo el mundo para mantener sus muros en pie.

Élise avanzó, dejando un charco de agua sobre la alfombra persa.

—El niño del que hablan... ¿Quién es?

Soraya volvió a abrir los ojos. Fue hacia la pequeña cocina, cogió una botella de vodka barato y bebió directamente del cuello.

—¿No lo adivinas?

—No.

—«El niño no existe. Jamás entrará en mi casa».

Soraya le tendió la botella a Élise.

—El niño es Gabriel.

El mundo de Élise dejó de girar. El ruido de la lluvia contra los cristales desapareció. Ya no quedaba más que el zumbido sordo de su propia sangre en los oídos.

—¿Qué?

—Gabriel es el hijo de Galtier. Y de la limpiadora, María. Aquella a la que tu madre «trató»".

—Pero... Gabriel tiene mi edad. La grabación es del 99. ¡Gabriel ya tenía seis años!

—Exactamente. Por eso hablan de hacerlo «desaparecer». Ya existía. Galtier quería reconocerlo, o al menos ocuparse de él oficialmente. Tu madre se negó. Amenazó con contárselo todo a la mujer de Galtier, a su partido, a la prensa. Obligó a Galtier a renegar de su hijo para salvar su carrera. A cambio, ella obtuvo los terrenos, los permisos, la impunidad.

Élise se sentó en el borde de la cama, con las piernas cortadas.

Gabriel. Su Gabriel. El hijo oculto del monstruo.

—¿Gabriel lo sabe? —preguntó con voz blanca.

Soraya soltó una risa amarga.

—Claro que lo sabe. Galtier hizo el papel de «padrino protector» para compensar. Lo financió en secreto. Lo convirtió en su perro guardián. Gabriel se lo debe todo. Le debe su vida, su placa, su piso, su orgullo al hombre que no tuvo el valor de ser su padre.

—Por eso no hace nada...

—Por eso encubrió el asesinato de Julien —sentenció Soraya.

Se acercó a Élise, con el rostro desencajado por el odio y la lástima.

—Julien lo había descubierto todo. Encontró la grabación entre los papeles viejos de tu padre. Julien quiso enfrentarse a Galtier. Quería que se hiciera justicia por veinte años de mentiras. Quería que Galtier dimitiera.

—¿Y Galtier envió a Gabriel?

—No. Galtier envió al Jabalí. Pero Gabriel... Gabriel limpió después. Él fue quien firmó el informe. Él fue quien cerró los ojos. Él fue quien dijo a sus amigos policías que no buscaran más.

Élise revivió la escena en la presa de Bimont. El rostro desencajado de Gabriel. Soy poli en Marsella, la línea se mueve con el viento. No protegía un sistema abstracto. Protegía a su padre. Protegía su propia existencia.

Se levantó. Una rabia fría, absoluta, sustituyó a la náusea.

Soraya la agarró del brazo. Sus uñas se clavaron en la carne.

—¡No vayas! Vas a meterte en la boca del lobo. Te van a matar, Élise. Como a Julien. Coge la llave, vete a París, busca a periodistas allí. Aquí, la policía, la justicia, la prensa... todo es de Galtier.

—No me voy. Voy a mirarlo a los ojos. Quiero que sea él quien me lo diga.

Se soltó bruscamente.

—¿Tú huyes?

—Cojo el ferry para Córcega esta noche. Si el mar lo permite. Si no, dormiré en el coche en el puerto. No me quedo ni un minuto más en esta ciudad.

Soraya volvió a su maleta, arrojando sus cosas a montones.

—Adiós, Élise. Eres valiente. Pero la valentía, aquí, es lo que se escribe en las lápidas.

Élise salió del apartamento sin una palabra más. Bajó a toda prisa la escalera oscura.

Fuera, la tormenta estaba en su apogeo. Los rayos caían sobre el mar, iluminando la Bonne Mère con una luz estroboscópica, espectral. El trueno hacía temblar los muros del Panier.

Élise caminó bajo la lluvia torrencial hacia el Hôtel-Dieu y luego hacia la calle de la République. L'Évêché, la comisaría central, estaba allí: una fortaleza de hormigón y cristal sucio, un búnker del orden en medio del caos.

Ya no sentía el frío. Ya no sentía la lluvia. Era un incendio en marcha bajo el agua.

Llevaba la memoria USB en el bolsillo, apretada en el puño.

Iba a destruir a Gabriel. Iba a destruir al hombre que había amado, porque no era más que una extensión de la mentira.

Llegó frente a la comisaría. Los coches patrulla entraban y salían, con las sirenas azules lacerando la noche lluviosa. Los aullidos de las alarmas se mezclaban con el viento.

Élise cruzó las puertas de cristal. La recepción olía a cloro y al sudor rancio de los calabozos.

—Quiero ver al teniente Gabriel Conti —le dijo al agente tras el cristal blindado.

—¿De parte de quién? Está ocupado.

—Dígale que es Élise.

El agente la miró con extrañeza, pero descolgó el teléfono.

Unos segundos después, la puerta de seguridad se abrió.

Gabriel estaba allí. En mangas de camisa, con la pistolera al hombro. Parecía agotado, gris, viejo.

La vio. Vio el agua que chorreaba de su ropa, formando un charco a su alrededor. Vio, sobre todo, sus ojos.

Ya no quedaba amor en los ojos de Élise. Solo quedaba el juicio final.

—Ven —dijo él simplemente.

La guio a través de los pasillos de color beige, bajo los neones que chisporroteaban. Se cruzaron con policías que arrastraban a un camello esposado, con una prostituta que gritaba. Era la corte de los milagros, la sentina de la ciudad.

La hizo entrar en un despacho vacío, una sala de interrogatorios de paredes acolchadas con espuma acústica amarillenta. Cerró la puerta. El ruido de la comisaría se apagó.

Estaban solos.

El cara a cara iba a comenzar. Y fuera, el viento negro, el viento de los días malos, empezaba a soplar de nuevo, barriendo la lluvia para congelar mejor las almas.

CAPÍTULO 8.

L’Évêché.

Solo el nombre suena a sentencia eclesiástica, a lugar de penitencia y confesión. Pero la Jefatura de Policía de Marsella no tiene nada de iglesia. Es una fortaleza de hormigón gris, sucia, asentada como una verruga al borde de la Joliette, un búnker administrativo que supura aburrimiento y violencia contenida. Es el sumidero de la ciudad, el lugar donde las cloacas de la sociedad emergen a la superficie para ser clasificadas, fichadas y, a veces, asfixiadas.

Élise avanzaba por el pasillo interminable, guiada por la silueta encorvada de Gabriel.

El aire, aquí, era una sustancia química. Habían dejado el Mistral y la tormenta en la puerta, sustituidos por una climatización monótona que resecaba las gargantas y congelaba el sudor sobre la piel. Olía a cera de parqué barata, a tinta de sellos, a café quemado y a ese olor indeleble, animal, del miedo humano que impregna las paredes como un moho invisible.

No se cruzaban con casi nadie. A esas horas de la noche, la comisaría vivía al ralentí, digiriendo las detenciones del día. Algunos gritos amortiguados provenían de los calabozos del sótano, unas puertas daban portazos a lo lejos, pero el pasillo de los inspectores estaba sumido en una semipenumbra, iluminado por el parpadeo agonizante de un neón en las últimas.

Gabriel abrió una puerta. Sala de interrogatorios número 4.

Hizo un gesto para que entrara. Ella pasó por su lado, sintiendo el calor de su cuerpo, un calor que había conocido, que había amado, y que ahora la repugnaba.

La estancia era un cubo sin ventanas. Las paredes estaban tapizadas con una espuma acústica amarillenta por el tiempo y el

humo del tabaco, plagada de agujeros como una piel virulenta. En el centro, una mesa de metal atornillada al suelo, dos sillas y ese espejo unidireccional que te devuelve tu propia imagen deformada, obligándote a mirar tu decaimiento a la cara.

Gabriel entró y cerró la puerta. El sonido del cerrojo al girar sonó como la tapa de un ataúd al cerrarse.

No se sentó. Se quedó de pie, apoyado en la puerta, con los brazos cruzados, como para impedirle huir o para impedirse a sí mismo derrumbarse.

Bajo la luz cruda del neón, parecía enfermo. Su tez, habitualmente tan mate, tan solar, tiraba a un gris ceniza. Tenía los ojos verdes rodeados de ojeras, inyectados en sangre. Había envejecido veinte años en tres días. Ya no era el apuesto Gabriel, el policía arrogante que reinaba en la ciudad. Era un hombre acosado.

Élise, por su parte, seguía temblando de frío. La ropa mojada se le pegaba a la piel, el pelo le chorreaba por el cuello, pero un fuego interior la consumía. Apretó el puño en el bolsillo, sintiendo el contorno duro de la memoria USB.

—Siéntate —dijo Gabriel. Su voz era ronca, una voz de gravilla.

—Prefiero estar de pie. No quiero deberle nada a la policía. Ni siquiera una silla.

Gabriel esbozó una sonrisa triste, una mueca que no le llegó a los ojos.

—Siempre has sido dura, Élise. Eso es lo que me gustaba de ti. Eres como la madera de olivo. Nudosa e imposible de romper.

—No hables de lo que te gustaba. No tienes derecho.

Se acercó a la mesa, apoyando las palmas sobre el metal frío para estabilizar su temblor.

—Lo sé, Gabriel.

Él no se movió. No preguntó «¿qué sabes?». Se limitó a clavar la vista en un punto por encima del hombro de ella, hacia el espejo donde su reflejo lo miraba de espaldas.

—Sé lo de mil novecientos noventa y nueve —continuó ella, remarcando cada sílaba—. Sé lo del barco. Sé lo del niño que «no existía». Sé quién es tu padre.

La palabra «padre» flotó en el aire viciado, cargada de una violencia inaudita.

Gabriel cerró los ojos. Una contracción muscular hizo que se le tensara la mandíbula.

—Soraya habla demasiado —susurró.

—No es Soraya. Es la voz. Bueno... la voz de quienes te hicieron. Tengo la grabación, Gabriel. He oído a mi madre vender tu existencia a cambio de permisos de construcción. He oído a Galtier renegar de ti para salvar su escaño de diputado.

Gabriel volvió a abrir los ojos. Estaban secos, brillantes por una fiebre fría.

—Galtier no renegó de mí —dijo dulcemente, con un fervor que heló a Élise—. Me protegió. Tú no puedes entenderlo. Naciste entre algodones, Élise. Naciste en una Bastide con vistas a las colinas. Yo nací en la mierda. Mi madre limpiaba los retretes del ayuntamiento a las cuatro de la mañana. Galtier... no tenía elección. Tu madre le tenía los huevos agarrados con una pinza de acero. Si me reconocía, lo perdía todo. Así que hizo lo que pudo.

—¿Lo que pudo? ¡Te compró! ¡Pagó tus estudios, tu piso, tu carrera! ¡Te convirtió en su deudor, en su propiedad!

—¡Hizo de mí un hombre! —bramó de pronto Gabriel, despegándose de la puerta.

El grito resonó en la pequeña sala, violento, desesperado. Dio unos pasos hacia ella, amenazador a su pesar.

—¡Sin él, estaría vendiendo chocolate en la Castellane o habría muerto de sobredosis a los veinte años! Él me dio una oportunidad. Me dio una ley.

—¿Qué ley? ¿La del silencio? ¿La de la mentira?

—¡La ley de la fidelidad, Élise! Aquí, en Marsella, la República no significa nada. París queda lejos. Lo que importa es el clan. Es la mano que te da de comer. Uno no muerde la mano que le da de comer.

—¿Ni siquiera cuando esa mano está manchada de sangre?

Gabriel se detuvo a un metro de ella. Parecía falto de aliento, como si acabara de correr un maratón.

—Hablas de Julien.

—Hablo de mi hermano. Al que dejaste morir.

Gabriel sacudió la cabeza, un movimiento lento, doloroso.

—No lo dejé morir. Cuando llegué... ya se había acabado.

—¡Deja de mentir! Te vi los ojos en Bimont. Lo sabías. Sabías que iba a ver al Jabalí. Sabías que era una trampa.

—¡Le dije que no fuera! ¡Se lo supliqué! Julien... se creía más listo que ellos. Pensaba que con esa grabación podría hundir a Galtier. No entendía que Galtier es la piedra angular. Si quitas la piedra angular, todo se viene abajo. La policía, la justicia, las adjudicaciones públicas... todo.

—¿Entonces, para proteger la «piedra angular», se sacrifica a un pintor? ¿Se asfixia a un chaval de treinta años con una bolsa de plástico?

Gabriel se estremeció. La imagen pareció golpearlo físicamente.

—Yo no estaba allí cuando lo hicieron —dijo con voz blanca—. Lo juro. Galtier me llamó después. Me dijo: «Hay un problema en Les

Riaux. Ve a limpiar».

—Y fuiste. Como un buen soldadito.

—Fui porque, si no era yo, iría otro que no habría tenido ningún respeto. Yo... vi a Julien. Estaba en la tierra roja. Tenía las manos atadas.

La voz de Gabriel se quebró. Una lágrima, una sola, resbaló por su mejilla mal afeitada, perdiéndose en los surcos del cansancio.

—Parecía sorprendido, Élise. Tenía los ojos abiertos de par en par. Como si no hubiera creído, hasta el último segundo, que se atreverían.

—¿Y tú qué hiciste? ¿Llamaste a emergencias? ¿Detuviste a los culpables?

—Ya no había emergencias a las que llamar. Estaba frío. Y los culpables... el Jabalí ya se había marchado. Solo quedaba el cuerpo. Y la orden.

—La orden de tirarlo al mar.

—La orden de amañarlo como un suicidio. Para evitar un escándalo. Para que su madre... para que tu madre no tuviera que responder preguntas.

—¿Mi madre?

Élise soltó una risa nerviosa, histérica.

—¿Crees que mi madre no lo sabe? ¡Ella fue quien empezó todo! ¡Ella creó este sistema en mil novecientos noventa y nueve! ¡Sacrificó a su propio hijo para conservar sus secretos!

Gabriel bajó la cabeza. Se miraba los zapatos, unos zapatos de poli, sólidos, hechos para caminar por el barro sin ensuciarse los pies.

—Lo sé —dijo él—. Hélène sabía que Julien iba a ver a Galtier. Lo dejó hacer. Pensó que, o bien tenía éxito y ella recuperaba dinero, o bien fracasaba y... se libraba de un problema. Julien se estaba volviendo peligroso para ella también. Hacía demasiadas preguntas sobre su verdadero padre.

—¿Su verdadero padre?

Gabriel levantó la cabeza, sorprendido.

—¿No lo sabes?

—¿Saber qué?

—Julien no era hijo de tu padre. No era hijo de Henri de Charpentier.

El suelo pareció abrirse bajo los pies de Élise. Otra mentira más. Otra trampilla que se abría en el piso de su historia familiar.

—¿De qué estás hablando?

—Henri era estéril, Élise. O impotente, no lo sé. Es lo que dicen los expedientes. Tú... tú eres un milagro, o tal vez otro secreto. Pero Julien... Julien era hijo de Hélène y de un artista de paso. Un tipo con el que estuvo un verano. Por eso lo odiaba. Él era la prueba viviente de su falta. Lo toleró mientras Henri vivió para mantener las apariencias, pero después...

Élise se apoyó contra la mesa. La náusea había vuelto, violenta. Una familia construida sobre arenas movedizas. Todo era falso. Todo.

—Por eso no lloró —susurró—. Por eso quería que yo me fuera.

Volvió a mirar a Gabriel. Ya no era un monstruo. Era solo un despojo, como ella. Un niño perdido en un juego de adultos crueles.

—¿Y el informe de la autopsia? —preguntó—. ¿Tú lo falsificaste?

—Presioné al forense. Un tipo con deudas de juego. Le dije que pusiera «ahogamiento». Firmé el acta del hallazgo del cadáver.

Bloqueé la investigación.

Se acercó a ella, despacio, con las manos abiertas en señal de rendición.

—Lo hice por Galtier, sí. Pero también lo hice por ti.

—¿Por mí? No me tomes el pelo.

—Si aquello salía a la luz... si se sabía que era un asesinato... habrías buscado. Habrías indagado. Y te habrían matado, Élise. Galtier no se detiene ante nada. El Jabalí no se detiene ante nada. Quería que creyeras en el suicidio. Quería que lloraras un poco, que vendieras la Bastide y volvieras a París, lejos de esta ciudad maldita. Quería salvarte.

Estaba a cincuenta centímetros de ella. Élise podía sentir su olor. Vio el amor desesperado en sus ojos, un amor tóxico, protector y asfixiante.

—Me protegiste mintiéndome —dijo ella fríamente—. Es exactamente lo que hacéis todos. Creéis que la verdad es peligrosa, así que construís cárceles de mentiras para quienes amáis.

—¡La verdad ES peligrosa, Élise! ¡Mira dónde estás! ¡Estás en una sala de interrogatorios con un policía corrupto, con una prueba robada en el bolsillo, y ahí fuera hay asesinos esperando!

La agarró por los hombros, sacudiéndola suavemente.

—Dame la memoria USB.

Élise se puso rígida.

—Jamás.

—¡Dámela! La destruiré. Y le diré a Galtier que no sabes nada. Que solo eres una hermana histérica que busca un sentido a la muerte de su hermano. Me creerá. Todavía puedo salvarte.

—¿Y a Julien? ¿Quién lo salvará a él? ¿Quién hará justicia a su memoria?

—¡Aquí no hay justicia! ¡Solo hay relaciones de fuerza! Si te quedas con esa llave, estarás muerta antes del amanecer. El Jabalí sabe que Soraya ha hablado contigo. Sabe que estuviste en el cibercafé.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Porque soy policía, joder! ¡Porque tengo los informes sobre mi mesa! Han rastreado tu teléfono. Han rastreado tu tarjeta en el peaje de La Rouvière. ¡Estás vigilada desde que pusiste un pie en el andén de la estación de Saint-Charles!

Le soltó los hombros y retrocedió, pasándose una mano por el pelo negro.

—Tienes que irte. Ahora mismo.

—No me iré sin haberlo quemado todo antes, Gabriel. Voy a entregar esta llave a la prensa. A quien quiera escucharla.

Gabriel la miró con una tristeza infinita. Comprendió que no podría doblegarla. Tenía la dureza de la piedra.

—Entonces estás sola —dijo él—. Ya no puedo hacer nada por ti. Si te ayudo, Galtier me mata a mí también.

—Tú ya estás muerto, Gabriel. Moriste el día que aceptaste encubrir el asesinato de tu amigo. No eres más que un fantasma uniformado.

Se apartó de la mesa y se dirigió a la puerta. Sentía las piernas pesadas, pero tenía la cabeza despejada. Con una claridad espantosa.

Puso la mano en el pomo.

—Élise —dijo Gabriel.

Se detuvo sin volverse.

—¿Qué?

—El Jabalí... no es un mito. Es un antiguo miembro de la Legión. Un tipo que estuvo en las guerras sucias de África. Nunca falla un blanco. No vuelvas a la Bastide. No vayas a un hotel. Desaparece. fúndete con la multitud. Hazte invisible.

—Es demasiado tarde para ser invisible.

—Ten cuidado con el viento —susurró él, repitiendo su frase de la estación como una oración inútil—. Vuelve loca a la gente.

—El viento ha caído, Gabriel. Ahora es la tormenta. Y la tormenta lo limpia todo.

Abrió la puerta y salió.

El pasillo parecía aún más largo, más frío. Caminó sin mirar atrás, sintiendo cómo la mirada de Gabriel le quemaba la espalda a través de la pared. Sabía que no la retendría. No tenía el valor para detenerla, ni para salvarla. Se iba a quedar en su caja insonorizada, esperando a que su «padre» lo llamara para recoger los pedazos.

Cruzó el vestíbulo de entrada. El agente de guardia la vio pasar, indiferente.

Empujó las pesadas puertas de cristal de L'Évêché.

Fuera, la violencia de la noche la golpeó de frente.

La lluvia ya no caía vertical, sino hachada por ráfagas de viento cambiantes. El agua corría por el asfalto de la plaza de la Joliette, transformando la calzada en un espejo negro donde se reflejaban las luces anaranjadas de la ciudad. El fragor del trueno rodaba a lo lejos, hacia el mar, como el estruendo de un ejército en marcha.

Élise respiró hondo. El aire olía a ozono y a lodo removido.

Bajó los escalones de la explanada, escaneando los alrededores. Buscaba el Peugeot camuflado de Gabriel o un coche patrulla que la siguiera. Era el procedimiento habitual, ¿no? Intimidación policial. La sirena azul en el retrovisor para recordarte quién manda.

Pero no había ningún coche de policía.

La calle estaba desierta. Los autobuses ya no pasaban.

De pronto, lo vio.

Aparcado al otro lado de la calle, con todas las luces apagadas y el motor al ralentí, escupiendo un penacho de humo blanco que se deshilachaba bajo la lluvia.

Una berlina negra. Un coche alemán, macizo, con los cristales tintados tan oscuros que parecían opacos. Sin matrícula policial. Sin distintivos.

Solo una masa oscura, agazapada a la sombra de un plátano, como un depredador esperando a que su presa salga de la madriguera.

El corazón de Élise dejó de latir por un segundo.

Gabriel había dicho: El Jabalí nunca falla un blanco.

El coche de policía ya no la seguía. La Ley había pasado el relevo. Ya no era un asunto de Estado; era un asunto de muerte.

La ventanilla trasera de la berlina bajó unos centímetros. Lo justo para dejar escapar el humo de un cigarrillo.

Élise comprendió que no podía volver a su coche aparcado cerca del Hôtel-Dieu. La esperarían allí. Estaba al descubierto.

Se dio media vuelta y echó a correr hacia el boulevard du Littoral, buscando la sombra, buscando la multitud inexistente, buscando una salida en esa ciudad que acababa de cerrar sus mandíbulas sobre ella.

La berlina arrancó despacio. No hizo chirriar los neumáticos. Se deslizó sobre la calzada mojada con la elegancia silenciosa de un tiburón en aguas negras.

La caza había comenzado.

CAPÍTULO 9.

La noche marsellesa había mudado de piel. Ya no era ese tejido de terciopelo tachonado de estrellas que cobija los amores de verano; se había convertido en una bestia mojada, chorreante, una criatura de asfalto negro y reflejos eléctricos.

Élise corrió.

Sus zapatos golpeaban el suelo anegado del muelle de la Joliette con un chapoteo sordo. El agua le salpicaba los tobillos, fría, mezclada con aceite de motor y lodo urbano. No miraba atrás. No lo necesitaba. Sentía la presencia de la berlina negra en su espalda como una quemadura entre los omóplatos.

Era una sensación primitiva, la de la gacela que siente el aliento del león entre la hierba alta. Gabriel había dicho: El Jabalí nunca falla un blanco. Y Gabriel, en su cobardía, al menos había tenido el mérito de la franqueza en ese punto.

Llegó al aparcamiento improvisado cerca del Hôtel-Dieu donde había abandonado su Fiat. El coche estaba allí, un pequeño casco de metal blanco, irrisorio bajo el diluvio.

Élise echó mano de las llaves. Sus dedos resbalaban, torpes por el frío y el terror. Se le cayó el manojo en un charco.

—¡Joder! —aulló, un grito que fue engullido por el estruendo del trueno.

Se lanzó de rodillas al agua sucia, tanteando frenéticamente. Sintió el metal frío. Se levantó, desbloqueó el coche y se embutió en el habitáculo.

Cerró los pestillos al instante. El ruido de la lluvia se convirtió en un martilleo sordo sobre el techo, una ametralladora acuática.

Insertó la llave de contacto. El motor tosió, vaciló y finalmente arrancó.

En el retrovisor, se encendieron dos faros.

Eran de un blanco azulado, un xenón agresivo; dos ojos de depredador abisal que perforaban la oscuridad a cien metros de ella. La berlina ya no se escondía. Esperaba a que ella se moviera. Era un juego. El gato y el ratón, solo que el gato pesaba dos toneladas de acero alemán y el ratón conducía una caja de conservas italiana.

Élise engranó la primera y salió disparada, con los neumáticos chirriando sobre el pavimento resbaladizo antes de morder el asfalto.

No podía volver hacia la autopista Norte: era el territorio del Jabalí, zonas industriales, solares baldíos. No podía volver al centro: era una ratonera de sentidos únicos y obras.

Solo quedaba el mar. La ruta del sur. La Corniche.

Se adentró bajo el túnel del Vieux-Port. La luz naranja de los neones de sodio desfiló sobre el parabrisas, hipnótica. El motor del Fiat aullaba revolucionado.

Detrás, los faros blancos se mantenían a una distancia constante. No buscaban adelantarla. La empujaban.

Salió del túnel por el lado de Pharo. El aire marino la golpeó de nuevo, cargado de un salitre violento. El mar estaba embravecido. Se le oía rugir contra los diques, un ruido de masticación gigante.

Élise giró a la izquierda, entrando en la Corniche Kennedy.

«Es la carretera más bonita del mundo», dicen los marselleses. Un balcón suspendido sobre el Mediterráneo, flanqueado por villas burguesas del siglo XIX a un lado y el vacío al otro. Pero esta noche, la Corniche era una pista de muerte.

La carretera serpenteaba, traicionera, reluciente como la piel de una serpiente.

Élise miró el cuentakilómetros. Noventa. Era suicida bajo aquella lluvia. El volante vibraba en sus manos.

De pronto, la berlina aceleró.

La vio agrandarse en el retrovisor, un monstruo de sombra que devoraba el espacio. Vio la calandra, una rejilla maciza cromada que recordaba a una dentadura.

El choque fue seco, brutal.

La cabeza de Élise salió despedida hacia atrás, golpeando el reposacabezas. El Fiat dio un bandazo hacia la derecha, hacia el murete, hacia el mar.

Élise dio un volantazo, luchando contra la física, contra la inercia. Los neumáticos chillaron, encontrando un agarre milagroso en el asfalto inundado. Logró estabilizarse en medio del carril.

—¿Queréis matarme? ¡Pues venid! —gritó, sola en su burbuja de chapa.

El miedo había desaparecido, sustituido por una lucidez glacial, un trance de supervivencia. Ya no era la restauradora de arte parisina. Era una hija de la Bastide, una hija del viento, una hija de Occitania.

La berlina volvió a la carga. Se puso a su altura, por el carril de la izquierda.

Élise giró la cabeza. A través del cristal tintado del otro coche no vio nada. Solo su propio reflejo aterrorizado. Ningún rostro. Ningún

humano. Era una máquina autónoma enviada por el sistema para borrar una anomalía.

La berlina dio un golpe de volante hacia la derecha.

El ruido de la chapa arrugada fue atroz, un desgarro agudo que hacía rechinar los dientes. El ala izquierda del Fiat se plegó. El impacto proyectó el coche de Élise hacia la acera.

Rozó el banco de piedra más largo del mundo, orgullo contemporáneo de los marselleses. Por pocos centímetros no se empotró contra el mobiliario urbano.

Pisó a fondo el acelerador. El pequeño coche brincó, aprovechando su ligereza. Ganó ventaja a la entrada de la curva del Vallon des Auffes.

Abajo, el pequeño puerto pesquero parecía dormir, indiferente al drama que se libraba cincuenta metros más arriba.

La carretera subía ligeramente. El Monumento a los Muertos del Ejército de Oriente se alzaba como un arco macizo frente al mar desatado. El agua, negra y blanca de espuma, asaltaba las rocas, lanzando paquetes de agua salada por encima del parapeto y anegando la calzada.

Élise conducía sobre agua de mar. El salitre quemaba sus limpiaparabrisas.

La berlina estaba allí otra vez. Pegada a su parachoques trasero. Encendió las luces largas.

Élise quedó cegada. El retrovisor se convirtió en un sol blanco insoportable. Ya no veía la carretera. Conducía por instinto, adivinando las curvas mediante la memoria de su cuerpo, esa memoria de los trayectos de infancia con su padre.

Curva a la derecha tras el Mareógrafo. Recta frente a las villas.

Sintió un nuevo choque, más violento. La parte trasera del Fiat derrapó.

Contravolanteó. Demasiado fuerte.

El coche trompeó.

El mundo empezó a girar. Las luces de la ciudad se convirtieron en estelas borrosas, cometas horizontales. El cielo, el mar, el asfalto... todo se mezcló en un torbellino nauseabundo.

Vio el murete de piedra venir hacia ella. Detrás del muro estaba lo negro. El vacío. El mar que esperaba su presa, igual que había esperado a Julien.

Cerró los ojos y soltó el volante.

Julien.

El estruendo fue apocalíptico.

El Fiat percutió contra el muro de espaldas, rebotó, pivotó de nuevo y se empotró lateralmente contra un poste eléctrico de hormigón.

El cristal estalló. Una lluvia de diamantes cortantes cayó sobre Élise. El airbag se desplegó: un puñetazo blanco que le cortó la respiración, llenando el habitáculo de un polvo claro y un olor a quemado químico.

Después, el silencio.

O casi.

El claxon del Fiat se había quedado bloqueado y aullaba sin descanso: una nota única, monótona, un lamento mecánico que no quería callar. Y por la ventanilla rota entraba el fragor del mar, la resaca eterna.

Élise abrió los ojos.

Todo estaba borroso. Había sangre en sus manos. Sangre caliente, rojo vivo. No sabía de dónde venía. ¿De su frente? ¿De su nariz?

Intentó moverse. Un dolor fulgurante le atravesó el hombro izquierdo y las costillas. Soltó un gemido ahogado.

Giró la cabeza hacia la carretera.

La berlina negra se había detenido a veinte metros.

El motor seguía en marcha. Los faros iluminaban el naufragio del Fiat como se ilumina una escena del crimen.

Se abrió una puerta.

Una silueta bajó. Un hombre. Alto, macizo, con un impermeable oscuro. No tenía prisa. Caminaba con una lentitud metódica, sorteando los restos de cristal.

El Jabalí.

Venía a terminar el trabajo. Venía a comprobar, como en Les Riaux, que el cuerpo estaba frío. Y si no lo estaba, iba a ayudarle un poco.

Élise buscó su cuchillo, el de la cocina, que había guardado en el bolso. Pero el bolso había salido volando al otro extremo del habitáculo, inalcanzable, encajado bajo la guantera destrozada.

Estaba atrapada en su propia chatarra.

El hombre se acercaba. No le veía la cara, oculta por la lluvia y la sombra, pero veía su mano derecha. Sostenía algo. Un objeto metálico, pesado.

Llegó a la altura de la puerta del copiloto, la que estaba abollada pero accesible.

Se inclinó.

Élise vio por fin sus ojos. Ojos claros, sin pestañas, incrustados en un rostro de bruto, una cara de carne fofa y pálida. No tenía expresión alguna. Miraba a Élise como un carnicero mira una res.

Levantó el brazo.

De pronto, una luz azul barrió la escena.

Una sirena.

El hombre se quedó gélido. Giró la cabeza hacia la ciudad.

Un coche de policía llegaba a toda velocidad desde el Vallon des Auffes, con las luces de emergencia aullando. Un coche de policía de verdad, el de los equipos de socorro, no el de las conspiraciones.

El hombre lanzó una última mirada a Élise. Una mirada de promesa. Esto no ha terminado.

Dio media vuelta sin correr y subió a su berlina.

El coche negro arrancó en un chirrido de neumáticos mojados y desapareció en la noche, dirección al Prado, pocos segundos antes de que la patrulla se detuviera junto al amasijo de hierro.

Élise dejó caer la cabeza contra el asiento. El dolor la invadía en oleadas sucesivas, sincronizadas con la resaca.

Su mano derecha se deslizó hacia el bolsillo de su vaquero.

Sintió el pequeño rectángulo de plástico duro. La memoria USB.

Seguía allí.

Un policía de uniforme, joven, con el rostro chorreando lluvia, apareció por la ventanilla rota.

—¿Señora? Señora, ¿me oye? No se mueva. Los bomberos están llegando.

Élise intentó sonreír, pero sus labios sabían a cobre y sal.

—El mar... —susurró—. Él tampoco me ha querido a mí.

Entonces la oscuridad se la llevó; un negro más dulce que el de la berlina, un negro que olía a éter y a olvido.

El despertar fue blanco.

Un blanco agresivo, clínico, que hería los ojos. El olor había cambiado. Se acabó el yodo, se acabó la gasolina. Olía a desinfectante, a lejía y a sopa tibia.

Élise parpadeó. Estaba tumbada en una cama de sábanas ásperas. Un tubo de plástico le salía del brazo, conectado a una bolsa de líquido transparente colgada de un soporte.

Intentó incorporarse. Una barra de hierro le atravesó el tórax.

—Ay.

Cayó de nuevo sobre la almohada.

—Tres costillas fisuradas, una luxación de hombro y catorce puntos de sutura en el cuero cabelludo. Tienes la cabeza dura, Élise.

La voz venía de un rincón de la habitación, cerca de la ventana con las persianas bajadas.

Élise giró la cabeza con precaución.

Una silueta estaba sentada en el sillón de visitas.

No era Gabriel. Gabriel no se habría atrevido.

Era Hélène.

Su madre.

Estaba impecable, como siempre. Su traje gris perla no tenía ni una arruga; el pelo lo llevaba recogido en un moño perfecto. Leía una revista Vogue, que cerró con suavidad al ver a su hija despierta. Posó la revista en su regazo y cruzó las manos.

No se acercó. Ni beso en la frente, ni mano fresca sobre la mejilla febril.

—Has tenido suerte —dijo Hélène—. La policía dice que ibas demasiado rápido. Que perdiste el control por la lluvia. «Conducción inadecuada a las condiciones meteorológicas». Eso es lo que pondrá en el informe.

—¿Eso es lo que ha escrito Gabriel? —preguntó Élise con voz pastosa.

Hélène hizo un leve gesto con la mano, como quien espanta una mosca.

—Gabriel hace lo que se le dice. Es muy servicial. También ha recuperado tus efectos personales. Tu bolso, tus papeles...

El corazón de Élise se heló.

—¿Mis bolsillos?

Hélène sonrió. Una sonrisa fina, cortante como el papel.

—Tu vaquero estaba empapado y roto. Las enfermeras lo cortaron para curarte. Vaciaron los bolsillos.

Metió la mano en su bolso de cuero de lujo.

Sacó una bolsita de plástico transparente. La del hospital, con la etiqueta de «Efectos del Paciente».

Dentro estaba el teléfono de Élise, su cartera... y la memoria USB.

Hélène hizo tintinear la bolsa.

—Es increíble lo que uno puede guardar en los bolsillos, ¿verdad? Nimiedades. Recuerdos. O fantasías.

Se levantó y se acercó a la cama. Dejó la bolsa sobre la mesilla de noche, fuera del alcance de Élise.

—Lo he escuchado, Élise.

—¿Qué has escuchado?

—No te hagas la idiota. He escuchado lo que hay en esa llave. Gabriel me la trajo esta mañana, antes incluso de que salieras del quirófano. Es muy... leal.

Élise cerró los ojos. Gabriel la había traicionado hasta el final. No había destruido la llave; se la había entregado a la reina madre.

—Entonces sabes que lo sé —dijo Élise.

—Sé que has encontrado una vieja grabación. Una conversación... emotiva. Pero fuera de contexto.

—¿Fuera de contexto? ¡Vendes a tu propio hijo! ¡Vendes a Gabriel! ¡Y dejas que maten a Julien!

Hélène se inclinó hacia ella. Su rostro, tan familiar y tan extraño, llenó el campo visual de Élise. Olía a polvos de arroz y a hielo.

—Baja el tono. Estamos en un hospital. La gente habla.

Posó su mano, enjoyada con oro y diamantes, sobre el brazo sano de Élise. No era una caricia. Era un tornillo de banco.

—Julien era débil, Élise. Era como su padre... Un sentimental. Un fracasado. Quiso jugar con los mayores, pero no tenía las armas. Se hizo daño.

—¡Fue asesinado!

—Murió por su estupidez. Y tú... pareces haber heredado ese defecto. ¿Crees que puedes llegar aquí, con tus grandes principios parisinos, y juzgar? ¿Crees que puedes desenterrar cadáveres de hace veinte años sin mancharte las manos?

—Lo voy a contar todo. Iré a ver a los jueces.

—¿Qué jueces? ¿Los que cenan en mi casa los sábados noche? ¿Los que le deben su ascenso a Pierre-André?

Hélène se enderezó, alisando su falda imaginaria.

—Esa llave no es una prueba, cariño. Es una reliquia. Una copia digital ilegal, inadmisible ante un tribunal, de una conversación privada de hace un cuarto de siglo. En el mejor de los casos, crearás un escándalo social que durará tres días. En el peor... tendrás otro accidente. Y esta vez, la policía no llegará a tiempo.

Élise miró a su madre. Vio al monstruo. La naturaleza es una fuerza bruta, indiferente. Hélène era una fuerza de la naturaleza, pero una naturaleza pervertida, una que devora a sus propios hijos para sobrevivir.

—¿Por qué me odias? —preguntó Élise.

Hélène pareció sorprendida por la pregunta.

—No te odio, Élise. Eres mi hija. Eres lo único que me ha salido bien. Eres fuerte. Eres guapa. Eres inteligente. Por eso he venido a avisarte.

Retomó su bolso.

—Deja de remover el fango, Élise. El fango apesta y asfixia a todo el mundo. A los peces, a las algas... y a los buceadores imprudentes.

Se dirigió a la puerta.

—Te he sacado un billete de avión para París. Mañana por la mañana. Una ambulancia te llevará al aeropuerto. Es lo mejor para tu convalecencia. París es una ciudad muy hermosa para olvidar.

—¿Y si me quedo?

Hélène se detuvo con la mano en el pomo. No se volvió.

—Si te quedas, dejarás de ser mi hija. Serás un obstáculo. Y Pierre-André tiene un método muy eficaz para tratar los obstáculos.

Abrió la puerta.

—Ah, se me olvidaba. La memoria USB... me la quedo yo. Como recuerdo.

Salió, dejando la puerta abierta hacia el pasillo aseptizado por donde pasaban enfermeras de blanco, indiferentes, como ángeles que hubieran perdido las alas.

Élise se quedó sola en el silencio blanco.

Miró la mesilla. La bolsa estaba allí. Pero la memoria USB ya no estaba. Hélène se la había llevado ante sus narices con la destreza de un mago o de un ladrón.

Élise ya no tenía pruebas. Ni coche. Ni aliados. Estaba rota, física y moralmente.

Pero al mirar por la ventana, a través de las lamas de la persiana, vio un retazo de cielo azul. La tormenta había pasado. El cielo estaba lavado, de una pureza absoluta.

Hélène había cometido un error.

Había dicho: «Esa llave no es una prueba... es una copia».

Sí. Era una copia.

Julien, en su paranoia de artista, nunca hacía un solo ejemplar.

Pero Élise había encontrado algo más.

Pensó en el ticket de la consigna.

Hélène no sabía nada del ticket.

El ticket se había quedado en el pequeño bolsillo cerillero de su vaquero. Ese que las enfermeras suelen olvidar vaciar porque es demasiado estrecho.

Élise estiró su mano sana hacia el timbre de llamada.

Una enfermera entró, sonriente.

—¿Sí, señorita Charpentier?

—Mi vaquero... el que cortaron. ¿Dónde está?

—Oh, estaba inservible, lleno de barro y sangre. Lo echamos en una bolsa de basura, con los desechos.

—Lo quiero.

—Pero...

—Lo quiero. Ahora. Tiene... un valor sentimental.

La enfermera suspiró, pero la determinación en la mirada de Élise, a pesar de su rostro magullado, la disuadió de discutir.

—Voy a ver si aún no han bajado la basura.

Cinco minutos después, regresaba con una bolsa de plástico amarilla.

Élise hurgó dentro, ignorando el olor a sangre seca. Encontró el jirón de denim azul, endurecido por la costra parduzca.

Deslizó dos dedos temblorosos en el minúsculo bolsillo cerillero.

Sintió el papel.

Allí estaba. El ticket de la consigna 402.

La «Primera Mentira» estaba en la memoria USB, y Hélène la había recuperado. Pero la «Última Mentira», la que explicaba cómo y por qué había muerto Julien, la que contenía quizá el original u otra prueba, dormía en un casillero de hierro en la estación de Saint-Charles.

Élise apretó el trocito de papel en su mano.

No iría a París. Iría a la estación. Y si el Jabalí la esperaba, tendría que matarla a plena luz del día, en mitad de la multitud. Porque la

noche ya no le daba miedo. Ya la había atravesado.

CAPÍTULO 10.

El hospital de la Timone la había escupido como un cuerpo extraño que el organismo médico se negaba a asimilar. Había firmado el alta voluntaria contra el consejo de los médicos, un papel arrugado que eximía de responsabilidad a la administración frente a su propia locura.

Élise estaba fuera.

Eran las once de la mañana. El sol ya no era una caricia, ni siquiera calor: era una vibración blanca, absoluta, que disolvía los contornos del mundo. Tras la tormenta de la víspera, el cielo parecía lavado con lejía. Lucía un azul químico, un azul que hería las retinas.

Le dolía todo. Cada respiración era un aviso de sus costillas fisuradas. Su hombro izquierdo, sujeto por un cabestrillo flexible bajo la camisa, lanzaba punzadas de dolor fulgurante al ritmo de su pulso. Había comprado ropa limpia en una tienda barata cerca del hospital —un pantalón corto de lona, una camiseta de tirantes, calzado ligero de marcha— y una gorra para ocultar los puntos de sutura. Parecía una turista accidentada, una de esas guiris imprudentes que resbalan en las rocas.

No cogió el taxi al aeropuerto. Cogió un Uber a Cassis.

Tenía que pensar. Y para pensar en Marsella, cuando la ciudad se vuelve un tornillo de banco, hay que ir allí donde la ciudad deja de existir. Allí donde la piedra ha ganado.

El taxi la había dejado en la zona de la Presqu'île, al inicio del sendero de Port-Miou.

Ante ella, las Calanques se abrían como una herida gigante en la corteza terrestre. Una sucesión de fiordos mediterráneos, tajos profundos excavados en una caliza de una blancura ósea, hundiéndose en un agua de un turquesa irreal, casi radiactivo.

Empezó a caminar.

El sendero era una cicatriz de polvo ocre y guijarros sueltos. Desde los primeros pasos, el calor cayó sobre ella como una losa de plomo. No era el calor húmedo de la ciudad; era un calor seco, mineral, reverberado por la roca blanca que actuaba como un horno solar.

El crujido de sus suelas era el único sonido, junto al canto demente de las cigarras. Aquí no cantaban para seducir, serraban el silencio. Era un ruido industrial, una vibración estridente que llenaba el cráneo y ahuyentaba los pensamientos parásitos.

Élise dejó atrás la cala de Port-Miou, esa larga serpiente de agua oscura donde dormían cientos de veleros alineados como esqueletos en reposo. Subió hacia Port-Pin.

El dolor físico era algo bueno. La anclaba a la realidad. Le impedía hundirse en el pánico puro. Hélène se lo había quitado todo: la prueba, la seguridad, la inocencia. Pero se había dejado el ticket.

Élise deslizó su mano sana en el bolsillo. El pequeño cuadrado de papel seguía allí. La Última Mentira.

Pero para comprender la última, debía digerir la Primera.

Llegó a la meseta que dominaba el mar, entre Port-Pin y En-Vau. El paisaje se volvió grandioso y aterrador. Ya no había árboles, solo pinos de Alepo torturados por el viento, tumbados en horizontal, con sus raíces desnudas aferrándose a la roca como dedos desesperados. La roca misma estaba esculpida en hojas de afeitar, en agujas, en un caos de canchales.

Era un mundo sin piedad. Un mundo donde el hombre no es más que un saco de agua frágil, tolerado mientras camina, borrado en cuanto cae.

Élise se sentó al borde del acantilado, con las piernas colgando sobre cien metros de vacío. Abajo, el agua estaba tan clara que veía

las manchas oscuras de la posidonia sobre el fondo de arena.

El sol golpeaba su gorra como un martillo. Tenía sed, pero no había traído agua. Era un castigo, o quizá una purificación.

Cerró los ojos y dejó que la grabación de mil novecientos noventa y nueve aflorara a la superficie.

El niño no existe.

La voz de su madre. Esa voz de hierro que había segado el destino de un ser humano como quien corta una rama muerta.

Gabriel.

Su Gabriel. El poli de ojos tristes, el amante torpe y apasionado, no era más que un fantasma creado por Hélène de Charpentier y Pierre-André Galtier. Era el fruto de un pecado burgués, transformado en arma mediante el chantaje.

Rememoró las escenas de su vida en común. Sus silencios. Su extraña devoción por «el orden». Ahora lo comprendía. No buscaba justicia, buscaba legitimidad. Buscaba merecer su lugar en el mundo, él, que había sido concebido para no tener ninguno.

Y Julien...

Julien, el artista, el sensible, había descubierto el horror. Había comprendido que su confort, la Bastide, los viñedos, todo se asentaba sobre el borrado de un niño. Julien había querido romper el círculo. Había querido devolverle a Gabriel su nombre o, al menos, su verdad.

Por eso había muerto.

No por dinero. Ni por terrenos. Sino porque había querido tocar la estructura misma de la mentira. Había querido decirle a Galtier: «Eres padre». Había querido decirle a Hélène: «Eres un monstruo».

El sol arreció. Élise sintió que la cabeza le daba vueltas.

Abrió los ojos. La luz era tan intensa que el paisaje parecía perder sus colores. El mar ya no era azul, era de plata líquida, un espejo cegador. Las rocas blancas vibraban, se retorcían.

Alucinaciones de calor.

En el centelleo del agua, abajo, creyó ver una forma.

Un barco.

Un pointu barnizado, como el que había descrito El Griego. Flotaba, inmóvil, sin sombra.

Y en el barco, dos siluetas. Una mujer de negro, erguida como la justicia. Un hombre que lloraba.

—Tu sangre está podrida —susurró el viento entre las acículas de los pinos.

Élise sacudió la cabeza para ahuyentar la imagen.

No estaba loca. Todavía no. Hélène había dicho que la verdad era fango. Pero aquí, en las Calanques, no había fango. Todo estaba limpio. El salitre lo purificaba todo. Los huesos de los imprudentes se volvían tan blancos como la piedra.

Tenía que elegir.

Su primera opción era marcharse. Coger ese billete de avión a París. Olvidar a Gabriel, olvidar a Julien, olvidar la Bastide. Dejar que Hélène ganara. Dejar que el sistema de Galtier siguiera llenando la costa de hormigón y triturando almas. Era la opción de la razón. La opción de la supervivencia.

Su segunda opción era saltar. Allí mismo, ahora. Un paso al frente. Tres segundos de caída. El impacto. El fin del dolor. Reunirse con Julien en la leyenda de los ahogados.

Y finalmente, su última opción era la guerra.

Se miró las manos. Estaban raspadas, sucias, manchadas de su propia sangre seca. Pero estaban vivas.

Hélène tenía la memoria USB. Hélène creía haber ganado. Pensaba que Élise era una «de Charpentier», es decir, una mujer capaz de enterrarlo todo bajo la alfombra para salvar las apariencias.

Pero Hélène había olvidado una cosa. Élise también tenía la sangre de su padre. No la sangre «débil» de la que Hélène se mofaba, sino la sangre de la tierra. Henri de Charpentier amaba sus viñedos, incluso cuando morían. Amaba su casa. Amaba a sus hijos, incluso a los que no eran suyos.

Julien no era hijo de Henri. Gabriel tampoco.

Pero eran hermanos. Hermanos de mentira, hermanos de sacrificio.

Y ella, Élise, era la única testigo de esa masacre casi fratricida.

Se puso en pie. El dolor en las costillas le arrancó un gruñido, pero lo utilizó como combustible.

El ticket de la consigna en su bolsillo era la llave. Julien sabía que iba a morir. Sabía que la cita con El Jabalí era una trampa. No era ingenuo. Si había escondido algo en esa taquilla, no era una copia. Era un arma atómica.

¿Quizá el original de la cinta magnética? ¿Quizá pruebas de ADN? ¿Quizá una carta?

Fuera lo que fuese, estaba en Marsella, en el vientre de la estación de Saint-Charles.

Pero no podía ir de inmediato. Hélène lo había dicho: Una ambulancia te llevará mañana por la mañana. La estaban vigilando. Si iba a la estación ahora, sería interceptada.

Tenía que volver a la Bastide.

Era ilógico. Era peligroso. Era el lugar donde todo había empezado y donde todo debía terminar. La Bastide era el mausoleo de sus secretos. Si quería comprender cómo destruir al monstruo, debía regresar a su guarida.

Y estaba el gato. Marius.

Era estúpido, irrisorio ante lo que estaba en juego, pero la idea de que ese gato, alimentado por una mano misteriosa, la esperaba allí, fue el detonante. Alguien entraba en la Bastide. Alguien que no era ni la policía, ni Hélène (que le tenía miedo a la casa), ni Gabriel (que no tenía tiempo).

¿Quién alimentaba al gato?

Élise retomó el sendero en sentido inverso.

El regreso fue un calvario. El sol empezaba a declinar, tiñendo los acantilados de un naranja violento, sanguíneo. Las sombras se alargaban, convirtiéndose en garras negras que reptaban sobre el suelo blanco.

Caminó, un pie delante del otro, como un autómata de dolor y voluntad. Cruzó Port-Miou. Reencontró la carretera asfaltada, la civilización, los coches.

Esperó mucho tiempo antes de que un taxi aceptara detenerse por esa mujer herida, cubierta de polvo blanco, que parecía un espectro salido de las tumbas neolíticas.

—¿A dónde vamos? —preguntó el chófer, receloso, mirándola por el retrovisor.

—Chemin des Bellons. La Bastide de Charpentier.

El chófer se encogió de hombros y puso en marcha el taxímetro.

El trayecto duró una eternidad. Atravesaron la ciudad en hora punta. Los atascos, los cláxones, la furia urbana. Élise miraba por la ventanilla, distante. Veía los carteles electorales de Galtier en las

vallas publicitarias. Por una Marsella de Futuro. El rostro paternal, tranquilizador, bronceado. El rostro del hombre que había ordenado la muerte de su hermano y robado la vida de su amante.

Llegaron al pie del macizo de l'Étoile cuando el crepúsculo tornaba a violeta.

El taxi la dejó al inicio del camino de tierra.

—Yo no subo ahí, señora. Mis amortiguadores son nuevos.

Élise pagó con los billetes arrugados que le quedaban.

Empezó el ascenso a pie.

El viento había caído. Un calma sobrenatural reinaba en el valle. Ni una brizna de hierba se movía. Las cigarras callaban, sustituidas por el canto vacilante de los primeros grillos.

La Bastide se alzaba en lo alto de la colina, una silueta maciza, negra contra el cielo índigo. Parecía una fortaleza abandonada, o un navío encallado en un mar de tierra.

Élise se acercó. El corazón le golpeaba con pesadez el pecho, chocando contra sus costillas rotas.

Esperaba encontrar la casa cerrada, bloqueada como la había dejado antes de partir hacia La Rouvière. Esperaba tener que buscar sus llaves, luchar contra la cerradura oxidada.

Pero al llegar al portal, lo vio.

La cadena estaba suelta.

Avanzó por el camino de los plátanos. La grava crujía bajo sus pasos, un ruido demasiado fuerte en aquel silencio de algodón.

Llegó frente a la fachada.

La pesada puerta de entrada de roble estaba entreabierta.

Un rectángulo de oscuridad bostezante, como una boca abierta lista para engullirla.

Élise se detuvo.

El miedo, frío y líquido, le invadió el vientre. No tenía armas. Su cuchillo de cocina había desaparecido en el accidente. Estaba sola, herida, agotada.

Pero no retrocedió.

Algo la atraía. Una intuición. Una certeza.

Subió los tres peldaños del porche. Puso la mano sobre la madera de la puerta. Empujó.

Los goznes chirriaron, un lamento largo y triste que resonó en el gran vestíbulo vacío.

—¿Hay alguien? —llamó.

Su voz apenas temblaba.

El interior olía a cera, a papel viejo y... a tabaco gris. Un olor fuerte, acre, que no era el de Julien ni el de Gabriel.

Un olor de viejo fumador.

Una luz vacilante provenía del salón. ¿Una vela?

Élise avanzó hacia la luz, caminando sobre las baldosas rojas, evitando hacer ruido, aunque fuese inútil.

Entró en el salón.

La estancia estaba sumida en la penumbra, iluminada únicamente por una lámpara de petróleo sobre la mesa de centro. La llama amarilla bailaba, proyectando sombras gigantescas en las paredes, animando los muebles cubiertos con sábanas blancas.

En el sillón orejero, el de su padre, había un hombre sentado.

Estaba inmóvil, macizo, esculpido en la sombra.

Sostenía algo sobre sus rodillas. Una escopeta de caza de cañones paralelos. El metal de los cañones brillaba suavemente a la luz de la lámpara.

Élise se quedó gélida.

El hombre levantó lentamente la cabeza.

El rostro apareció bajo la luz. Una cara surcada por el sol, una piel curtida como el cuero, unos ojos de un azul desvaído, casi ciegos, que la fijaban con una intensidad insoportable.

Era El Griego.

El viejo pescador de Les Goudes.

Llevaba el mismo jersey marinero agujereado, el mismo pantalón de lona sucio. Parecía haber traído consigo el olor del mar y de la sal, incongruente allí, en mitad de las colinas secas.

Sobre la alfombra, a sus pies, el gato Marius dormía hecho un ovillo, tranquilo, ronroneando suavemente.

El Griego no le apuntó con la escopeta. Mantuvo el arma sobre sus rodillas, con sus manos enormes y nudosas apoyadas sobre la culata y el guardamanos.

—Has tardado, pequeña —dijo.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Élise con el aliento corto—. ¿Cómo ha entrado?

El Griego esbozó una pequeña sonrisa desdentada.

—Las casas son como los barcos. Siempre hay una vía de agua, una puerta que cierra mal, una ventana que baila. Basta con conocer el viento.

—¿Me ha seguido?

—No. Te he esperado. Sabía que volverías. Los pájaros siempre vuelven al nido cuando amenaza tormenta.

Acarició la cabeza del gato con la punta de la bota.

—¿Era usted quien alimentaba al animal? —preguntó Élise, comprendiéndolo de repente.

—Tenía hambre. Y estaba solo. No me gustan los animales solos. Es como los hombres solos: o se vuelven malos o se mueren.

—¿Por qué está aquí? Me dijo que me marchara, en Les Goudes. Me dijo que no indagara.

El Griego suspiró. Sacó su petaca de tabaco y empezó a liar un cigarrillo, apoyando la escopeta contra el brazo del sillón.

—Dije eso porque el viento soplaba demasiado fuerte. Pero el viento ha cambiado. Y además... vi el coche negro.

Élise se puso rígida.

—¿El coche negro?

—El que te empujó en la Corniche. El que merodea. Lo vi dando vueltas alrededor de la casa ayer noche. Buscaban una entrada. Querían poner micros, o quizá prenderle fuego. Yo se lo impedí.

Golpeó suavemente el cañón de la escopeta.

—Un viejo calibre 12 hace reflexionar, incluso a los lobos de la ciudad.

—¿Usted... me ha protegido?

—He protegido la casa. Y al gato. Y la memoria del chico.

Encendió el cigarrillo. El humo azul ascendió en espirales hacia el techo agrietado.

—Siéntate, pequeña. Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—De lo que vi. De lo que vi de verdad.

—Ya me dijo que vio el cuerpo flotando.

—Eso es el final de la historia. Pero no conté el principio. No conté lo que vi la noche anterior. La noche del veinte de junio.

Élise se acercó. Se sentó en el sofá, frente a él, ignorando el dolor de sus costillas.

—¿Qué vio?

El Griego tomó aire profundamente. Sus ojos lechosos parecían mirar a través de las paredes, a través del tiempo.

—Yo no estaba en Les Goudes esa noche. Estaba en el mar. Echaba palangres cerca de L'Estaque. Está prohibido, lo sé, pero los peces no saben leer mapas.

L'Estaque. Les Riaux. Allí donde la tierra es roja. Allí donde Julien fue asesinado.

—Vi un barco —continuó El Griego—. Un barco blanco y hermoso, un yate de recreo. El Santa Maria. Conozco ese barco. Pertenece al ayuntamiento o al alcalde, ya no me acuerdo.

El barco de Galtier.

—Estaba fondeado, con todas las luces apagadas, en la cala de Les Riaux. No es lugar para un barco de lujo. Es un lugar para las ratas y las fábricas muertas.

—¿Y qué pasó?

—Y entonces, vi a dos hombres subir a bordo. Arrastraban algo. Algo pesado, envuelto en una lona. Lo subieron a la cubierta de popa.

El corazón de Élise latía a romper.

—¿Y después?

—Después, llegó un tercer hombre. En coche, al muelle. Subió a bordo. Llevaba un uniforme.

—¿Un uniforme de policía?

El Griego asintió.

—Se quedó una hora. Luego bajó. Llevaba una bolsa en la mano. Una bolsa amarilla y negra.

—Y el barco zarpó —concluyó El Griego—. Salió hacia alta mar. Hacia Les Goudes. Allí es donde lo tiraron. La noche siguiente.

Aplastó el cigarrillo en el platillo de la vela.

—El hombre del uniforme... no era un simple agente. Era un mando. Lo he reconocido. Lo he visto mucho en la tele. Es el jovencito que siempre va detrás del alcalde.

Gabriel.

El Griego acababa de confirmar todo lo que Soraya había dicho, todo lo que Élise había deducido, pero con la precisión de un testigo presencial. Gabriel estaba en el barco. Estaba allí cuando trasladaron el cuerpo de Julien.

—¿Por qué me cuenta esto ahora? —preguntó Élise.

El Griego la miró y, por primera vez, un destello de miedo pasó por sus ojos ciegos.

—Porque saben que lo vi.

—¿Cómo?

—Esta mañana... he encontrado a mi perro muerto. Envenenado. Y un cartucho de escopeta puesto en el umbral de mi cabaña. Están limpiando, pequeña. Borran las huellas. Tú, yo, la chica del Panier... somos las manchas que quieren quitar.

Retomó su escopeta, apretándola contra sí como un talismán.

—He venido aquí porque esto es una fortaleza. Y porque necesitas un soldado. Tienes rabia, lo veo. Pero la rabia no basta contra los lobos. Hace falta plomo.

Élise miró a aquel anciano, surgido de la nada, que le ofrecía su protección y su verdad. Era un regalo del mar, un naufragio salvador.

—Gracias —dijo simplemente.

—No des las gracias todavía. La noche va a ser larga. El viento ha parado, pero eso significa que los ruidos llegan lejos.

De pronto, el gato Marius se enderezó. Sus orejas pivotaron hacia la ventana. Bufó, con el pelo del lomo erizado.

El Griego sopló la lámpara de petróleo.

La oscuridad cayó de golpe, total, espesa.

—Chisss —hizo El Griego.

En el silencio recobrado, Élise lo oyó.

No el carillón de la construcción de enfrente.

Sino el ruido de pasos. Pasos pesados, múltiples, que aplastaban las hierbas secas alrededor de toda la casa.

No habían venido solos. Habían venido en manada.

—Ya están aquí —susurró El Griego—. Toma esto.

Le tendió algo en la oscuridad. Pesado y frío. Una vieja caja de cartuchos.

—Si disparo, tú recargas. ¿Entendido?

—Entendido.

Élise apretó la caja. Ya no era una víctima. Estaba en su Bastide, con un viejo loco y un gato, y pensaba defender lo que quedaba de su mundo.

Fuera, una rama crujió. Luego otra. El círculo se estrechaba. La confesión del pescador había terminado. El asedio comenzaba.

CAPÍTULO 11.

La oscuridad no estaba vacía. Estaba llena.

En el salón de la Bastide, la tiniebla había cobrado una densidad líquida, una consistencia de tinta de calamar. Desde que El Griego había soplado la lámpara de petróleo, la casa había dejado de ser un refugio para convertirse en una caja de resonancia. Cada crujido de la madera vieja, cada estremecimiento del aire en la chimenea, cada latido del corazón cobraba proporciones desmesuradas.

Élise estaba sentada en el sofá, con la espalda rígida, ignorando el ardor punzante de sus costillas fisuradas. Sus manos apretaban la caja de cartuchos como una reliquia sagrada. El cartón estaba frío, rugoso bajo sus dedos húmedos.

Frente a ella, invisible pero presente por su olor a sal rancia y tabaco negro, El Griego era una estatua de silencio. No se movía. Apenas respiraba: un aliento lento y profundo, acompasado al ritmo que solo la gente del mar conoce: el de la marea larga.

Fuera, el mundo de los hombres se organizaba para matar.

Se oía el roce de las hierbas secas. Era un ruido sutil, casi imperceptible, como si serpientes se deslizaran sobre la tierra cocida por el verano. Rodeaban la casa. Se tomaban su tiempo. El Jabalí no tenía prisa; sabía que la presa estaba acorralada.

—¿Cuántos son? —susurró Élise.

Su voz arañó el silencio.

—Tres, tal vez cuatro —respondió El Griego—. El pesado, el que manda. Y unos perrillos para acosar la pieza.

—¿Por qué no entran?

—Tienen miedo. No de ti, pequeña. De la casa. Y de lo que hay dentro. Saben que estoy aquí. Han visto el humo de mi cigarrillo

hace un momento. Un viejo corso con una escopeta es como un cabracho en una red: sabes que te vas a pinchar si metes la mano.

Hubo un ruido metálico en el exterior. Un clic. Quizá una culata que se arma, o una cizalla cortando la valla al fondo del jardín.

El gato Marius, acurrucado contra el muslo de Élise, emitió un gruñido sordo, una vibración ventral que se transmitió a la joven.

—Escúchame —retomó El Griego, con la voz convertida en un susurro pedregoso—. Tenemos tiempo. No mucho, pero algo. Esperan a que la luna se oculte tras las nubes que vienen del este. Cuando esté oscuro como en el vientre de una ballena, vendrán.

—Queríais contarme... sobre la noche del veinte de junio.

—Sí. Tienes que saberlo. Alguien tiene que saberlo antes de que hable la pólvora. Porque después, la pólvora lo borra todo.

El Griego se movió ligeramente. El cuero de sus botas chirrió.

—Dije que había visto el barco. El Santa Maria. El yate de lujo del alcalde. Es una bestia hermosa, blanca, lisa como un jabón. No está hecha para el mar, sino para el desfile. Estaba fondeada en la cala de Les Riaux. ¿Conoces Les Riaux?

—Soraya me habló del lugar. Una antigua tejería.

—Es peor que eso. Es el lugar donde la tierra sangra. La roca allí es roja, cargada de bauxita y arcilla. Cuando llueve, el agua se vuelve sangre. Es un lugar maldito. Los pescadores no van. Ni siquiera las gaviotas se acercan.

Hizo una pausa, aspirando una bocanada de aire viciado.

—Yo estaba allí, escondido en mi barca, bajo el muelle derrumbado. Estaba recogiendo mis líneas. Vi las luces del gran barco. Y vi llegar el coche por el camino de tierra. Una berlina negra. Como la que te empujó.

Élise cerró los ojos, visualizando la escena. La noche, el olor al lodo industrial, el chapoteo del agua aceitosa.

—Sacaron a tu hermano del maletero. No estaba muerto, pequeña. No del todo todavía. Lo vi moverse. No se resistía, estaba... blando. Como drogado. O aturdido. Lo arrastraban por los brazos, con los pies rozando la tierra roja. Había perdido un zapato.

La imagen golpeó a Élise en el plexo. Julien, su hermano elegante, arrastrado como una bolsa de basura por el polvo.

—Lo subieron a la cubierta de popa del barco. Había dos hombres. El gordo, el Jabalí. Y otro, uno pequeño y nervioso. Lo tumbaron sobre la teca. Y entonces...

El Griego se detuvo. Parecía dudar, buscando las palabras exactas, o tal vez quería ahorrarle los detalles a Élise. Pero en esa noche de asedio, la piedad ya no tenía cabida.

—Entonces, el Jabalí sacó algo. Una bolsa. Una bolsa de plástico grueso. Se la puso en la cabeza a tu hermano. Y apretó.

Élise se llevó la mano a la boca para ahogar un sollozo.

—No pude hacer nada —continuó El Griego, con la voz cargada de una tristeza antigua, milenaria—. Estaba a cien metros. Solo tenía un cuchillo de ostras. Si me hubiera movido, me habrían visto. Miré. Ese es mi pecado, pequeña. Miré a un hombre morir sin mover un dedo. Vi sus piernas golpear la cubierta, suave al principio, luego fuerte, como un pez recién sacado del agua que busca aire. Y después... nada.

El silencio volvió a caer en el salón, cargado con el peso de esa muerte relatada.

—¿Eso es todo? —preguntó Élise con voz estrangulada.

—No. No es todo. Ahí fue cuando se volvió... político.

La palabra sonaba extraña en boca del viejo pescador, como una obscenidad.

—Una vez que terminaron con el chico, el Jabalí hizo una llamada. Esperó. Veinte minutos. Y llegó otro coche. Un coche camuflado, con una sirena en el salpicadero, pero apagada.

Gabriel.

—El hombre bajó. Llevaba su uniforme de gala, sin la gorra. Camisa blanca, corbata. Brillaba en la noche. Subió por la pasarela. No miró el cuerpo de inmediato. Fue a estrecharle la mano al Jabalí. Como se estrecha la mano de un colega después del trabajo.

Élise sintió la bilis subirle por la garganta. Gabriel estrechando la mano del asesino. La colusión total. La abyección.

—Después —prosiguió El Griego—, el hombre del uniforme se inclinó sobre el cuerpo. Levantó el plástico. Miró el rostro de tu hermano. Y vi... vi que retrocedió. Se llevó la mano a la boca. Vomitó por la borda.

—¿Vomitó?

—Sí. Vomitó hasta las entrañas. Le asqueaba lo que veía. Pero lo hizo de todos modos. Se limpió la boca, sacó un cuaderno, anotó algo. Luego ayudó al Jabalí.

—¿A qué lo ayudó?

—A limpiar. Cogieron una manguera. Lavaron la cubierta. Lavaron la tierra roja que había en la ropa de tu hermano. Frotaron. Gabriel... el hombre del uniforme... le frotaba los zapatos a tu hermano con un trapo. Con esmero. Como si quisiera dejarlo presentable para la misa.

Era insoportable. Esa imagen de Gabriel, meticuloso, limpiando las pruebas del asesinato de su amigo de la infancia, era peor que la de la violencia bruta. Era la violencia de la traición, la violencia fría de la administración.

—Envolvieron el cuerpo en una lona limpia. Arrancaron los motores. El barco zarpó despacio, sin luces de navegación, deslizándose hacia alta mar como un fantasma. Yo me quedé allí, en mi barca que apestaba a pescado, y comprendí que el mar iba a recibir un regalo que no había pedido.

El Griego calló.

Fuera, el viento se levantó ligeramente, haciendo susurrar las acículas de los pinos piñoneros. Un ruido seco, como papel arrugado.

—¿Por qué? —preguntó Élise en la oscuridad—. ¿Por qué hizo eso Gabriel?

—Porque tiene una deuda —respondió El Griego—. Hay hombres que nacen libres y otros que nacen con una cadena al cuello. Tu poli tiene una cadena de oro que llega hasta el ayuntamiento. No puede correr. Solo puede ladrar cuando el amo se lo pide.

—Me dijo que quería protegerme.

—Quería protegerse a sí mismo. El miedo, pequeña, hace cometer cosas terribles. Transforma a los hombres en perros.

De pronto, una piedra golpeó una persiana, en el piso de arriba.

El ruido resonó en toda la casa.

Élise dio un respingo. El Griego, por su parte, no se movió ni un milímetro, pero sus manos se tensaron sobre la escopeta.

—Están probando —dijo—. Quieren ver si dormimos.

—¿Qué hacemos?

—Esperar. No te muevas. Si nos movemos, dispararán a través de las ventanas. Tienen gafas térmicas, seguro. Ven el calor.

—¿Nos ven aquí?

—Los muros son gruesos. La piedra guarda el frescor, nos oculta. Pero si pasas por delante de una abertura, estás muerta.

Hubo un largo silencio. Élise sentía el peso de la casa a su alrededor. Esta Bastide de la que había huido, esta casa de secretos y silencios, se había convertido en su única armadura.

—He encontrado algo más —dijo de pronto Élise, como para llenar la espera, para no pensar en la muerte que merodeaba.

—¿El qué?

—Un ticket. En el bolsillo de Julien. Un ticket de consigna de la estación. Con la fecha de la hora en que se supone que murió. Pero según lo que decís... él ya estaba en Les Riaux a esa hora.

El Griego gruñó en la oscuridad.

—Las 22:45... Es la hora en que el barco dejó el muelle.

—Entonces no fue él quien dejó la bolsa.

—No. Fue uno de ellos. Tal vez el poli. Quizá se quedó con algo. Un seguro.

—¿Un seguro contra quién? ¿Contra Galtier?

—En ese mundillo, todos se tienen cogidos por la barba. Si tu hermano tenía pruebas... Gabriel debió de recuperarlas. Pero en lugar de destruirlas, las escondió. Por si acaso el Amo decidía cortar la correa.

Era lógico. Terriblemente lógico. Gabriel, el hijo oculto, el bastardo renegado, tal vez había guardado la Última Mentira como un arma de disuasión. No para que estallara la verdad, sino para garantizar su propia supervivencia si Galtier decidía sacrificarlo como había sacrificado a Julien.

—Tengo que ir a la estación —dijo Élise.

—Irás —dijo El Griego—. Si pasamos la noche.

—¿Creéis que pasaremos la noche?

El viejo pescador soltó una risita seca, una tos breve.

—He pasado noches en el mar donde las olas eran más altas que el mástil. He visto caer el rayo a diez metros de mí. Sigo aquí. La muerte viene cuando tiene hambre, no cuando se la llama.

Se inclinó hacia ella. En la penumbra, ella adivinó el contorno de su rostro, sus arrugas profundas como grietas.

—¿Sabes por qué te ayudo, pequeña?

—¿Porque no os gustan los animales solos?

—No solo por eso. Es porque te pareces a mi hija.

Élise se sorprendió. No imaginaba que ese hombre solitario pudiera haber tenido una familia.

—¿Tenéis una hija?

—Tenía. Se marchó hace mucho tiempo. La droga. Malas compañías en Marsella. La ciudad se la tragó. No pude hacer nada. Yo estaba en el mar. Siempre en el mar. Creí que el agua salada bastaba para lavarlo todo, pero el agua salada no lava la desgracia de los hombres.

Acarició la culata de su escopeta.

—Esta noche no estoy en el mar. Estoy en tierra. Y esta vez no voy a dejar que la ciudad se trague a otra cría.

Era una confesión tanto como una promesa. El Griego no luchaba por Julien, ni por una justicia abstracta. Luchaba por redimir su propia ausencia, por saldar cuentas con sus propios fantasmas.

Fuera, el viento calló por completo.

La calma chicha.

Era el momento más peligroso. El que precede al asalto.

—Vendrán por la terraza —dijo El Griego—. Es lo más fácil. Los ventanales son grandes.

Se levantó, con las articulaciones crujiendo suavemente. Se desplazó con una agilidad sorprendente para su edad, deslizándose sobre la alfombra sin ruido. Se posicionó cerca de la entrada del salón, pegado a la pared, al abrigo del marco.

—Tú, quédate ahí. Escóndete tras el sofá. Coge al gato. Si entran, dispararán a ciegas. Quédate en el suelo.

Élise obedeció. Se deslizó al suelo, sobre las baldosas frías, apretando a Marius contra su pecho. El gato no protestó; parecía comprender la gravedad del instante.

El Griego amartilló su escopeta.

El ruido fue nítido, metálico, definitivo.

—Venid —susurró El Griego—. Venid, perros. El viejo lobo aún tiene dientes.

Los minutos se estiraron, elásticos, insoportables. Élise contaba los latidos de su corazón.

De pronto, una sombra pasó ante la rendija de las persianas. Una sombra más negra que la noche.

Luego otra.

Estaban en la terraza.

Élise contuvo el aliento. Cerró los ojos con fuerza.

El Griego encaró el arma.

No disparó de inmediato. Esperaba. Quería estar seguro. Quería ver el blanco de los ojos o, al menos, el destello de una linterna.

Pero no hubo estrépito. Ninguna puerta derribada.

Solo un pequeño ruido.

Como un aerosol.

Un olor acre empezó a filtrarse bajo el ventanal. Un olor a pimienta y gas lacrimógeno.

—Malditos —gruñó El Griego—. Nos están ahumando.

Tosió. Marius empezó a bufar, arañando el brazo de Élise para escapar.

—¡Tenemos que salir! —gritó Élise, presa del pánico—. ¡Nos vamos a asfixiar!

—¡No! ¡Eso es lo que quieren! ¡Si salimos, nos cazan como a conejos!

El Griego sacó un pañuelo de su bolsillo, escupió en él y se lo apretó contra la cara.

—¡Quédate en el suelo! ¡El aire es mejor abajo!

Pero el gas se propagaba rápido. Los ojos de Élise empezaron a arder, su garganta se cerró. Tosía, y sus costillas la hacían aullar de dolor con cada espasmo.

Fue entonces cuando el cristal del ventanal estalló.

No hacia el interior, sino atravesado por algo.

¿Una granada?

No. Un ladrillo. Un simple ladrillo envuelto en un trapo encendido.

Rodó sobre la alfombra. El fuego prendió instantáneamente en las telas viejas, alimentado por la sequedad del aire.

Las llamas subieron, iluminando la habitación con un fulgor de infierno, rojo y danzante.

—¡Están quemando la casa! —gritó Élise.

El Griego se volvió desde la ventana para mirar el fuego que crecía. Durante una fracción de segundo, quedó iluminado de lleno por las llamas, su silueta recortada como un blanco perfecto.

Estaba de espaldas a la ventana rota.

No hubo un disparo estruendoso. Solo un chasquido seco, como el restallar de un látigo, venido del exterior. Un ruido sordo, preciso.

Un ruido de silenciador.

El Griego se quedó rígido.

Soltó su escopeta, que cayó con un golpe pesado sobre el suelo.

Se llevó ambas manos al pecho.

Se volvió lentamente hacia Élise, con los ojos muy abiertos, no de dolor, sino de sorpresa. Como si no hubiera creído que acabaría así: tan rápido, tan estúpidamente.

Una mancha oscura se extendía sobre su viejo jersey marinero, en el centro, justo bajo el esternón.

—El... mar... —susurró.

Vaciló. Cayó de rodillas, pesadamente. Luego se desplomó hacia delante, de bruces, sobre la alfombra que empezaba a arder.

—¡No! —gritó Élise.

Gateó hacia él, ignorando el fuego, ignorando el gas, ignorando el peligro.

Le dio la vuelta al pesado cuerpo del anciano.

Sus ojos azules miraban al techo, pero ya no veían nada. Se habían vuelto tan vacíos como el cielo sobre las Calanques.

El Griego había muerto.

El protector había caído.

Fuera, se alzaron voces. Órdenes breves.

—Listo. Entramos. Acabad con la chica.

Élise miró el cuerpo inerte. La sangre del pescador se mezclaba con el polvo de la Bastide. Había cumplido su palabra. Había protegido la casa hasta el final.

Pero ahora la casa ardía. Y los lobos entraban.

Ya no tenía escopeta. Ya no tenía aliados.

Miró a su alrededor, frenética. El fuego alcanzaba las cortinas. El humo se volvía espeso, negro.

Solo había una salida. Ni la puerta, ni la ventana.

Arriba.

Recordó lo que el Griego había dicho: Las casas son como los barcos... siempre hay una vía de agua.

Había una trampilla en el techo del pasillo que llevaba al desván, y desde allí, un tragaluz daba al tejado.

Era una ratonera o un camino hacia el cielo.

Se levantó, agarró a Marius, que bufaba contra la pared, y corrió hacia el pasillo, dejando atrás el cadáver de su último amigo, mientras las botas de los asesinos hacían saltar en pedazos lo que quedaba del ventanal.

El tiempo de la confesión había terminado. El tiempo de la huida comenzaba.

CAPÍTULO 12.

El fuego no sube; succiona.

Es una boca que se abre por abajo y traga el oxígeno con un ruido de succión obsceno. En el pasillo de la primera planta de la Bastide, el humo aún no era una niebla, sino una presencia aceitosa y caliente que se pegaba a las mucosas y hacía llorar los ojos.

Élise empujó la trampilla del desván. La madera, hinchada por los inviernos y reseca por los veranos, resistió un segundo y luego cedió entre una nube de polvo gris.

Izó su cuerpo magullado a fuerza de brazos. Sus costillas, fisuradas el día anterior en la Corniche, aullaban con cada movimiento. Era un dolor blanco, eléctrico, que le cortaba el aliento, pero lo ignoró. El miedo es un anestésico potente, y el odio es otro.

Gateó por el suelo del desván, tirando de Marius por la piel del cuello. El gato, aterrorizado, bufaba, buscando con sus garras un agarre en la madera podrida.

Abajo, el estrépito había comenzado. Los asesinos ya no se ocultaban. Habían echado abajo lo que quedaba del ventanal. Élise oía sus voces, deformadas por el suelo, ladridos breves y profesionales.

—El viejo está muerto. Registrad las habitaciones. La chica debe de estar ahí.

Cerró la trampilla con suavidad. Un gesto irrisorio. El fuego pronto la atravesaría.

El desván era un vientre de ballena sombrío, surcado por rayos de luna que se colaban entre las tejas descolocadas. Olía a lavanda seca olvidada allí hacía un siglo y a excremento de paloma.

Élise se dirigió al tragaluz, hacia el sur.

Lo abrió.

El aire de la noche irrumpió, fresco, puro, con una claridad insolente tras el infierno de la planta baja.

Asomó la cabeza.

Estaba en el tejado. La pendiente era suave, cubierta de tejas árabes, esas tejas redondas y rojas que el sol ha cocido una y otra vez hasta volverlas quebradizas como galletas.

Abajo, en la terraza, vio a los hombres.

Eran tres. Siluetas tácticas, negras, equipadas como para la guerra. Uno de ellos, inmenso, daba órdenes señalando con el dedo. El Jabalí. Incluso visto desde arriba, desprendía un aura de pesadez amenazante, una densidad de piedra.

El humo empezaba a asomar por las ventanas del salón, lamiendo la fachada con lenguas naranjas. La Bastide ardía. La memoria de los «de Charpentier» se hacía humo, llevándose consigo el cuerpo del Griego, el último guardián del templo.

Élise se encaramó al tejado. Marius, más ágil, saltó y desapareció tras la sombra de una chimenea.

—Vete —susurró ella—. Sálvate.

Estaba sola. Suspendida entre el cielo y el brasier.

Tenía que bajar. Pero no por delante.

Gateó por las tejas, a cuatro patas, como una araña herida. El tejado crujía bajo su peso. Si una teja resbalaba, caería rodando y se estrellaría seis metros más abajo, entregada a los asesinos.

Rodeó la chimenea central y alcanzó la cara norte, la que daba a la garriga salvaje, allí donde el jardín nunca había sido domado.

Había allí un viejo ciprés, inmenso, cuyas ramas casi tocaban el alero. De niño, Julien lo usaba para escaparse.

Élise miró al vacío oscuro. El árbol estaba allí, una masa negra agitada por la brisa nocturna. Había que saltar. Un metro y medio de vacío. Con un hombro luxado y las costillas hechas añicos.

Detrás de ella, una teja estalló por efecto del calor que subía. El tejado se estaba volviendo ardiente.

No tenía elección.

Se puso en pie, vacilante. Tomó una bocanada de aire que le desgarró el pecho.

Y saltó.

El tiempo se detuvo. Una fracción de segundo en la que no fue nada, solo un cuerpo en caída libre en la noche provenzal.

El impacto fue brutal.

Chocó contra el follaje oscuro. Las ramas del ciprés la azotaron, arañándole el rostro, desgarrándole la ropa. Intentó agarrarse, buscando con las manos la corteza rugosa. Resbaló, cayó de rama en rama, como un títere desarticulado, antes de golpear el suelo duro con un ruido seco.

Se quedó allí, tendida sobre las acículas de pino, sin aliento, con los ojos muy abiertos mirando al cielo.

El dolor era una marea que lo inundaba todo. Tenía ganas de vomitar, de llorar, de cerrar los ojos y esperar el final.

Pero le llegó un olor. El olor del humo.

La casa rugía ahora. El fuego había encontrado la escalera de madera. Las ventanas de la planta superior explotaban una tras otra.

—¡Por allí! ¡He oído algo detrás!

La voz venía de la terraza. El haz de una linterna barrió la esquina de la casa.

Élise se levantó. No sabía cómo, pero se levantó. Su cuerpo había tomado el mando, dejando su mente muy atrás.

Corrió.

Se internó en la garriga, dando la espalda a la casa, dando la espalda a la luz, dando la espalda a su vida de antes.

La colina estaba negra. No había camino. Solo matorrales de coscoja, esos pequeños robles espinosos que desgarran las piernas, romeros duros como madera, piedras inestables que rodaban bajo sus pies.

Corría a ciegas, guiada por la pendiente. Bajar. Siempre bajar. Alejarse del fuego.

Tropezó, cayó, se levantó, volvió a caer. Sus manos sangraban. Su rostro ardía. Se había convertido en una bestia acosada, una cosa sucia y jadeante que huía de los cazadores.

Detrás de ella, la Bastide ya no era más que una antorcha gigante clavada en la noche. Una columna de fuego que subía recta hacia las estrellas, magnífica y terrorífica. Era un faro invertido, una señal de socorro que nadie vendría a ver.

Corrió hasta quedarse sin aliento, hasta que sus pulmones ardieron tanto como la casa.

Llegó finalmente a una carretera asfaltada. El Chemin des Bellons, más abajo en el valle.

Se desplomó en la cuneta, oculta por las hierbas altas.

Escuchó.

No había ruidos de persecución. El Jabalí y sus hombres debían de pensar que había muerto en el incendio, o bien no querían aventurarse en el monte en plena noche. Habían limpiado la escena. El fuego borraría las balas, el cuerpo del Griego y las pruebas.

Pasó un coche, con los faros amarillos barriendo el asfalto. Élise se acurrucó. No era la berlina negra. Era una vieja furgoneta de reparto.

Se levantó, temblorosa. Tenía que abandonar esa zona. Tenía que volver a la ciudad.

Empezó a caminar por la carretera, cojeando ostensiblemente. No tenía dinero. No tenía teléfono.

Era un fantasma.

Le costó dos horas llegar a las primeras paradas de autobús de la Croix-Rouge, a la entrada de Marsella.

La ciudad la recibió con indiferencia.

Marsella, de noche, es un monstruo centelleante. Vista desde las alturas, parece una colada de lava de oro y rubíes que se vierte en el mar negro. Es una belleza tóxica, hecha de miles de farolas, de ventanas encendidas, de faros de coches que circulan por las arterias como glóbulos en un cuerpo febril.

Élise caminaba. Parecía una loca, una drogadicta con el mono, con su ropa desgarrada, su sudor negro de hollín y su mirada fija. Los pocos transeúntes se apartaban a su paso.

Logró colarse en el último metro en la estación de La Rose. Se encogió en un rincón del vagón, cabizbaja, evitando las cámaras, evitando las miradas. El neón blanco del vagón le recordaba a la sala de interrogatorios de Gabriel.

Gabriel.

El odio le devolvió las fuerzas. Ya no estaba cansada. Era nuclear.

Bajó en el Vieux-Port.

El aire marino la golpeó. Menos puro que en las Calanques, cargado del efluvio de gasóleo de los barcos y del olor a fritanga de

los últimos restaurantes abiertos. El puerto estaba en calma. El agua negra chapoteaba contra los muelles como un vientre digiriendo el día.

La Bonne Mère, allá arriba, brillaba en la noche, un faro dorado velando sobre asesinos y víctimas con la misma benevolencia ciega.

Élise cruzó el muelle. No podía ir a ninguna parte.

¿Un hotel? Imposible sin dinero. ¿La policía? Era meterse en la boca del lobo. ¿El hospital? Hélène la encontraría en una hora.

Solo quedaba un lugar. Un único refugio.

Soraya.

Soraya, que había hecho las maletas. Soraya, que quería huir a Córcega.

¿Quizá ya se había ido? Si era así, Élise forzaría la puerta. Dormiría sobre la alfombra persa. Se asearía. Y mañana... mañana iría a la consigna de la estación.

Subió hacia el Panier.

Las callejuelas estaban desiertas. Los turistas se habían retirado, las persianas estaban echadas. El barrio había recuperado su rostro ancestral, el de un pueblo corso o napolitano asentado sobre la roca, receloso y silencioso.

El 14 de la calle del Panier.

La puerta verde estaba cerrada.

Élise pulsó el interfono. Sin respuesta.

Empujó la puerta. El pestillo cedió. La cerradura era vieja, o bien la habían forzado recientemente.

Un escalofrío helado recorrió la espina de Élise.

Subió la escalera de caracol. El olor a gato y a yeso húmedo seguía allí, pero había algo más.

Un olor químico.

Pesado. Dulzón.

El olor del gas.

Élise se detuvo en el rellano de la segunda planta. El corazón le latía tan fuerte que le dolían los oídos.

Bajo la puerta de Soraya no había luz.

Pero el olor venía de allí. Era indudable.

Élise puso la mano en el pomo. Giró.

La puerta no estaba echada con llave.

La abrió de par en par, conteniendo la respiración, llevándose la manga a la nariz.

El apartamento estaba sumido en la oscuridad. Pero la luz naranja de las farolas de la calle se filtraba por las persianas entreabiertas, rayando la estancia con franjas luminosas.

—¿Soraya? —llamó Élise.

Su voz sonó hueca.

Dio un paso hacia el interior.

El desorden había desaparecido. Ni rastro de las maletas abiertas. Ni ropa por medio. Todo estaba ordenado. Demasiado ordenado.

Élise avanzó hacia la cocina para cerrar el gas. Los quemadores de la cocina estaban abiertos al máximo, soplando su veneno invisible en el silencio.

Giró los mandos. El siseo cesó.

Fue a abrir la ventana de par en par. El aire fresco de la noche entró a raudales, disipando los miasmas.

Fue entonces cuando se volvió hacia el altillo.

La escalera de mano llevaba a la zona de la cama.

Élise subió, con las piernas pesadas como el plomo. Sabía lo que iba a encontrar. Lo sabía desde que había olido el gas.

Soraya estaba tumbada en la cama.

Llevaba su vestido rojo. Estaba tumbada de espaldas, con las manos cruzadas sobre el pecho, como una santa mártir. Su cabello negro estaba extendido en abanico sobre la almohada blanca.

Estaba hermosa. Con una belleza congelada, irreal.

En la mesilla de noche, junto a la cama, había una botella de vodka vacía. Y un bote de medicamentos volcado. Pequeñas pastillas blancas esparcidas como perlas.

Una puesta en escena perfecta. El suicidio de la amante desolada. La femme fatale que no ha soportado la muerte de su amante y ha decidido reunirse con él.

Pero Élise se acercó.

Vio las marcas.

En el cuello de Soraya, bajo el maquillaje puesto a toda prisa, había huellas violáceas. La forma de unos dedos. Pulgares que habían presionado la carótida.

Y sus uñas... sus uñas cuidadas estaban rotas. Se había defendido.

Soraya no se había suicidado. La habían «suicidado».

Exactamente igual que a Julien.

El gas solo estaba allí para asegurar el golpe, o para enmascarar la hora de la muerte. O quizá para hacer explotar el edificio si hubiera saltado una chispa.

Élise retrocedió, horrorizada.

Habían pasado por allí.

El Jabalí y sus hombres. O otros. Habían limpiado la Bastide y habían limpiado el Panier. Lo borraban todo. Pasaban la goma de borrar sobre la historia.

Élise miró el rostro de Soraya. Los ojos estaban cerrados, pero la boca estaba ligeramente entreabierta, como si hubiera querido gritar una última palabra.

Sobre el pecho de la muerta, atrapado entre sus manos frías, había un papel.

Élise tendió la mano, vacilante. Tocar la muerte era aceptar que entrara en ti.

Tomó el papel.

Era una hoja arrancada de un bloc de notas.

Había tres palabras escritas con rotulador negro, en letras mayúsculas, con una caligrafía que no era de mujer.

DETENTE O MUERE.

El mensaje era claro. No era para Soraya. Era para ella.

Sabían que vendría aquí. Le habían dejado ese espectáculo macabro como una advertencia última. Mira lo que hacemos con los que hablan.

Élise sintió una lágrima correr por su mejilla sucia. No era una lágrima de tristeza. Era una lágrima de rabia pura.

—No me detendré —susurró dirigiéndose al cadáver—. Te lo juro, Soraya. No me detendré.

Se metió el papel en el bolsillo, junto al ticket de la consigna.

Tenía que irse. La policía no tardaría en llegar. Algún vecino seguramente habría olido el gas. Si la encontraban allí, sería la culpable ideal. La hermana celosa, la loca salida del hospital.

Bajó la escalera.

Lanzó una última mirada al apartamento. Era aquí donde Julien había amado. Era aquí donde había soñado con otra vida. Todo aquello se había terminado.

Salió al rellano, cerró la puerta con suavidad.

Bajó la escalera de caracol, cruzándose con su propio reflejo en el cristal del portal: una mujer salvaje, de cabellos chamuscados, con la ropa hecha jirones y la muerte en los ojos.

Salió a la calle del Panier.

La ciudad seguía allí, magnífica e indiferente. Las luces del puerto centelleaban abajo, promesa de viajes y evasiones.

Pero Élise ya no quería evadirse.

Caminó hacia la catedral de la Mayor. Sus cúpulas rayadas se recortaban en la noche como pechos de piedra gigantes. Era allí donde Julien iba a veces. No para rezar, no creía en Dios, sino para hablar con un hombre. Un cura obrero, un antiguo delincuente reconvertido, el Padre Andréas.

Si Soraya había muerto, si el Griego había muerto, solo quedaba una persona viva que conocía quizá el último secreto de Julien. El secreto del niño oculto.

¿Dónde estaba ese niño? Si Gabriel era el hijo de Galtier, ¿quién era el niño del que hablaba Soraya? ¿Aquel que había desaparecido?

Soraya había dicho: «Gabriel es el hijo de Galtier».

Élise se detuvo en medio de la plaza de la Mayor, golpeada por la contradicción.

En su fatiga, en el horror de las últimas horas, había mezclado las historias.

Había dos niños.

Uno era Gabriel, el niño del pasado, el de mil novecientos noventa y nueve, el hijo oculto de Galtier y la limpiadora, aquel cuya existencia permitía a Hélène chantajear al alcalde.

Y el otro...

Élise levantó la mirada hacia la catedral. Maciza, sombría, inexpugnable.

La Ira de Dios iba a caer sobre Marsella. Pero antes de eso, Élise tendría que entrar en su casa.

CAPÍTULO 13.

La Catedral de la Mayor no es una iglesia; es una fortaleza.

Enclavada a la orilla del mar, en el límite entre el Panier y la Joliette, le da la espalda a la ciudad para mirar a alta mar. Es un coloso de piedras verdes y blancas, un monstruo bizantino rayado como un tigre, cuyas cúpulas inmensas aplastan al hombre y lo devuelven a su lugar: el de un insecto rastrero.

Élise cruzó la explanada desierta. El viento, ese soplo caprichoso que había jugado con sus nervios desde su llegada, había caído. El aire estaba inmóvil, pesado, cargado con la humedad de la tormenta pasada y la electricidad de la que amenazaba con volver.

Empujó la pequeña puerta lateral, esa que permanece abierta para las almas en pena cuando el gran portón está cerrado.

El silencio la atrapó.

No era el silencio de la Bastide, hecho de crujidos y vigas viejas. Era un silencio mineral, absoluto, un silencio de tumba faraónica. El interior de la catedral era una caverna inmensa, sumida en una penumbra que los pocos cirios encendidos no lograban perforar. El olor era sobrecogedor: una mezcla de cera fría, incienso rancio, piedra milenaria y salitre. Era el olor de la eternidad, fría e indiferente.

Élise avanzó por la nave central. Sus pasos resonaban sobre las losas de mármol, un ruido seco que ascendía hacia las bóvedas vertiginosas, amplificado, deformado, como si la propia catedral susurrara ante su intrusión.

Se sentía sucia. Mancillada.

Cargaba consigo las cenizas de su casa de la infancia, el lodo de la garriga, el sudor del miedo y el olor invisible pero tenaz del gas

que tal vez había matado a Soraya. Era una mancha oscura en aquel lugar de pureza geométrica.

Buscaba a un hombre. No a Dios. Dios había abandonado Marsella hacía mucho tiempo, expulsado por el dinero y la sangre. Buscaba al Padre Andréas.

Julien se lo había mencionado una vez, por teléfono, hacía meses, en una de sus raras conversaciones en las que parecía estar sobrio: «Si algún día me hundo, Élise, ve a ver a Andréas. Es el único que no miente, porque ya no tiene nada que perder».

Se dirigió hacia el deambulatorio, tras el coro. Era allí, a la sombra de las capillas laterales, donde se susurraban los secretos.

Una silueta estaba arrodillada ante la estatua de San Lázaro.

El hombre no rezaba. Parecía esperar, o dormir. Vestía una sotana negra, gastada en los codos, y llevaba zapatillas de marcha en los pies. Tenía la complexión de un estibador, hombros anchos que tensaban la tela y un cráneo rapado que brillaba suavemente a la luz de las ofrendas.

Élise se acercó. Se detuvo a dos metros de él.

—¿Padre?

El hombre no se sobresaltó. Se levantó con una lentitud de paquidermo, haciendo crujir sus rodillas. Se volvió hacia ella.

Su rostro era un poema. Una nariz que había sido rota y mal curada, una cicatriz blanca que cruzaba su ceja izquierda y unos ojos negros, profundos, de una tristeza insondable. No era el rostro de un clérigo convencional. Era el rostro de un hombre que ha visto al diablo de demasiado cerca y ha decidido cambiar de bando.

—Te esperaba, Élise —dijo él.

Su voz era grave, pedregosa, como si brotara de un pozo.

—¿Sabe quién soy?

—Te pareces a Julien. Y traes contigo el olor del incendio.

Hizo un gesto hacia un banco de madera oscura.

—Siéntate. Apenas te mantienes en pie.

Élise se desplomó en el banco. Las piernas ya no la sostenían. El dolor de las costillas, olvidado bajo la adrenalina de la huida, regresaba con fuerza; una mordedura de acero en el pecho.

—Soraya ha muerto —dijo ella con brutalidad.

El Padre Andréas cerró los ojos un instante. No mostró sorpresa alguna. Solo un cansancio inmenso que pareció pesarle sobre los hombros.

—¿Se ha suicidado?

—Es mentira. La han matado. Como a Julien.

—«Ellos» —repitió el sacerdote—. Los Pronombres de la Muerte. Están en todas partes y no están en ningún lugar.

Se sentó a su lado, manteniendo una distancia respetuosa. Olía a jabón de Marsella.

—¿Por qué venía Julien a verle? —preguntó Élise—. Él no era creyente.

—La fe no tiene nada que ver con la iglesia, Élise. Julien buscaba un lugar donde soltar sus maletas. Y sus maletas estaban llenas de piedras. Venía aquí porque esto es grande, porque es frío y porque yo no hago preguntas.

—¿Le habló? ¿De Galtier? ¿De mi madre?

—Me habló de sus demonios. Me dijo que había descubierto el origen del mal. La «Primera Mentira», como él decía.

—La descubrió. Y eso lo mató.

—No fue el pasado lo que lo mató, Élise. Con el pasado uno puede arreglarse. Se puede pintar, se puede llorar. Lo que lo mató fue el futuro.

Élise frunció el ceño.

—¿El futuro?

El sacerdote hundió las manos en los bolsillos de su sotana. Sacó un rosario de madera barata y empezó a pasarlo nerviosamente entre los dedos.

—Julien no temía por él. Sabía que estaba condenado. Temía por el inocente.

—¿Qué inocente?

Andréas volvió su rostro castigado hacia ella. En la penumbra, sus ojos brillaban con una intensidad febril.

—Has visto a Soraya. Has visto su dolor. Creíste que era el dolor de una amante. Era el dolor de una madre a la que han arrebatado a su hijo.

La palabra golpeó a Élise como una bofetada.

—El niño... Soraya me habló de un niño oculto. Pensé que se refería a Gabriel. Al hijo de Galtier nacido hace treinta años.

—Gabriel es el hijo del pecado original, sí. Aquel por quien empezó el chantaje. Pero la historia es muda, Élise. Julien y Soraya... tuvieron un hijo.

Élise se llevó la mano a la boca.

Un hijo. Julien era padre. Ella era tía.

—Es imposible. Mi madre lo habría sabido.

—Tu madre lo sabe todo. Por eso Julien escondió al niño. Sabía lo que Hélène le había hecho a Gabriel: lo dejó nacer solo para

controlarlo mejor, para convertirlo en un arma contra Galtier. Julien no quería que su hijo fuera un arma. Quería que fuera libre.

—¿Dónde está? ¿Dónde está el niño?

El sacerdote se puso en pie. Empezó a caminar de un lado a otro frente al altar de San Lázaro; su sotana barría el suelo.

—Se llama Léo. Tiene cuatro años. Tiene los ojos de tu hermano y la sonrisa de su madre. Julien lo había escondido. Nadie sabía dónde. Ni siquiera Soraya, por seguridad. Julien cambiaba de escondite cada mes. Pagaba a cuidadoras con el dinero que ganaba haciendo los recados sucios de Valéry. Esas eran sus «deudas morales». Blanqueaba dinero sucio para comprar leche limpia.

—Pero ahora... Julien ha muerto. Soraya ha muerto. ¿Quién sabe dónde está Léo?

Andréas se detuvo. Miró el crucifijo sobre el altar, un Cristo de madera retorcido por el dolor.

—Era el último secreto de Julien. Me dijo: «Si desaparezco, es que he fracasado al negociar su libertad. Si desaparezco, Andréas, debes darle esto a Élise. Solo ella podrá salvarlo, porque es la única "de Charpentier" que aún tiene corazón».

El sacerdote metió la mano en la sotana, a la altura del pecho. Sacó un sobre arrugado, manchado de vino o de sangre seca.

—Me lo dio el día antes de morir. Me hizo jurar que no te lo entregaría a menos que Soraya ya no pudiera hacerlo.

Élise tomó el sobre. Le temblaban tanto las manos que estuvo a punto de que se le cayera.

Lo abrió.

Dentro no había ninguna carta. Ninguna confesión.

Solo un dibujo.

Un boceto al carboncillo, rápido, nervioso, como los que Julien sabía hacer.

Representaba un paisaje llano. Cañaverales hasta el infinito. Una línea de horizonte baja, aplastada por un cielo inmenso. Y en medio, una pequeña cabaña blanca, con un tejado de paja en forma de cruz, coronada por un par de cuernos de toro.

Al dorso del dibujo, unas coordenadas GPS garabateadas a lápiz. Y un nombre: Manolo.

—¿Dónde es? —preguntó Élise.

—En la Camarga —dijo el sacerdote—. Es una cabaña de gardian. Manolo es un gitano, un antiguo boxeador al que Julien sacó de la cárcel hace unos años pagando su fianza. Él custodia a Léo.

La Camarga. El delta del Ródano. Allí donde el río muere en el mar. Un país de agua y fango, lejos de la roca blanca de Marsella. Un lugar donde se puede esconder cualquier cosa entre las marismas.

—Lo están buscando —dijo Andréas—. El Jabalí y sus hombres. Han puesto del revés el apartamento de Soraya buscando una dirección. Torturaron a Julien para que hablara.

—¿Habló?

—Si hubiera hablado, Léo ya estaría muerto. Julien aguantó. Murió en silencio para salvar a su hijo. Esa es la verdadera fuerza, Élise. No la de tu madre, que aplasta, sino la de tu hermano, que resistió el golpe.

Élise apretó el dibujo contra sí. Una rabia nueva la invadió. Una rabia que ya no era la de la víctima, sino la de la loba. Había un niño. Un pedazo de Julien vivo, en algún lugar de las marismas.

—Tengo que ir. Ahora mismo.

—No tienes coche —dijo el sacerdote—. Estás herida. Te persigue toda la policía de la región. ¿Cómo vas a salir de Marsella?

—No lo sé. Caminaré. Me da igual. No dejaré que el Jabalí le toque un pelo a ese niño.

—Esa es la Ira de Dios —susurró Andréas—. No es el rayo que cae del cielo. Es la justicia que se levanta de la tierra.

Buscó en su bolsillo y sacó un manojo de llaves.

—Tengo un viejo Clio aparcado en la calle de L'Évêché. No parece gran cosa, pero funciona. Llévatelo.

Le tendió las llaves. El metal estaba caliente.

—Gracias, padre.

—No me des las gracias. Salva al crío.

Élise se levantó. El dolor seguía ahí, pero se había convertido en un ruido de fondo, en un motor.

Se dirigió hacia la salida de la catedral, atravesando la nave inmensa. Sus pasos resonaban distinto ahora. Ya no era el ruido de una fugitiva; era el ruido de una misión.

Llegó cerca del gran portón. Estaba cerrado con llave. Tenía que volver a salir por la pequeña puerta lateral.

Se internó en el transepto sombrío.

De pronto, una voz surgió de las tinieblas.

—Élise.

Se quedó petrificada.

La voz no venía del altar. Venía de la sombra de un pilar macizo, cerca de la salida.

Una silueta se recortó en la oscuridad.

Era Gabriel.

Estaba allí, de pie, inmóvil como una estatua de sal. Llevaba todavía su camisa blanca, la del interrogatorio, pero ya no estaba inmaculada.

Estaba manchada de sangre. Una gran salpicadura rojo oscuro en el costado derecho, que se había secado y ennegrecido. Y tenía hollín en la cara, rastros negros que lo hacían parecer un demonio surgido del fuego.

Élise retrocedió un paso, buscando un arma con la mirada. ¿Un candelabro? ¿Una silla?

—¡No te acerques! —gritó.

Su voz rebotó bajo las bóvedas.

Gabriel levantó las manos. Estaban vacías. No llevaba su arma reglamentaria.

—No quiero hacerte daño —dijo él. Su voz estaba rota, ronca.

—¡Me traicionaste! ¡Le diste la llave a mi madre! ¡Dejaste que quemaran la Bastide! ¡El Griego ha muerto por tu culpa!

Gabriel se estremeció al oír el nombre del Griego. Bajó la cabeza.

—Lo sé. Vi el humo. Supe que el Jabalí había actuado.

—¡Lo sabías y no hiciste nada! ¡Eres su perro, Gabriel! ¡Un perro que obedece al amo sin rechistar!

—¡No! —bramó él de repente.

Avanzó hacia la luz de un cirio. Élise vio sus ojos. Estaban locos. Locos de dolor, locos de cansancio.

—¡Le di la llave a Hélène porque era la única forma de ganar tiempo! ¡La única forma de que dejaran de cazarte durante unas horas! ¡Creí que te dejarían marcharte a París!

—¿Eres ingenuo o eres idiota? ¡Ellos no dejan marchar a nadie!

—¡Lo sé! Lo comprendí cuando vi la berlina del Jabalí volver a la base. Vi...

Se tocó la mancha de sangre de la camisa, como si descubriera la herida en ese momento.

—Esta no es mi sangre —dijo con calma.

—¿De quién es? ¿Del Griego?

—No. Es la sangre de Molinari. El chófer del Jabalí.

Élise abrió los ojos de par en par.

—¿Qué?

—Fui a verlos. Después del incendio. Lo estaban celebrando en un bar de los barrios del Norte. Se reían. Contaban cómo el viejo había saltado como un conejo cuando le dispararon. Contaban cómo habías corrido por la garriga como una liebre.

Gabriel temblaba. Sus manos temblaban.

—No pude soportarlo, Élise. Algo se rompió en mi cabeza. La «ley de la fidelidad»... se hizo añicos. Saqué mi arma. Molinari quiso ir de listo. Disparé.

Lo decía como un informe administrativo. Disparé.

—¿Y el Jabalí?

—Huyó. Es duro de pelar. Le di en el hombro, pero escapó. Se ha ido a buscar refuerzos. Ahora estoy muerto, Élise. Soy un poli asesino. Galtier ha lanzado una orden de busca y captura contra mí.

Dio un paso más hacia ella.

—No me queda nada. Ni carrera, ni padre, ni futuro. Solo me quedas tú. Y la verdad.

—¿Qué verdad? ¡Has quemado las pruebas!

—No todas.

Metió la mano en el bolsillo. Élise se puso tensa, lista para saltar.

Pero no sacó un arma. Sacó un papel arrugado.

—Encontré esto en un expediente clasificado del despacho de Galtier. Fui allí antes de ir al bar. Forcé su caja fuerte.

Le tendió el papel.

Élise lo tomó, recelosa.

Era una nota de inteligencia. Una vigilancia. Fotos granulosas tomadas con teleobjetivo.

Se veía a Julien, en un parque, empujando un columpio. En el columpio, un niño pequeño y moreno que reía.

Y debajo, una dirección. Una localización.

Manolo Cortès. Cabane des Salins. Camarga.

—Ellos lo saben —dijo Gabriel.

Élise sintió que la sangre se le retiraba del rostro.

—¿Saben dónde está Léo?

—Tienen la dirección desde ayer noche. Fue Soraya quien la soltó antes de morir. La torturaron, Élise. No físicamente, sino psicológicamente. Le dijeron que tenían al niño. Se rompió. Dio el lugar para que perdonaran al pequeño.

—Y después la mataron.

—Sí. Y ahora el Jabalí está en camino. Salió hace una hora. Va a la Camarga.

—¿Para matar al niño?

—Para secuestrarlo. Galtier quiere al niño vivo. Es su último seguro. Mientras tenga al pequeño, te tiene a ti, tiene a Hélène, tiene a todo el mundo. Si hablas, el crío muere. Así es como funciona él.

Gabriel la miró fijamente a los ojos.

—Sé dónde está el niño, Élise.

—¿Qué quieres, Gabriel?

—Quiero conducir.

—¿Crees que voy a confiar en ti? ¿Después de todo lo que has hecho?

—No tienes elección. Estás herida. No aguantarás al volante hasta la Camarga. Y sobre todo... tú no sabes pelear. Yo sí. Sé cómo piensa el Jabalí. Sé cómo conduce. Sé por dónde va a pasar.

Se acercó más, invadiendo su espacio vital, pero esta vez sin amenaza. Solo con una urgencia desesperada.

—Déjame hacer una cosa bien, Élise. Solo una antes del final. Déjame salvar al hijo de Julien. Es un poco mi sobrino, al fin y al cabo.

Élise lo miró. Vio la mancha de sangre en su camisa. La sangre de Molinari. La sangre de la traición. Gabriel había matado por ella. Había roto su correa. Se había convertido en un perro rabioso, pero era su perro rabioso.

Pensó en el dibujo que llevaba en el bolsillo. En la cabaña blanca. En el pequeño Léo, que dormía allí, ignorando que los monstruos se acercaban.

El Griego había muerto. Soraya había muerto. Julien había muerto.

Ella y Gabriel eran los dos últimos supervivientes de la matanza. Los dos únicos que podían detener la maquinaria.

Sacó las llaves del Clio de su bolsillo.

Se las tendió a Gabriel.

—Si me traicionas una vez más —dijo con una voz que ya no temblaba—, te mato. Te juro que te mato con mis propias manos.

Gabriel tomó las llaves. Sus dedos rozaron los de Élise. Estaban fríos como la muerte.

—Lo sé —dijo él.

Se volvió hacia la salida.

—Vámonos. La Camarga está a una hora de camino.

—¿Y Galtier?

—Galtier vendrá después. Primero, salvamos al inocente.

Salieron de la catedral corriendo, dejando atrás el silencio de Dios y el olor del incienso, para sumergirse en la noche marsellesa que no dejaba de aullar.

La Ira de Dios había abandonado la iglesia. Ahora estaba en la autopista A55, a bordo de un viejo Clio oxidado, lanzada a la caza del diablo.

CAPÍTULO 14.

El Clio del sacerdote era una cafetera andante. El amortiguador trasero izquierdo golpeaba con cada bache y el habitáculo olía a perro mojado y a tabaco rancio. Pero tenía motor, y Gabriel lo conducía como si fuera un Porsche.

Habían dejado la autopista A55 para internarse en la noche cerrada de la llanura de la Crau, y de ahí hacia las marismas. La Camarga no es la Provenza. Es otro país. Aquí ya no hay colinas, ni rocas blancas, ni apenas cigarras. Es el reino del agua estancada, del cieno y del cielo inmenso que pesa sobre los hombros.

Élise iba en el asiento del copiloto, aferrada al asa de la puerta. El dolor de las costillas se había convertido en un ardor constante, sordo, que intentaba ignorar clavando la vista en la carretera. Los faros amarillos del coche apenas lograban perforar la oscuridad.

—¿Falta mucho? —preguntó ella.

—Veinte minutos —respondió Gabriel sin mirarla—. Salin-de-Giraud es el fin del mundo. Después, todo es pista de tierra.

Conducía con la mandíbula apretada y los ojos fijos en el asfalto. La mancha de sangre de su camisa se había extendido, o quizá era una ilusión óptica bajo la luz del cuadro de mandos.

—¿Te duele?

—No es nada. Un rasguño. Molinari tenía mala puntería. Había bebido demasiado.

—Lo has matado, Gabriel.

—Hice lo que había que hacer.

Se hizo el silencio. El ruido del motor llenaba el espacio, rítmico con los botes del coche.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Élise—. De verdad. No me vengas con rollos sobre la redención.

Gabriel giró la cabeza hacia ella una fracción de segundo. Sus ojos verdes eran dos pozos de desesperación.

—Porque estoy cansado, Élise. Cansado de ser el hijo de nadie. Cansado de limpiar la mierda de los demás. Julien... Julien era el único que me miraba como a un amigo, no como a una herramienta. Y dejé que se fuera al garete. Así que, si puedo salvar a su crío... quizá pueda mirarme al espejo sin sentir ganas de vomitar.

Era una respuesta honesta. La respuesta de un hombre roto.

Llegaron a las salinas. Las montañas de sal, inmensas pirámides blancas, se recortaban en la noche como icebergs fantasmales. El aire cambió. Se volvió pesado, salino, cargado de olor a fango y a putrefacción vegetal.

Gabriel dejó la carretera asfaltada para meterse en un dique de tierra batida. El Clio protestó con un gemido de las suspensiones.

A ambos lados, el agua negra de los estanques se extendía hasta el infinito, plana, inmóvil.

—Es allí —dijo Gabriel señalando con el dedo.

A lo lejos, muy a lo lejos, brillaba una luz minúscula, aislada en medio de la nada líquida.

—La cabaña de Manolo.

Condujeron diez minutos más, levantando una nube de polvo ocre.

Entonces Gabriel frenó en seco. Apagó los faros.

—Seguimos a pie. El ruido viaja demasiado sobre el agua.

Bajaron del coche.

El silencio de la Camarga no es un silencio real. Es un zumbido. Millones de mosquitos, grillos y ranas crean un manto sonoro continuo, obsesivo.

Caminaron por el dique, Gabriel delante, con su arma reglamentaria en la mano.

Se acercaron a la cabaña. Era una construcción baja, encalada, con un tejado de paja con la forma típica de lomo de caballo. Delante había aparcada una vieja camioneta.

Todo parecía tranquilo. Demasiado tranquilo.

La luz que habían visto procedía de una pequeña ventana cuadrada.

Gabriel le hizo una seña a Élise para que se quedara atrás. Él avanzó agachado, pegado al muro.

Llegó a la puerta. Estaba abierta.

Entró con el arma en alto.

—¡No hay nadie! —gritó un segundo después.

Élise corrió a su encuentro.

El interior de la cabaña era modesto pero limpio. Una mesa de madera, sillas de enea, una estufa de leña. Sobre la mesa, un plato con restos de comida. Una silla volcada.

Y en el suelo...

Sangre.

Un rastro rojo oscuro que nacía en la mesa y se dirigía hacia la puerta trasera.

—¡Manolo! —bramó Gabriel.

Se precipitó hacia la trastienda.

Élise lo siguió con el corazón en la boca.

La puerta trasera daba a un pequeño cobertizo donde se secaban redes de pesca.

Manolo estaba allí.

Era un coloso gitano, de pelo gris y largo. Estaba sentado en el suelo, apoyado contra una pila de nasas. Se sujetaba el vientre con las dos manos. La sangre corría entre sus dedos, espesa y negra.

Aún respiraba, pero era un jadeo sibilante, cargado de líquido.

Gabriel se arrodilló a su lado.

—¿Quién te ha hecho esto?

El gitano abrió un ojo. Pareció reconocer al poli. Intentó sonreír, pero solo le salió una mueca de dolor.

—El Jabalí... —gruñó—. Vino... con dos hombres...

—¿El niño? ¿Dónde está Léo?

Manolo cerró los ojos. Una lágrima de sangre resbaló por el rabillo del párpado.

—Se lo llevaron. El pequeño... dormía... gritó... Lo intenté... cogí la escopeta... pero fueron demasiado rápidos...

—¿Hacia dónde se fueron?

—Por el dique... hacia el mar... Tienen una lancha... al final del canal...

Gabriel se levantó con el rostro duro como la piedra.

—¿Cuándo?

—Hace diez minutos... tal vez quince...

Diez minutos. Estaban muy cerca.

—Voy a alcanzarlos —dijo Gabriel.

Se volvió hacia Élise.

—Quédate aquí. Intenta... intenta ayudarlo.

Pero Élise miraba a Manolo. El hombre se moría. Ya no había nada que hacer. El charco que tenía debajo era demasiado grande.

—Marchaos... —susurró el gitano—. Salvad al pequeño... Es un buen crío... Siempre está dibujando...

Su cabeza cayó sobre el pecho. Un último suspiro, largo y ronco, escapó de sus labios. Y el silencio de las marismas recuperó su dominio.

Élise miró a Gabriel.

—Vámonos —dijo ella.

Corrieron hacia el coche. Gabriel dio media vuelta con un derrape controlado, a punto de volcar en el estanque. Arrancó a toda pastilla, recorriendo el dique en sentido inverso y desviándose luego hacia un camino de tierra que bordeaba el canal principal.

—¿A dónde van? —gritó Élise para hacerse oír sobre el motor.

—Al Grau de la Dent. Es una desembocadura salvaje. Si el Jabalí tiene una lancha allí, puede escapar hacia Marsella por mar. Para ellos es más seguro que la carretera.

El Clio saltaba sobre los baches. Gabriel conducía como un poseso, exprimiendo cada caballo del pequeño motor diésel.

A lo lejos, bajo los faros, vieron polvo en suspensión.

—¡Están delante!

Gabriel pisó el acelerador a fondo.

Llegaron al final de la pista. El mar estaba allí, una inmensa placa negra bajo la luna. Un muelle de madera se adentraba en el agua.

Al final del muelle, una gran lancha semirrígida negra, tipo Zodiac militar, con los motores al ralentí.

Tres hombres estaban en el muelle. El Jabalí, reconocible por su corpulencia y su impermeable. Y otros dos.

Uno de ellos llevaba algo en brazos. Un bulto envuelto en una manta.

Un niño.

Se disponían a embarcar.

Gabriel detuvo el coche a cincuenta metros, apagó las luces y saltó fuera incluso antes de que el vehículo se detuviera por completo.

—¡Quédate ahí! —le ordenó a Élise.

Corrió hacia el muelle, protegiéndose tras unos barriles oxidados.

Élise no se quedó. Salió y se deslizó entre las sombras de los tarajes.

—¡Policía! ¡Soltad al niño! —aulló Gabriel.

Su voz se la llevó el viento marino.

El Jabalí se dio la vuelta lentamente. No pareció sorprendido. Hizo una seña con la mano a sus hombres.

Los dos compinches saltaron a la lancha con el niño. El Jabalí se quedó en el muelle, sacando un subfusil de debajo de su abrigo.

Disparó una ráfaga.

Las balas silbaron alrededor de Gabriel, levantando géiseres de arena y perforando los barriles. Gabriel respondió con dos disparos secos, precisos.

El Jabalí no se movió. Parecía invencible, una montaña de carne insensible a las balas. Disparaba para cubrir la huida de la lancha.

Los motores de la Zodiac rugieron. La embarcación se alejó del muelle, virando hacia alta mar en una estela de espuma blanca.

—¡No! —gritó Élise.

Salió de su escondite y corrió hacia el muelle, ignorando el peligro.

El Jabalí la vio. Giró su arma hacia ella.

Gabriel salió de su protección. Estaba al descubierto.

—¡Eh! ¡Mírame a mí, cerdo asqueroso!

El Jabalí vaciló una fracción de segundo. Volvió a apuntar a Gabriel.

Fue el momento justo.

Gabriel disparó. Una vez. Dos veces.

La primera bala alcanzó al Jabalí en el hombro. Retrocedió un paso, pero no cayó.

La segunda bala le golpeó de lleno en el pecho.

El gigante se tambaleó. Soltó el arma. Miró a Gabriel con una especie de asombro estúpido. Luego dobló las rodillas y se desplomó sobre los tablones del muelle, pesadamente.

La lancha ya estaba lejos. Solo se veía su estela blanca en la noche.

Gabriel corrió hacia el Jabalí. Pateó el arma que había en el suelo para alejarla.

El hombre aún respiraba; burbujas de sangre estallaban en sus labios.

—¿A dónde se lo llevan? —bramó Gabriel sacudiéndolo por la solapa—. ¿A dónde llevan al crío?

El Jabalí sonrió, una sonrisa roja y espantosa.

—Con... Papá...

Entonces murió, con los ojos fijos en el cielo estrellado de la Camarga.

Gabriel se levantó con las manos llenas de sangre. Miró al mar vacío.

—Se lo llevan con Galtier —dijo con voz blanca.

Élise llegó a su lado. Miró el cadáver del monstruo que había matado a su hermano y torturado a Soraya. No tenía nada de aterrador ahora. Era solo un montón de carne fría.

—¿Con Galtier?

—A su villa de la Corniche. Es donde se siente seguro. Es su fortaleza.

—No podemos alcanzarlos en coche. La lancha irá más rápido.

Gabriel miró a su alrededor. Había otra embarcación amarrada un poco más lejos, una vieja barca de pescador con un motor fueraborda.

—¿Cogemos eso? —preguntó Élise.

—Demasiado lenta. Y nunca tendremos bastante gasolina. No. Volvemos al coche. Iremos a toda pastilla. Galtier no matará al niño de inmediato. Necesita negociar. Me llamará. O te llamará a ti.

Corrieron hacia el Clio.

Mientras subían, el teléfono de Élise sonó.

Un número oculto.

Ella descolgó y puso el manos libres.

—¿Diga?

—Buenas noches, Élise.

La voz era suave, paternal, cultivada. La voz de Pierre-André Galtier.

—Veo que es usted tenaz. Y que Gabriel ha... digamos, dimitido de sus funciones.

—¿Dónde está el niño?

—Léo está bien. Está conmigo. Está dibujando. Es un niño encantador. Tiene el talento de su padre.

—Si le toca un pelo, lo mato.

Galtier soltó una risita seca.

—Vamos, vamos. No hagamos amenazas inútiles. Soy un hombre de compromisos. Le propongo un trato.

—¿Qué trato?

—Usted tiene algo que me pertenece. ¿Una memoria USB, creo?

No sabía que Hélène se la había llevado.

—Y Gabriel seguramente ha guardado algunos... recuerdos de su paso por mi despacho. Tráiganme todo eso. Yo les devuelvo al niño. Y les dejo marchar.

—¿A dónde?

—A la Bastide. Su casa. Es poético, ¿no? Acabar donde empezó todo. Sé que se ha quemado, pero los muros siguen en pie. Reúnanse conmigo allí en dos horas. Sola. Si veo a un solo poli, el niño muere.

—¿Y Gabriel?

—Gabriel... Gabriel es una decepción. Que venga también. Tendremos una explicación de familia.

Colgó.

Élise miró a Gabriel.

—Quiere que vayamos a la Bastide.

—Es una trampa —dijo Gabriel arrancando—. Nos va a matar a los tres y lo hará pasar por un ajuste de cuentas familiar. «La hermana loca mata al amante y al niño antes de suicidarse». Es el guion perfecto.

—No tenemos elección. Tiene a Léo.

Gabriel metió la marcha atrás y trompeó el coche entre el polvo.

—No, no tenemos elección. Pero no vamos a ir como corderos. Vamos a ir como lobos.

—Ya no tenemos armas. Has vaciado el cargador.

Gabriel sonrió, una sonrisa de depredador que ya no tiene nada que perder.

—Conozco la Bastide, Élise. Pasé mi infancia allí con Julien. Conozco sus secretos, sus escondrijos, sus pasadizos. Y Galtier... Galtier es un hombre de ciudad. No sabe lo que es la tierra quemada.

Aceleró. El Clio saltó sobre la pista, dejando atrás las marismas y la muerte, para regresar hacia las colinas de Marsella.

—Tenemos dos horas —dijo Gabriel—. Es suficiente para preparar el infierno.

Élise puso su mano sobre la de Gabriel, encima de la palanca de cambios. Un pacto silencioso. Iban a morir, o iban a ganar. Pero lo harían juntos.

En su bolsillo, Élise sintió el contacto del papel que había cogido del cuerpo de Soraya. DETENTE O MUERE.

Arrugó el papel.

Ella elegía la muerte. Pero no la suya. La de los demás.

—¿Gabriel?

—¿Sí?

—El niño ha dibujado algo.

—¿Qué?

—Galtier ha dicho: «Está dibujando. Tiene el talento de su padre».

Élise cerró los ojos. Volvió a ver el dibujo que el sacerdote le había entregado. La cabaña. Manolo.

Si Léo dibujaba lo que veía... entonces era el testigo más peligroso del mundo.

—Vamos a sacarlo de allí —dijo Gabriel—. Te lo prometo.

El coche devoró la noche, volando hacia el este, hacia el incendio final.

CAPÍTULO 15.

El regreso a Marsella no fue una huida, sino una marcha fúnebre a ciento treinta kilómetros por hora.

Gabriel conducía el Clio robado con precisión mecánica, los ojos clavados en la autopista A55, que se desplegaba bajo los faros amarillos como una cinta de asfalto muerto. No hablaba. La mancha de sangre de su camisa blanca se había secado, formando una costra parduzca y rígida que crujía con cada movimiento de su torso. Ya no era el poli, ni el amante, ni el bastardo. Era un arma que había decidido cambiar de mano.

A su lado, Élise veía desfilar el paisaje. La noche empezaba a deshilacharse por el este. Un alba sucia, gris y lechosa, intentaba perforar la capa de contaminación industrial sobre el estanque de Berre. Las refinerías escupían sus llamas eternas, antorchas gigantes clavadas en el vientre blando de la Provenza, quemando los residuos de la tierra para que los hombres pudieran seguir corriendo.

Sentía el peso del papel arrugado en su bolsillo. El ticket de la consigna. La Última Mentira.

—Necesitamos el original —dijo ella de pronto, con su voz ronca quebrando el silencio del motor.

Gabriel no volvió la cabeza.

—Galtier tiene al crío. Vamos directos a la Bastide.

—No. Si vamos con las manos vacías, nos mata a los tres y lo maquilla como un accidente doméstico. Necesita una razón para dejarnos hablar. Necesita creer que aún puede ganar.

Gabriel apretó las manos sobre el volante.

—La estación está vigilada. Si ha lanzado una orden de búsqueda, habrá patrullas ferroviarias por todas partes.

—Estamos en Marsella, Gabriel. A las seis de la mañana, la estación pertenece a los operarios de limpieza y a los fantasmas. No a los maderos.

Él vaciló, pero dio un volantazo brusco y tomó la salida hacia el centro.

—Tenemos veinte minutos. Ni uno más.

La estación de Saint-Charles despertaba en un sopor húmedo. La gran escalinata monumental, esa que cae hacia el boulevard d'Athènes, estaba desierta, sembrada de latas vacías y periódicos que volaban al viento. El viento se había callado, sustituido por una brisa cálida, anormal para la estación; un soplo llegado del sur, del mar, que acarreaba arena y pesadez. El cielo, sobre la cristalera, no era azul. Era amarillo. Un amarillo bilioso, enfermizo, heraldo de esos días en los que el calor vuelve rabiosos a los perros.

Dejaron el coche en doble fila en la rue Honnorat.

Gabriel se subió el cuello de la chaqueta para ocultar su camisa manchada. Caminaba delante, escaneando los ángulos muertos, con la mano puesta en la culata de su arma oculta en la espalda. Élise lo seguía, cojeando ostensiblemente, con las costillas gritando a cada paso.

Entraron por el vestíbulo lateral. El olor a café caliente y bollería industrial luchaba contra el de la orina y el hierro.

La pared de las consignas automáticas estaba allí, una alineación de taquillas gris metalizado, frías como una morgue.

Élise sacó el ticket. Le temblaban los dedos. El papel estaba manchado con su propia sangre y el lodo de la Camarga. Alisó el código de barras.

Se acercó al terminal.

Resonó un clic mecánico. La puerta de la taquilla 402 se entreabrió.

Gabriel se colocó como una pantalla detrás de ella, vigilando el vestíbulo.

—Rápido.

Élise hundió la mano en el cubo de metal.

No había ninguna bolsa. Solo un sobre kraft, grueso, sellado con cinta adhesiva marrón. Y un objeto pequeño, duro y rectangular.

Lo sacó todo.

El objeto era un dictáfono de microcasete. Un viejo modelo Olympus, abollado, el que Julien usaba para grabar los sonidos de la ciudad cuando pintaba.

Y el sobre... En el frente, Julien había escrito una sola palabra con rotulador negro: MAMÁ.

Élise sintió que un vértigo la asaltaba. No era para ella. Era para Hélène.

—¿Qué es? —preguntó Gabriel.

—El seguro de vida de Julien. El original de la cinta del noventa y nueve. Y una letra para mi madre.

—¿Por qué para ella?

—Porque pensaba que aún tenía corazón. Pensaba que podría hacerla cambiar de opinión antes de ir a ver a Galtier. Debió de dejar esto aquí antes de subir al coche del Jabalí. Por si acaso.

Se deslizó el dictáfono y el sobre en el bolsillo.

—Tenemos lo que hace falta.

Volvieron hacia la salida. En el momento en que cruzaban las puertas automáticas, dos agentes de la policía de fronteras entraron con un café en la mano.

Gabriel bajó la cabeza, agarrando a Élise por el hombro para ocultarla. Los policías pasaron sin mirar, discutiendo sobre el partido del OM.

Eran invisibles. Ya no pertenecían al mundo de los vivos.

El regreso a la Bastide se produjo en una atmósfera de apocalipsis bíblico.

Cuanto más subían hacia el macizo de l'Étoile, más extraño se volvía el cielo. Ya no era el amarillo de la mañana, sino un tinte ocre, cobrizo. El sol, enmascarado por nubarrones de gran altitud, no era más que un disco mortecino que apenas lograba iluminar la tierra.

—¿Qué tiempo es este? —preguntó Élise.

—El siroco —gruñó Gabriel—. Sube del Sáhara. Viene cargado de arena. Es el peor viento para el fuego. Lo reseca todo, calienta el aire como un secador de pelo.

El olor llegó antes que la vista.

El olor de la ceniza fría. El olor de la madera húmeda que ha ardido. El olor de la desolación.

Aparcaron el coche al pie del camino, oculto en un bosquecillo de coscojas. Galtier no debía ver el vehículo. Debía creer que habían venido a pie, o que ya estaban allí, ocultos entre las ruinas.

Subieron por el sendero.

La Bastide apareció ante ellos.

Élise se detuvo, con el aliento cortado.

Ya no era una casa. Era un esqueleto.

El tejado se había derrumbado. Las tejas rojas yacían en el suelo, rotas. Los muros seguían en pie, ennegrecidos por las llamas, alzándose hacia el cielo como dientes cariados. Las persianas no eran más que goznes retorcidos por el calor. Los grandes plátanos de

la terraza se habían agostado, con sus hojas colgando como jirones de piel muerta.

Era una visión de guerra. La colina había vomitado la casa, y luego la había digerido con fuego para devolverla a la tierra.

Pero en medio del desastre, la terraza de losas de piedra había sobrevivido. Estaba cubierta de hollín y escombros, pero allí seguía, como un vasto escenario teatral dominando el valle.

—Aquí es donde se va a decidir todo —dijo Gabriel.

Sacó su teléfono.

—Llámalo. Dile que estamos listos.

Élise marcó el número.

Galtier descolgó al primer tono.

—Son ustedes puntuales.

—Estamos en la Bastide. Tenemos la llave. Tenemos el original de la cinta. Y tenemos la carta de Julien.

Un silencio al otro lado de la línea.

—¿Qué carta?

—La que lo explica todo. La que prueba que usted lo sabía. Que usted ordenó el asesinato.

—Yo no he ordenado nada. Fue un accidente lamentable.

—Venga a decirlo a la cara. Traiga a Léo. Y traiga a Hélène.

—¿A Hélène? ¿Para qué?

—Porque la carta es para ella. Es un asunto de familia, Pierre-André.

—Muy bien. Estaré allí en una hora. No intenten nada raro.

Colgó.

Gabriel miró a Élise.

—Has hecho bien. Hélène tiene que estar aquí. Si ve al niño... quizá se rompa.

—Mi madre no se rompe nunca, Gabriel. Se vitrifica.

Empezaron a preparar la escena. Era algo grotesco y magnífico.

Despejaron la terraza. Gabriel apartó las vigas calcinadas que estorbaban el paso. Encontraron la mesa de jardín de hierro forjado, milagrosamente intacta aunque ennegrecida, y tres sillas.

Élise las dispuso en el centro de la terraza, frente a la vista grandiosa de Marsella y el mar a lo lejos.

—Como para una cena —murmuró ella.

Entró en las ruinas del salón. El suelo estaba sembrado de carbón vegetal. El olor era insoportable. Buscó algo preciso.

Encontró el cuerpo del Griego.

Estaba donde ella lo había dejado, medio sepultado bajo los escombros del techo. El fuego lo había respetado en parte, protegido por una viga que cayó cruzada. Su rostro estaba negro de hollín, pero sus ojos azules seguían fijos en la eternidad.

Élise se arrodilló junto a él. Le cerró los párpados.

—Voy a vengarte, viejo. Les voy a hacer pagar cada gota de tu sangre.

Recuperó la escopeta del Griego. La madera de la culata estaba quemada, pero el metal parecía funcionar. La abrió. Quedaba un cartucho.

Volvió a la terraza. Escondió la escopeta bajo un montón de tejas, al alcance de la mano desde la mesa.

—Gabriel —dijo ella.

Él estaba fijando algo en el tronco del plátano más cercano.

—¿Qué?

—¿Qué haces?

—Instalando ojos.

Sacó del bolsillo tres pequeños módulos negros. Cámaras espía minúsculas, material de la brigada de estupefacientes que había guardado en su «kit de supervivencia».

—Galtier controla la policía, la justicia y la prensa local. Si lo matamos, pasaremos por asesinos. Si morimos, pasaremos por locos. Es necesario que lo que pase aquí salga de ese círculo.

Fijó las cámaras. Una apuntando a la mesa. Otra a la llegada del camino. Una en plano general.

—Estoy conectando todo esto a un servidor en la nube seguro. En directo. En cuanto lleguen, lanzo el streaming. Envío el enlace a una lista de contactos. Le Canard, Mediapart, la AFP. Aunque nos abatan, el mundo verá el rostro del monstruo.

Élise asintió. Era moderno, frío, eficaz. Era la respuesta de Gabriel a la barbarie: la transparencia radical.

—¿Y Léo? —preguntó ella—. Si hay disparos...

—Yo me ocupo de Léo. Tú te ocupas de Hélène. Tienes que hacerla hablar. Tienes que hacer que confiese que fue ella quien lo desencadenó todo en el noventa y nueve. Si Hélène cae, Galtier cae. Ella es su aval moral, su coartada.

El cielo se volvió más oscuro. El amarillo tornó a un naranja quemado. El aire estaba inmóvil, saturado de electricidad estática. A Élise se le erizó el vello de los brazos.

—Esto va a estallar —diso Gabriel mirando al horizonte—. No será una tormenta de agua. Será una tormenta de fuego. El bosque está seco como la yesca. Con este viento que se levanta...

Una ráfaga cálida, ardiente, barrió la terraza, levantando remolinos de ceniza gris que se pegaron a su piel sudorosa.

—Ya vienen —dijo Gabriel.

A lo lejos, en el valle, una nube de polvo subía por el camino de tierra. Dos vehículos.

Gabriel revisó su arma por última vez. Tenía tres balas.

—Élise.

Ella se volvió hacia él. Él tenía esa mirada extraña, mezcla de fatalismo y amor absoluto, que había tenido en la sala de interrogatorios.

—Si la cosa sale mal... no pienses en mí. Coge al crío y corre hacia las crestas. El sendero de las cabras baja hacia el pueblo. No mires atrás.

—Nos iremos juntos o nos quedaremos juntos, Gabriel.

Él se acercó a ella. Tomó su rostro entre sus manos sucias. Sus pulgares acariciaron sus mejillas, dejando rastros negros como pinturas de guerra.

—Eres lo más valiente que he visto en mi vida. Lo siento, Élise. Siento todo. Las mentiras, la cobardía, el tiempo perdido.

La besó. Un beso breve, duro, con sabor a ceniza y sal. Como un beso de despedida.

Luego retrocedió, recuperando su lugar en la sombra de un lienzo de pared derrumbado.

Élise se sentó a la mesa de hierro. Puso el sobre kraft frente a ella. Apoyó las palmas sobre el metal caliente.

Esperó.

Los coches llegaron a lo alto de la cuesta.

El primero era la berlina negra, la del Jabalí. La conducía un matón al que Élise no conocía. El segundo era un SUV de lujo, gris metalizado, con los cristales tintados. El coche oficial.

Se detuvieron en un chirrido de grava.

Las puertas dieron portazos.

Pierre-André Galtier bajó del SUV. Estaba impecable, como si fuera a una inauguración. Traje azul noche, camisa blanca sin corbata, gafas de sol de marca. Tenía esa soltura de los poderosos que creen que el decorado se adapta a ellos. Miró las ruinas de la Bastide con una mueca de asco educado, como si visitara una obra mal gestionada.

Luego bajó Hélène.

Iba de negro. Siempre de negro. Un vestido sencillo, de corte perfecto, y unos tacones que no estaban hechos para caminar entre escombros. No miró la casa quemada. Miró a Élise. Directamente a los ojos. Su rostro era una máscara de mármol.

Y finalmente, de la berlina negra, el matón sacó a un niño.

Léo.

Era muy pequeño. Cuatro años. Tenía el pelo castaño alborotado, como Julien. Llevaba un pijama de Spiderman que le quedaba grande y apretaba contra su pecho un cuaderno de espiral. No lloraba. Tenía los ojos como platos, aterrorizados, fijos en esos adultos que representaban una obra que él no comprendía.

El matón sujetaba a Léo por el brazo, con firmeza pero sin excesiva brutalidad. Tenía la otra mano puesta en la culata de su pistola, bien visible en el cinturón.

El grupo avanzó hacia la terraza.

El viento cálido levantó el cabello de Hélène, pero ella no hizo ademán de recolocárselo.

Galtier se detuvo a cinco metros de la mesa. Sonrió. Una sonrisa de gran tiburón blanco.

—Menuda puesta en escena, Élise. El ocaso de los dioses, ¿no es así?

—Siéntese —dijo Élise.

—Prefiero quedarme de pie. Esto está sucio.

—¡He dicho que se siente! —aulló ella, golpeando la mesa con el puño.

El grito resonó entre las ruinas. Léo dio un respingo.

Galtier arqueó las cejas, divertido por tanta vehemencia. Acercó una silla, le quitó el polvo con la punta de los dedos usando un pañuelo de seda y se sentó.

Hélène se quedó de pie, algo apartada, cerca del tronco del plátano calcinado.

—¿Dónde está Gabriel? —preguntó Galtier mirando a su alrededor —. ¿Está tímido?

—Está aquí —dijo Élise—. Lo está mirando. Todo el mundo lo está mirando, Pierre-André.

Hizo un leve gesto hacia las cámaras invisibles. Galtier no lo entendió. Creyó que era una metáfora.

—Bien. Vayamos al grano. ¿Tiene el original?

Élise puso la mano sobre el sobre.

—Primero el niño. Deje que venga conmigo.

Galtier hizo una seña con la cabeza al matón. Este soltó el brazo de Léo y lo empujó suavemente hacia Élise.

El niño corrió y fue a refugiarse contra las piernas de Élise, bajo la mesa. Temblaba como una hoja.

—Bien —dijo Galtier—. Ahora, déme eso.

—Todavía no. Esta carta... no es para usted. Es para ella.

Élise tendió el sobre hacia Hélène.

—Es de Julien. Es lo último que escribió antes de que este hombre mandara torturarlo.

Hélène no se movió.

—No necesito leer los lamentos de un muerto —dijo fríamente.

—No son lamentos. Es la verdad. Sobre usted. Sobre nosotros. Sobre por qué hizo todo esto.

—Yo sé por qué hice todo esto, Élise. Para que pudieras sentarte a esta mesa sin pasar hambre. Para que esta casa siguiera en pie antes de que tú la quemaras.

—¡Léala!

Hélène avanzó despacio. Tomó el sobre. Lo abrió con precisión quirúrgica, sin rasgar el papel.

Extrajo la carta. Una hoja de papel de dibujo, cubierta por la caligrafía amplia y torturada de Julien.

Empezó a leer.

El silencio volvió a caer sobre la terraza. Solo el viento silbaba en los huecos de los muros.

Galtier se impacientaba. Tamborileaba con el dedo sobre la mesa.

—Es conmovedor, este reencuentro epistolar, pero tengo la agenda apretada. ¡Gabriel! ¡Sal de tu agujero! ¡Sé que estás ahí!

Nadie respondió.

Hélène seguía leyendo. Y por primera vez en su vida, Élise vio cómo algo se quebraba en el rostro de su madre.

El labio inferior de Hélène tembló. Una microvibración. Luego, sus ojos se llenaron de lágrimas. Lágrimas de rabia, o de dolor, imposible saberlo.

Terminó la carta. La dejó caer sobre la mesa, como si el papel le quemara.

Levantó la vista hacia Galtier.

—Me mentiste —dijo ella.

Galtier frunció el ceño.

—¿Perdón?

—Me dijiste que no había sufrido. ¡Me lo juraste, Pierre-André! Me dijiste: «Será rápido, como un sueño».

Galtier suspiró, irritado.

—Hélène, por favor. No es momento de sentimentalismos.

—Él escribe... escribe que tuvo miedo. ¡Escribe que sintió la tierra entrar en su boca! ¡Escribe que gritó «Mamá» cuando tu gorila le puso la bolsa en la cabeza!

La voz de Hélène subió de tono, un lamento histérico que desgarraba su máscara de hielo.

—¡Era necesario! —ladró Galtier—. ¡Iba a destruirlo todo! ¡Iba a arruinar veinte años de trabajo!

—¡Era mi hijo! ¡Bastardo o no, era mi hijo!

—¡Fue un error! ¡Un error que yo corregí! ¡Como he corregido todos tus errores desde el principio! ¿Quién pagó las deudas de Henri? ¿Quién tapó los escándalos? ¡Fui yo!

Galtier se levantó, volcando su silla.

—Ya estoy harto de esta comedia. ¡Gabriel! Si no sales en tres segundos, los mato a todos. Al niño incluido.

Hizo una seña a su matón. Este levantó su arma hacia Élise y Léo.

Fue en ese momento cuando Gabriel salió de la sombra.

Apareció tras el muro derrumbado del salón, con su arma apuntando al matón.

—Baja eso —ladró Gabriel.

El matón pivotó hacia él.

Todo ocurrió muy rápido.

El matón disparó. La bala hizo estallar un trozo de piedra junto a la cabeza de Gabriel.

Gabriel respondió. Dos tiros. El matón se desplomó, alcanzado en el pecho.

Galtier, en un reflejo de supervivencia asombroso para un hombre de despacho, se lanzó tras la mesa volcada.

—¡Mátalos! ¡Mátalos a todos! —aulló dirigiéndose a su chófer muerto.

Pero ya no quedaba nadie para obedecer.

Gabriel avanzó, con el arma humeante. Apuntó a Galtier, que intentaba sacar una pequeña pistola de su chaqueta.

—No toques eso, Papá —dijo Gabriel.

La palabra restalló como un latigazo.

Galtier se quedó gélido. Miró a Gabriel, su «hijo», su perro, su obra.

—¿Te atreves? ¿Te atreves a levantarme la mano? ¿Después de todo lo que he hecho por ti?

—No has hecho nada por mí. Me hiciste para ti. Me fabricaste como se fabrica un chaleco antibalas. Para recibir los golpes en tu lugar.

Gabriel se acercó más. Estaba al descubierto.

—Te he querido, Gabriel —dijo Galtier, cambiando de táctica, con voz meliflua—. Te he querido como nunca pude querer a mis hijos oficiales. Tienes mi fuerza. Tienes mi sangre.

—Tengo tu sangre en las manos, sí. La sangre de Julien.

—Podemos arreglarlo. Gabriel, escúchame. Tengo cuentas en Suiza. Tengo medios para hacerte desaparecer en Brasil, a ti y a la chica. Seréis reyes.

—Se acabaron los arreglos.

De pronto, un olor acre invadió la terraza. Un humo espeso, amarillo y negro, bajó por la colina tras la casa.

Élise volvió la cabeza.

El fuego.

Un muro de llamas de diez metros de altura llegaba por el norte, empujado por el sirocco. El bosque ardía. La «Ira de Dios» no era solo metafórica. La naturaleza, enloquecida por el calor y el viento, venía a ajustar las cuentas.

—¡El fuego! —gritó Élise—. ¡Hay que irse!

Gabriel no quitaba los ojos de Galtier.

—¡Gabriel! ¡Olvídate de él! ¡Hay que salvar a Léo!

El fuego rugía ahora, con un ruido de tren de alta velocidad abalanzándose sobre ellos. Las cenizas llovían como nieve negra y ardiente.

Galtier aprovechó la distracción. Se lanzó hacia la escopeta del Griego, escondida bajo las tejas, que ya había localizado.

La amartilló y disparó.

El tiro salió a ciegas, entre el humo.

Gabriel fue alcanzado. Retrocedió, se llevó la mano al costado y cayó de rodillas.

—¡Gabriel! —aulló Élise.

Galtier se levantó, escopeta en mano, con una sonrisa demente en el rostro.

—¡Nadie me juzga! ¡Yo soy Marsella! ¡Yo soy la ley!

Apuntó la escopeta hacia Élise y el niño.

Pero se había olvidado de Hélène.

Hélène, que se había quedado paralizada con la carta de Julien en la mano. Hélène, que miraba cómo llegaba el muro de fuego.

Hélène recogió una piedra. Un pesado sillar, ennegrecido por el incendio de la víspera.

Se acercó a Galtier por la espalda.

Y con una fuerza que nadie sospecharía en sus brazos de anciana, descargó la piedra sobre el cráneo del hombre al que había chantajeado durante veinte años.

Galtier se desplomó como una marioneta a la que le han cortado los hilos.

Hélène soltó la piedra. Se miró las manos, cubiertas de polvo y sangre.

—Se acabó —dijo ella.

El fuego alcanzó el borde de la terraza. El calor se volvió insoportable.

Gabriel se arrastró hacia ellos. Perdía mucha sangre.

—Hay... hay que irse... —susurró.

Élise tomó a Léo en sus brazos. Ayudó a Gabriel a levantarse.

—¡Mamá! ¡Ven!

Hélène miró al fuego. Miró la casa en ruinas que iba a ser engullida por segunda vez.

—Marcharos —dijo—. Yo me quedo.

—¡No! ¡Vas a morir!

—Ya estoy muerta, Élise. Morí el día que firmé aquel pacto en el barco.

Recogió la carta de Julien de la mesa. La apretó contra su corazón.

—Vete. Salva al niño. Es lo único que importa.

El muro de llamas se abatió sobre la casa.

Élise, sosteniendo a Gabriel y cargando a Léo, se lanzó hacia el sendero que bajaba hacia el mar, dejando atrás a su madre, de pie frente al infierno, erguida como una estatua de sal que aguarda su castigo.

CAPÍTULO 16.

El fuego ya no era una amenaza; era un paisaje.

Había abolido la geografía familiar de la colina. Ya no había senderos, ni puntos de referencia, ni norte ni sur. Solo existía el rojo. Un rojo aullante, cambiante, que devoraba el oxígeno y escupía un calor tan denso que se volvía líquido. Ya no se respiraba aire; se tragaba cristal molido.

Élise corría.

Ya no sentía sus costillas fisuradas ni su hombro luxado. El dolor se había convertido en una información lejana, obsoleta, anegada bajo la adrenalina de la supervivencia. Estrechaba a Léo contra su pecho, con la mano apretada sobre la cabeza del niño para protegerlo de las pavesas que caían como una nieve infernal. Léo no gritaba. Estaba en ese estado de estupefacción absoluta de los animales pequeños a los que sacan del nido demasiado pronto.

Ante ella, un coche, una pequeña berlina alemana, estaba empotrado contra un pino en llamas, cincuenta metros más abajo en el camino. El hombre había entrado en pánico. Había errado en la curva. El armazón humeaba, retorcido por el calor. Ya no había salida por la carretera.

—¡Por allí! —bramó Gabriel.

La tiró del brazo sano, arrastrándola fuera del camino, hacia los bancales que caían en picado hacia el valle oscuro.

Gabriel no corría: arrastraba la pierna derecha. Su camisa blanca no era más que un harapo de sangre y hollín. Se le escapaba la vida a cada paso, sembrando gotas rojas sobre la tierra negra que chisporroteaba.

Se precipitaron por una pendiente abrupta, resbalando sobre piedras sueltas, aferrándose a las raíces de las coscojas que aún no

habían prendido.

El estrépito era ensordecedor. No era el crepitar acogedor de una chimenea. Era el rugido del reactor de un avión, un retumbar de bajos continuo puntuado por las detonaciones secas de los troncos que explotaban bajo la presión de la savia en ebullición.

Alcanzaron una cañada estrecha, un tajo en la caliza que parecía a salvo del frente principal de las llamas. Era el antiguo lecho de un arroyo, seco desde hacía un siglo, sombreado por durillos.

Gabriel se desplomó.

No se cayó; simplemente sus piernas dejaron de sostenerlo. Se deslizó contra la pared rocosa y se sentó en el polvo, con la mano presionando su costado. La sangre manaba entre sus dedos, negra bajo la penumbra anaranjada.

—¡Gabriel!

Élise dejó a Léo en el suelo. El niño se acurrucó instantáneamente contra la roca, chupándose el dedo, con los ojos como platos fijos en el cielo en llamas.

Ella se lanzó sobre Gabriel.

—¡Levántate! ¡No podemos quedarnos aquí! ¡El fuego va a rodear la cresta!

—No... no puedo más —susurró Gabriel—. La bala ha tocado algo... por dentro. Tengo frío, Élise. Es curioso: hace mil grados y tengo frío.

Soltó una risita que se transformó en un ataque de tos sanguinolenta.

—Déjame. Llévate al crío. Ve por el Vallon de... de las Aygalades. Va hacia abajo.

—Ni hablar. Te cargaré si hace falta.

Gabriel la agarró por la muñeca. Su presa era débil, pero sus ojos verdes ardían con una lucidez aterradora.

—Escúchame. Ya no hay tiempo para mentiras. Tienes que saberlo. Tienes que entender por qué.

—¿Por qué qué? ¿Por qué obedeciste? ¿Por qué mi madre se quedó ahí arriba para morir?

—Por qué nos separó —dijo Gabriel.

El tiempo pareció congelarse. El rugido del incendio se convirtió en un ruido de fondo, un decorado lejano. Solo quedaban ellos dos, al fondo de aquella grieta, iluminados por el resplandor apocalíptico.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Élise.

—¿Te acuerdas? Hace doce años. Cuando nos amábamos. Cuando queríamos irnos juntos a París. Hélène se enteró. Se volvió loca. Te echó de casa. Me amenazó con destruir mi carrera antes incluso de que empezara.

—Porque eras pobre. Porque eras el hijo de la limpiadora.

Gabriel sacudió la cabeza lentamente.

—No. A Hélène le importaba un bledo el dinero. Le importaban un bledo las convenciones. Se acostó con un pintor de paso para tener a Julien; le daba igual la moral. Si nos separó... fue porque lo sabía.

—¿Saber el qué?

Gabriel cerró los ojos, reuniendo sus últimas fuerzas.

—Henri de Charpentier era estéril, Élise. No solo con Hélène. Con todo el mundo. Era un hecho médico. Nunca pudo tener hijos.

—Lo sé, me lo dijiste por Julien.

—No. No lo has entendido. Henri nunca tuvo hijos.

Élise retrocedió, tropezando contra la roca. La comprensión ascendía por su interior, lenta, fría, horrible.

—Julien era el hijo del pintor —continuó Gabriel con una voz que ya no era más que un susurro—. Pero tú... tú, Élise... naciste dos años después de Julien. Henri seguía siendo estéril. Hélène quería un heredero legítimo para salvar las apariencias, para salvar la finca. Fue a ver al único hombre que podía ayudarla. El único hombre al que ella tenía cogido, y que la tenía cogida a ella.

—Galtier —susurró Élise.

—Pierre-André Galtier.

El nombre restalló como un insulto.

—Él era el amante de mi madre, María. Él me engendró. Y dos años más tarde... repitió con Hélène. Para engendrarte a ti.

Gabriel volvió a abrir los ojos. La miró con una ternura infinita, una ternura teñida de un horror sagrado.

—Galtier es tu padre, Élise.

El mundo de Élise voló en mil pedazos.

No era solo una traición. Era una reconfiguración total de su universo.

Galtier, el monstruo al que acababa de ver morir, el hombre que había ordenado la muerte de Julien, era su padre biológico.

Y Gabriel...

Gabriel, el hombre al que había amado, el hombre con el que había compartido cama, sueños, piel...

—Somos hermanos —dijo Gabriel, completando su pensamiento —. Medios hermanos. Por eso Hélène nos separó con tanta violencia. Por eso aulló hablando de abominación. No era esnobismo. Era casi incesto.

Élise se llevó las manos a la cara. Tenía ganas de arrancarse la piel. Se sentía mancillada, no por el hollín, sino por su propia sangre.

Todo cobraba sentido. Una lógica implacable y monstruosa.

¿Por qué Galtier la había perdonado en la Corniche? ¿Por qué había intentado negociar hace un rato, en lugar de matarla de inmediato? Porque uno no mata a su propia hija, ni siquiera siendo un monstruo. Intenta comprarla.

¿Por qué Hélène se había quedado en la casa en llamas? Porque no podía sobrevivir a la revelación. Había cargado con aquel secreto sola, ese pecado original que había podrido los cimientos de la Bastide mucho más que las termitas. Había vendido su honor para mantener la ficción de una familia perfecta, y esa ficción acababa de matar a su hijo ilegítimo y de destruir a sus otros dos hijos.

—Se quedó para expiar —murmuró Élise.

—Se quedó porque sabía que yo lo sabía —dijo Gabriel—. Cuando entré en el despacho de Galtier para robar el expediente de Léo... encontré algo más. Encontré las pruebas de ADN. Galtier también lo sabía. Siempre lo supo.

Tosió de nuevo, un sonido húmedo, espantoso.

—Por eso obedecí, Élise. Durante todos estos años. No solo porque él pagara mi alquiler. Sino porque... en algún lugar... quería que me amara. Quería que me reconociera como te reconocía a ti, en la sombra. Tú eras la princesa oculta. Yo era el perro guardián. Pero éramos de la misma manada.

Gabriel extendió la mano hacia ella. Sus dedos estaban manchados de sangre seca y tierra.

—Lo siento, hermana. Siento haberte amado así.

Élise tomó su mano. No sintió asco. Solo una piedad inmensa, una tristeza que lo anegaba todo, más vasta que el incendio. Eran víctimas. Productos defectuosos de una fábrica de mentiras.

—No es culpa tuya —dijo ella—. Es culpa de ellos. Nos robaron nuestra verdad.

Un crujido siniestro se oyó sobre ellos.

Un pino piñonero, transformado en antorcha, basculó desde lo alto de la cresta y se estrelló en el valle, proyectando una lluvia de chispas. El fuego había rodeado el obstáculo. Bajaba hacia ellos.

—Hay que irse —dijo Gabriel.

Intentó levantarse, pero las piernas le fallaron. Volvió a caer pesadamente.

— No puedo, Élise. Se acabó. La mecánica está rota.

Sacó del bolsillo las llaves del Clio, que había guardado por reflejo. Se las tendió.

—El coche está abajo. Si sigues el lecho del río, llegarás a la carretera comarcal. Llévate al pequeño. Ve a París. Cámbiate el nombre. Olvida que los «de Charpentier» y los Galtier existieron.

—¡No te voy a dejar aquí!

—¡Mírame! ¡Estoy muerto!

Se apartó la chaqueta. La herida del costado ya no sangraba; supuraba un lodo negruzco.

—Galtier apuntó bien. El padre ha matado al hijo. Está en el orden de las cosas, ¿no? Es casi mitológico.

Giró la cabeza hacia Léo, que seguía mirándolos con sus grandes ojos oscuros.

—Él... es el único que está limpio. Julien no era sangre de Galtier. Léo está a salvo. No tiene nuestro veneno en las venas. Sálvalo, Élise. Salva lo único puro que queda de esta familia de mierda.

Élise miró al niño. Léo. El hijo de Julien y de Soraya. El hijo del artista y de la rebelde. Él era el futuro. Era la única página en blanco.

Miró a Gabriel. Su hermano. Su amor prohibido. Su salvador.

Se inclinó y lo besó en la frente. Una unción de sudor y lágrimas.

—Te amaré siempre, Gabriel. Contra ellos. Contra Dios.

—Vete —dijo él—. El fuego llega.

Agarró a Léo, cargándolo a su espalda como un monito. El niño se aferró a su cuello.

—Cierra los ojos, Léo —dijo ella—. No mires.

Se puso en pie. Lanzó una última mirada a Gabriel.

Él había sacado su arma. Comprobaba el cargador. Quedaba una bala.

—¿Para los lobos? —preguntó ella.

Gabriel sonrió. Una sonrisa de paz, casi infantil.

—No. Los lobos están muertos. Es para no quemarme. No me gusta el calor.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la roca.

—Corre, Élise. Corre.

Élise dio media vuelta y corrió.

Corrió por el lecho del arroyo seco, tropezando con los guijarros, desgarrándose la ropa con las espinas de las zarzas. Corría con el peso del niño a la espalda y el peso de la verdad en el corazón.

Tras ella, el brasier devoró la cañada.

Unos segundos después, una detonación única y seca restalló en la noche, cubierta de inmediato por el rugido del fuego.

Gabriel había elegido su salida. No había muerto como un perro guardián. Había muerto como un hombre libre.

Élise no miró atrás. Lloraba sin ruido; lágrimas que se evaporaban al instante sobre sus mejillas ardientes.

Salió a la carretera comarcal. El Clio estaba allí, mansamente aparcado bajo las encinas, salvado de milagro.

Acomodó a Léo atrás, abrochándole el cinturón con gestos mecánicos.

Se sentó al volante. Se miró las manos. Ya no temblaban.

Allá arriba, en la colina, la Bastide no era ya más que un recuerdo incandescente. Hélène, Galtier, Gabriel, El Griego... todos estaban allí arriba, unidos en la ceniza.

La «Cena de las Fieras» había terminado. Ya no quedaba nadie a la mesa.

Élise arrancó. Dio la espalda a Marsella, la espalda al mar, la espalda a su pasado.

Tomó dirección norte. Hacia el anonimato.

En el retrovisor, el fulgor rojo del incendio teñía el cielo de un alba sangrienta, marcando el fin de la noche y el comienzo de una vida que tendría, para siempre, el sabor amargo del humo.

CAPÍTULO 17.

La autopista A7 no es una carretera; es una vena abierta que desangra el tráfico hacia el norte.

A las cinco de la mañana, bajo un cielo de hollín, era un río de luces rojas y blancas, indiferente a la tragedia que acababa de librarse en las colinas de l'Étoile. Los camiones subían hacia Lyon, cargados de mercancías, formando un muro de acero rodante en el carril derecho.

Élise se incorporó al flujo.

Conducía el Clio como un autómata. Sus manos, crispadas sobre el volante, eran las únicas partes de su cuerpo que no temblaban. El resto no era más que vibración: sus piernas, sus labios, sus párpados. La adrenalina, esa droga sucia que su cuerpo había segregado a litros durante los últimos tres días, empezaba a remitir, dejando paso a un frío sideral.

En el retrovisor, el cielo del sur era una llaga abierta. Un resplandor naranja y pulsátil devoraba el horizonte. El bosque ardía. La Bastide ardía. Los cuerpos de su padre biológico, de su madre, de su hermano-amante y del viejo pescador ardían. Era una pira funeraria digna de los reyes antiguos, pero no había nadie allí para cantar sus alabanzas.

—¿Élise?

La vocecita vino de atrás.

Léo.

Casi había olvidado que estaba allí. El niño seguía acurrucado en el asiento, abrazando su cuaderno. Tenía los ojos muy abiertos, dos canicas negras que reflejaban las luces de las farolas desfilando.

—¿Sí, Léo? —La voz de ella sonó a cristal roto.

—¿Dónde está el señor? ¿Y Gabriel?

Élise tragó saliva. Sabía a ceniza y sangre.

—Se han quedado —dijo ella—. Tenían que... apagar el fuego.

—¿Como los bomberos?

—Sí. Como los bomberos. Son unos héroes, Léo.

Era la primera mentira de su nueva vida. La mentira fundacional. Nunca le diría a ese niño que su abuelo había querido matarlo, que su padre había muerto torturado y que su tío se había sacrificado para lavar los pecados de un posible incesto. Construiría una fortaleza de silencio a su alrededor, más sólida que los muros de la Bastide.

Condujo otros treinta kilómetros. El indicador de gasolina parpadeaba. El Clio de Gabriel tenía sed.

Salió en el área de servicio de Lançon-Provence.

Era un no-lugar, un espacio de hormigón y neones agresivos plantado en mitad de la noche. Familias de turistas holandeses dormían en sus caravanas. Camioneros fumaban junto a sus vehículos. El mundo normal. El mundo que no sabía nada.

Élise aparcó el coche en un rincón oscuro, lejos de las cámaras de vigilancia de la gasolinera.

Apagó el motor. El silencio cayó, pesado, solo perturbado por el zumbido lejano de la autopista.

Se giró hacia Léo. Se había quedado dormido, vencido por el agotamiento, con la cabeza apoyada contra el cristal frío.

Tenía que pensar.

Estaba herida. Estaba sucia. Conducía un coche robado (o más bien «prestado» a un muerto, lo que para la policía era lo mismo). Se había llevado a un niño que, técnicamente, no estaba bajo la

custodia de nadie, puesto que su madre había muerto y su padre también.

Era una fugitiva.

Salió del coche; las piernas estuvieron a punto de fallarle. El aire aquí era menos cálido, pero aún olía a quemado, arrastrado por el viento.

Abrió el maletero. Gabriel había dejado allí una bolsa de deporte. Un «kit» del que le había hablado.

Lo abrió.

Dentro: un botiquín de primeros auxilios, dos botellas de agua, barritas energéticas y un sobre lleno de billetes de cincuenta euros. El dinero sucio de Galtier, probablemente. O los ahorros de una vida de soledad.

Había también una sudadera gris con capucha, demasiado grande para ella.

Se la puso por encima de la ropa desgarrada. El calor del tejido le hizo saltar las lágrimas. Era el olor de Gabriel.

Fue a los aseos del área de descanso.

El espejo sobre los lavabos le devolvió la imagen de una extraña. Tenía el rostro ennegrecido, el pelo pegado por la sangre seca de su herida en el cráneo y unas ojeras de color violeta. Parecía una muerta que se hubiera olvidado de caerse.

Se lavó. Se frotó la piel con el jabón líquido rosa que olía a almendra química. Se frotó hasta que la piel se puso roja. Quería quitarse el hollín, pero también las huellas. Las huellas de Galtier sobre su destino. Las huellas de Gabriel sobre su cuerpo.

Bebió agua del grifo directamente con las manos.

Al salir, compró un periódico. La Provence. Acababan de entregar la edición de la mañana.

El titular cruzaba la página: GIGANTESCO INCENDIO EN EL MACIZO DE L'ÉTOILE.

Leyó en diagonal, de pie bajo el neón que chisporroteaba.

«El fuego, avivado por un violento siroco, ha devastado ya 400 hectáreas... Varias viviendas amenazadas... El diputado alcalde Pierre-André Galtier, que se había desplazado al lugar para coordinar las labores de rescate, se encuentra desaparecido, así como varios de sus colaboradores...».

Coordinar el rescate. La ironía era tan fuerte que estuvo a punto de reír. Incluso muerto, Galtier controlaba la narrativa. Moriría como un héroe, como un mártir caído en el frente.

No había mención alguna a un tiroteo. Ni rastro de una mujer y un niño en fuga.

Por ahora.

Pero pronto, los forenses encontrarían las balas en los cuerpos calcinados. Encontrarían la bala en el cuerpo de Galtier. Encontrarían el cráneo destrozado por Hélène.

La investigación cambiaría de naturaleza.

Volvió al coche. Léo seguía durmiendo.

Se sentó al volante y sacó del bolsillo el dictáfono que había recuperado en la estación.

El original.

Pulsó el Play.

La voz de su madre, joven, imperiosa. La voz de Galtier, cobarde. El trato del siglo.

Pero la cinta no terminaba donde se había cortado la copia de Soraya. Había una continuación. Julien solo había copiado el principio en la memoria USB.

Élise escuchó el resto.

Un chisporroteo. El ruido del viento marino. Luego, la voz de Hélène, más baja, más íntima.

—...¿y la pequeña? —preguntaba Galtier—. ¿Y Élise?

A Élise se le paró el corazón.

—Élise no es nada —respondía Hélène—. Ella es mi garantía. Mientras viva, tú no puedes tocarme. Porque si yo caigo, ella lo sabrá. Y si lo sabe, te destruirá. Tiene tu carácter, Pierre-André. Es peor que tú.

—¿No la quieres?

—¿Quererla? ¿Cómo pretendes que quiera al fruto de mi propia humillación? La criaré. Haré que crezca. Pero nunca será una «de Charpentier». Siempre será tu hija. La hija del monstruo.

Fin de la cinta.

Élise permaneció inmóvil, con el pequeño aparato de plástico negro en la mano.

Hélène no la había amado. La había «criado». Como se cría al ganado. Como se custodia a un rehén.

Toda su vida, esa distancia, esa frialdad, ese sentimiento de ser una extraña en su propia casa... todo cobraba sentido. No era la hija del milagro. Era la hija del chantaje.

Bajó la ventanilla y arrojó el dictáfono a una papelera que rebosaba.

Ya no necesitaba pruebas. Ya no necesitaba entender nada más. La verdad era una enfermedad, y acababa de curarse de ella

aceptándola por completo.

Arrancó el coche.

No podía ir a París.

París era la dirección que figuraba en su carnet de identidad. Era allí donde la policía iría a buscarla en cuanto identificaran a la «hermana desaparecida». Vigilarían su piso, su estudio, a sus amigos.

Tenía que desaparecer. De verdad.

Miró el mapa de carreteras que andaba por la guantera.

Al norte, Lyon, París. La ratonera. Al este, Italia. Demasiados controles fronterizos. Al oeste...

Al oeste estaba España. Y después de España, Portugal. Y después de Portugal, el océano.

El Atlántico.

Otro mar. Un mar gris, frío, poderoso, que no se parece a esa perra del Mediterráneo. Un mar que no conoce las historias de Marsella.

Tomó dirección oeste. Hacia Montpellier, y luego la frontera.

El sol salía por fin, perforando la capa de humo. Una luz pálida y tímida iluminaba la autopista.

Élise echó un vistazo al retrovisor central. Vio sus propios ojos. Unos ojos con ojeras, duros, sin ilusiones.

Vio también el reflejo de Léo, que se despertaba frotándose los párpados.

—¿Dónde estamos? —preguntó con una vocecita pastosa.

—En ninguna parte, Léo.

—¿A dónde vamos?

—Vamos a ver el mar. El otro mar.

—¿Es grande?

—Es infinito. Y lo lava todo.

Léo pareció satisfecho con la respuesta. Sacó su cuaderno y sus lápices del pijama.

—¿Puedo dibujar?

—Sí. Dibuja lo que quieras.

El niño empezó a garabatear. Élise conducía, devorando kilómetros, poniendo distancia entre ella y el incendio.

Pero algo la inquietaba.

El papel.

El papel que había encontrado sobre el cuerpo de Soraya. DETENTE O MUERE.

Y el dibujo de Léo. El que le había entregado el cura. La cabaña en la Camarga.

Ella había creído que Léo dibujaba lo que veía.

Pero al echar un vistazo por encima del hombro, vio lo que el niño estaba dibujando ahora.

No dibujaba el coche. Ni la autopista.

Dibujaba una casa grande que ardía. Con llamas rojas y negras.

Y delante de la casa, dibujaba tres monigotes.

Uno grande, todo negro. (¿El Jabalí?). Una señora, toda negra. (¿Hélène?). Y otro.

Un hombre con la cabeza azul.

Élise frunció el ceño.

—¿Quién es ese? —preguntó suavemente.

Léo levantó su dibujo.

—Es el señor que estaba con papá.

—¿Qué señor? ¿Gabriel?

—No. El otro. El que era bueno. El que daba caramelos.

—¿Cuándo, Léo?

—En el barco. Cuando papá dormía.

Élise sintió un frío intenso recorriéndole la espina dorsal, a pesar de la calefacción del coche.

—¿Papá dormía?

—Sí. El señor le puso una bolsa en la cabeza para jugar al fantasma. Y después papá se durmió.

Léo hablaba del asesinato. Lo había visto todo. Estaba en el barco. ¿Galtier y el Jabalí no habían visto al niño escondido en el camarote? O bien...

—Léo —dijo Élise, intentando mantener la voz calmada—, el señor de la cabeza azul... ¿cómo era?

—Tenía la cabeza azul. Como la policía. Pero no era la policía.

—¿Por qué la cabeza azul?

—Porque tenía una gorra. Con un pájaro encima.

Una gorra con un pájaro.

Un logotipo.

Élise cerró los ojos un segundo, visualizando las gorras que había visto estos últimos días.

El pájaro. ¿Una gaviota? ¿Un águila?

No. Un gaviota argéntea.

El logotipo de la empresa de seguridad privada que custodiaba el Domaine de la Rouvière. La empresa de Charles Valéry.

—El señor... ¿cómo se llamaba?

Léo reflexionó, con el lápiz en la boca.

—El tito Charles.

Élise estuvo a punto de dar un bandazo.

Charles Valéry.

El viticultor. El amigo de la familia. El que le había dicho, mirándola a los ojos: «Yo no tengo las manos manchadas de sangre».

Estaba en el barco.

No fue Gabriel quien subió a bordo con la bolsa de deporte.

El Griego había dicho: «Un hombre de uniforme... un mando... el jovencito que siempre va detrás del alcalde».

El Griego, con sus ojos casi ciegos, había visto a un hombre con camisa blanca y pantalón oscuro, con una gorra o aspecto de oficial. Creyó ver a Gabriel porque Gabriel era la sombra de Galtier.

Pero Gabriel le había dicho: «Yo no estaba allí cuando lo hicieron. Galtier me llamó después».

Gabriel había dicho la verdad. Él solo limpió después.

El hombre que estuvo allí durante el acto, el hombre que vio cómo el Jabalí asfixiaba a Julien, era Charles Valéry. El financiero. El lavador de dinero.

Él era el tercer hombre.

Y Valéry seguía vivo.

No estaba en la Bastide. No estaba en el fuego. Estaba en su castillo, en mitad de sus viñedos, bebiendo su vino con sabor a sangre.

Élise miró la carretera que se abría ante ella. El oeste. La huida.

Si se marchaba ahora, salvaba el pellejo y el de Léo. Dejaba que Valéry ganara. Dejaba que siguiera hormigonando, blanqueando, corrompiendo.

Pero Valéry sabía lo de Léo. El «tito Charles». Sabía que el niño lo había visto.

Mientras Valéry estuviera vivo, Léo nunca estaría a salvo. Enviaría a otros «Jabalíes». Perseguiría al niño hasta el fin del mundo para borrar al último testigo.

Élise miró el dibujo del niño. La casa ardía.

El fuego no lo había purificado todo. Quedaba una brasa. Una brasa tóxica.

No podía ir a España. Todavía no.

Tenía que dar un rodeo.

Puso el intermitente.

—¿No vamos a ver el mar ahora? —preguntó Léo, decepcionado.

—Sí, cariño. Pero antes... tenemos que ir a decir adiós a un señor viejo.

—¿Es bueno?

Élise apretó el volante hasta que le dolieron los nudillos.

—No. Es muy malo. Por eso tenemos que ir. Para que no pueda volver a hacerle daño a nadie nunca más.

Tomó la salida. Dirección Aix. Dirección los viñedos.

El Clio, fiel y oxidado, viró hacia el este, regresando hacia el sol naciente, hacia el peligro.

Élise ya no era una víctima en fuga. Era una albacea testamentaria. Y el testamento de su familia se escribía con letras de fuego.

La última mentira no era la que ella había creído. La última mentira era creer que todo había terminado.

—Duerme un poco más, Léo —dijo dulcemente.

El niño se volvió a acostar, confiado.

Élise aceleró. Tenía una cita con el Diablo y, esta vez, no bebería su vino. Haría que se tragara la botella.

CAPÍTULO 18.

El Domaine de la Rouvière no se había movido.

Mientras el macizo de l'Étoile no era más que un osario humeante en el horizonte sur, aquí, a unos pocos kilómetros al este, la tierra seguía girando con una indiferencia aristocrática. Las verjas de hierro forjado, coronadas por el blasón de los Valéry, estaban abiertas. Los caminos de grava blanca estaban impecables. Los aspersores automáticos se habían activado, propulsando sus penachos irisados sobre unos céspedes de un verde insolente.

Era la calma obscena del dinero.

Élise detuvo el Clio al final de una hilera de cipreses, al abrigo de las miradas, allí donde la finca colindaba con el bosque municipal. El motor del cochecito tosió una última vez y murió. No quedaba combustible, ni aceite, ni alma en aquel armazón de metal. Había dado todo lo que tenía para traerlos hasta aquí.

Élise se giró hacia el asiento trasero.

Léo dormía, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta; el cuaderno de bocetos estaba deslizado bajo su mejilla como una almohada de papel. Parecía tan pequeño, tan frágil en aquella sudadera demasiado grande que olía al sudor de Gabriel.

No podía llevarlo con ella. No allí dentro.

Salió despacio del coche, haciendo una mueca de dolor. Sus costillas eran un corsé de fuego. Abrió la puerta trasera y sacudió suavemente el hombro del niño.

—¿Léo? ¿Cariño?

Él parpadeó, desorientado.

—¿Ya hemos llegado?

—Todavía no. Vamos a hacer una pausa.

Le señaló el suelo, bajo los cipreses. La sombra allí era densa y fresca.

—Me vas a esperar aquí. No te muevas. Te escondes bajo la manta si ves a alguien que no sea yo. ¿De acuerdo?

—¿Por qué? —preguntó él, con la angustia asomando de nuevo en su mirada.

—Porque voy a buscar un coche nuevo. Uno más rápido para ir a ver el mar. Vuelvo enseguida. Te lo prometo.

Le dio la última botella de agua de la bolsa de Gabriel. Lo besó en la frente. Tenía la piel salada.

Cerró la puerta y bloqueó el coche.

Se encontró sola sobre la grava.

No tenía armas. La escopeta del Griego se había quedado entre las llamas. La pistola de Gabriel estaba vacía y abandonada en el valle. Solo tenía sus manos, raspadas y temblorosas, y ese odio frío que le servía de columna vertebral.

Caminó hacia el castillo.

El sol naciente golpeaba la fachada ocre, incendiándola con una luz gloriosa. Pero Élise no se dirigió a la casa señorial. Sabía dónde encontrar a Valéry.

Un viticultor, uno de verdad, incluso uno de negocios, siempre está en pie al alba en época de vendimia o de crisis. Y Valéry estaba en crisis. Debía de saber, por la radio o por sus contactos, que Galtier había desaparecido en el incendio. Debía de saber que el castillo de naipes se desmoronaba.

Se dirigió a la bodega.

Aquel edificio moderno, un cubo de hormigón y cristal asentado como una nave espacial en mitad de los viñedos centenarios.

Empujó la pesada puerta metálica. No estaba echada con llave. Valéry se sentía en su casa, intocable, protegido por sus muros y sus millones.

Entró.

El choque olfativo fue brutal.

Fuera olía a tomillo y a rocío. Aquí olía a muerte azucarada.

El olor de la fermentación alcohólica. El dióxido de carbono. Las levaduras que devoran el azúcar y expulsan alcohol. Un olor pesado, embriagador, que se agarraba a la garganta y mareaba. Era el aroma de la sangre de la tierra pudriéndose para convertirse en oro.

La bodega era una catedral industrial. Dos hileras inmensas de cubas de acero inoxidable se alzaban hacia el techo; cilindros brillantes y fríos, conectados por pasarelas metálicas y tubos flexibles gruesos como boas.

El ruido era un ronroneo continuo. La climatización, las bombas, el gorgoteo de los tanques. La vida microscópica trabajando en la oscuridad.

Élise avanzó por el pasillo central. Sus pasos resonaban sobre el suelo de resina roja.

—¡Charles! —llamó.

Su voz rebotó contra el acero, metálica, deformada.

Sin respuesta.

Siguió avanzando. Vio luz al fondo, en el despacho acristalado que dominaba la sala de cubas. Un acuario de dirección desde donde el amo podía vigilar a sus esclavos químicos.

La escalera de caracol llevaba a la pasarela superior. Empezó a subir. Cada peldaño era un calvario para sus piernas, pero subía. Era una maquinaria de venganza.

Llegó a la pasarela. Dominaba las cubas. Algunas estaban abiertas por arriba; fauces bostezantes donde se veía la costra de hollejos flotando sobre el mosto en ebullición. El «sombrero», como dicen los viticultores. Una masa violeta y espesa que burbujea suavemente, liberando ese gas mortal, el CO2, que se acumula en las zonas bajas y mata sin avisar.

La puerta del despacho se abrió.

Charles Valéry apareció en la pasarela.

No vestía su atuendo de gentleman-farmer de la víspera. Llevaba un mono de trabajo limpio y botas de goma. Sostenía un densímetro en la mano. Parecía un artesano concienzudo.

Salvo que, en su cinturón, había una funda de cuero leonado. Y dentro, la culata de un revólver.

Vio a Élise.

No se sobresaltó. Ni siquiera pareció sorprendido. Sonrió: una sonrisa cansada, casi triste.

—Vaya —dijo—. La superviviente. Me preguntaba si el fuego habría acabado contigo. Tienes la piel dura, Élise. Como tu padre.

—¿Cuál de ellos? —preguntó ella avanzando por la pasarela de rejilla—. ¿Galtier?

La sonrisa de Valéry se ensanchó.

—Ah... ya lo sabes. ¿Acabó cantando Hélène, o fue Gabriel? Da igual. Sí, tienes la resiliencia de Galtier. Esa capacidad de cucaracha para sobrevivir al aplastamiento.

—Han muerto, Charles. Galtier. Mi madre. Gabriel.

Valéry asintió, como si tomara nota de un pronóstico meteorológico desfavorable.

—Lo sé. Vi el humo. He oído las noticias. Un trabajo limpio. Una gran limpieza de primavera en pleno verano.

Posó el densímetro sobre la barandilla. Sacó un trapo del bolsillo y se limpió las manos.

—¿Y a qué vienes? ¿A matarme? ¿Con qué? ¿Con las uñas? Apenas te mantienes en pie, pobre muchacha. Pareces un espectro.

—Vengo a terminar el trabajo.

—El trabajo está terminado, Élise. Galtier ha muerto. El sistema ha muerto. Yo soy el último. Y no soy más que un viticultor.

—Usted estaba en el barco —dijo ella—. Léo lo vio. El hombre de la gorra azul.

Valéry dejó de limpiarse las manos. Suspiró; un suspiro profundo que pareció vaciarle los pulmones.

—Ese crío... Tiene ojo. Como Julien. Es el problema de los artistas, ven demasiados detalles.

Se apoyó contra la barandilla, relajado, pero su mano derecha flotaba cerca del revólver.

—Estaba allí, sí. Galtier me llamó. Necesitaba... logística. El Jabalí es un bruto, sabe matar, pero no sabe organizar. Hacía falta un barco, hacía falta una ruta, hacía falta una coartada.

—Vio morir a Julien.

—Vi cómo se cumplía una necesidad. Julien se había vuelto incontrolable. Quería ir a la prensa. Quería destruir el equilibrio económico de toda la región por una historia de paternidad de hace veinte años. Amenazaba mis inversiones, Élise. Amenazaba la tierra.

—¿La tierra? ¡Usted la ha hormigonado!

—¡Yo le he dado valor! —bramó de repente, y su máscara de calma se resquebrajó.

La voz de Valéry retumbó en la bodega, violenta, amplificada por la acústica del metal.

—¿Cómo crees que se paga una finca como esta? ¿Con uvas? ¡No seas ingenua! El vino es un capricho caro. Cuesta millones. Para mantener la belleza, hace falta dinero sucio. Hacen falta los permisos de Galtier, hace falta el efectivo del Jabalí. ¡Hice de La Rouvière una joya gracias a ese sistema!

Avanzó hacia ella.

—Julien no entendía nada. Hablaba de moral. La moral es para los pobres. Nosotros tenemos responsabilidades.

—Mató a mi hermano por dinero.

—¡Lo maté para salvar lo que podía ser salvado!

Sacó su arma. Un revólver negro, pesado, un .357 Magnum que parecía enorme en su mano cuidada.

—Y ahora voy a tener que matarte a ti también. Es una lástima. Me caías bien.

Amartilló el arma.

—¿Dónde está el crío? —preguntó.

—A salvo. Lejos.

—Mientes. No has tenido tiempo de ponerlo lejos. Está en el coche, ¿verdad? Lo encontraré. Después de acabar contigo.

Levantó el arma, apuntando al pecho de Élise.

Élise no se movió. No podía huir. La pasarela era estrecha, un pasillo de metal suspendido a seis metros del suelo. Detrás de ella, la escalera. Delante, Valéry.

Miró a su alrededor. Las cubas.

Justo a su izquierda estaba la cuba número 4. Una cuba de maceración. La boca superior estaba abierta. Una escalera permitía el acceso para el bazuqueo.

El olor que emanaba de allí era insoportable. Escocía en los ojos. Era una bolsa de gas puro.

—Adiós, Élise —dijo Valéry.

En el momento en que su dedo presionaba el gatillo, resonó un ruido enorme.

No fue un disparo.

Fue una vibración. Una onda de choque.

Toda la bodega tembló.

Valéry dio un respingo, desviando su arma una fracción de segundo.

Había sido la pasarela.

Élise acababa de dar una patada violenta a la barandilla de seguridad, justo al lado de un anclaje suelto en el que se había fijado al subir, una vibración que había sentido bajo su mano. O quizá fue el azar, o la ira de Dios.

La barandilla vibró, produciendo aquel sonido de gong infernal.

Élise no lo pensó. Aprovechó la sorpresa.

Se lanzó contra Valéry.

No para golpearlo. No tenía oportunidad alguna en el cuerpo a cuerpo.

Se lanzó a por sus piernas. Una entrada desesperada, suicida.

Impactó contra sus rodillas con su hombro sano. El dolor fue atroz, pero el impulso fue suficiente.

Valéry, desequilibrado, basculó hacia atrás.

Soltó el arma, que resbaló por el suelo de rejilla metálica y cayó al vacío, rebotando sobre una cuba de abajo con un sonido nítido.

Valéry cayó de espaldas, sin aliento.

Pero era fuerte. Agarró a Élise por el pelo. Tiró.

Ella aulló. Él le estaba arrancando el cuero cabelludo.

—¡Zorra asquerosa! —gruñó él.

Intentó levantarse, arrastrándola consigo. Le asestó un puñetazo en la cara. Élise vio estrellas. El sabor de la sangre invadió su boca.

Rodaron por la estrecha pasarela. Era una pelea de perros, sin reglas, sin gracia. Rodillazos, arañazos, mordiscos.

Valéry recuperó la ventaja. Era pesado. La aplastó con su peso. Sus manos se cerraron sobre el cuello de Élise.

Apretó.

Los ojos de Valéry estaban desorbitados, locos de rabia.

—¡Vas a palmar! ¡Como tu hermano! ¡Te voy a meter en la cuba! ¡Vas a dar un buen vino, Élise!

Élise se asfixiaba. Puntos negros bailaban ante sus ojos. Veía el rostro de Valéry deformarse, volverse monstruoso.

Su mano buscó a tientas. Encontró algo frío y metálico.

El densímetro.

Aquel largo tubo de vidrio lastrado con plomo que Valéry había posado en la barandilla.

Lo aferró.

Y con todas sus últimas fuerzas, lo clavó.

No en el corazón, ni en el ojo. No tenía ese ángulo.

Lo clavó en el cuello de Valéry, en un costado, allí donde la arteria latía bajo la piel tensa por el esfuerzo.

El vidrio se rompió.

Valéry aulló. Un grito gorgoteante.

Soltó el cuello de Élise. Se llevó las manos a la garganta. La sangre brotó, rojo vivo, pulsátil, rociando el rostro de Élise, mezclándose con el hollín y el sudor.

Retrocedió, tambaleándose, intentando contener el flujo de vida que se le escapaba.

Chocó contra la barandilla. Pero la sección que Élise había hecho vibrar antes, o quizá una sección que no estaba bien anclada, cedió bajo su peso.

O más bien, no chocó contra la barandilla. Chocó contra el vacío sobre la cuba abierta.

Basculó.

No hubo gritos durante la caída. Solo el sonido blando de un cuerpo cayendo en una masa semilíquida.

Élise se incorporó, jadeante, aferrándose a la rejilla para no caer ella también.

Miró hacia abajo.

La cuba número 4.

Valéry había caído dentro.

No había muerto por el golpe del vidrio. No de inmediato.

Lo vio agitarse en el hollejo de la uva. Una masa violeta, espesa, pegajosa. Intentaba nadar, pero no se nada en uva fermentada. Es como arenas movedizas.

Y sobre todo, estaba el gas.

El CO_2. Ese manto invisible, más pesado que el aire, que se estancaba en la superficie del mosto.

Valéry abrió la boca para gritar, para pedir ayuda.

Tomó una gran bocanada de aire.

Pero no había oxígeno. Solo dióxido de carbono puro.

El efecto fue inmediato. Una anestesia fulminante. Sus movimientos se ralentizaron. Sus ojos se vitrificaron. Dejó de luchar.

Se hundió lentamente. El «sombrero» se cerró sobre él como una boca voraz.

Primero los hombros. Luego la barbilla. Después la nariz.

Y finalmente, los ojos, que fijaban a Élise allá arriba con una expresión de sorpresa absoluta.

El «Dandy de las Colinas» desaparecía en su propia creación. Se convertía en un ingrediente. Volvía a la tierra de la manera más literal y horrible posible.

La superficie del mosto volvió a quedar lisa, solo perturbada por las burbujas de la fermentación que retomaban su trabajo eterno.

Élise permaneció allí, petrificada, mirando la cuba.

Le temblaba todo el cuerpo. Estaba cubierta de la sangre de su enemigo.

Se había acabado.

El último lobo había muerto. Ahogado en el lujo que tanto había intentado proteger.

El Infierno no era el fuego. El Infierno era esto. Aquel olor dulzón, aquel silencio mecánico, aquella soledad absoluta frente a la muerte.

Se levantó con dificultad. Tenía que irse. Rápido. Antes de que llegara alguien. Antes de que el olor la volviera loca.

Bajó la escalera de caracol, dejando huellas rojas en los peldaños metálicos.

Cruzó la bodega. No corrió. Ya no tenía fuerzas.

Salió al aire libre.

El sol estaba alto ahora. La luz era cegadora. Las cigarras habían vuelto a cantar, indiferentes.

Caminó hacia la hilera de cipreses.

Llegó al coche.

Léo estaba allí. Había obedecido. Estaba escondido bajo la manta.

El niño asomó la cabeza. Vio a Élise. Vio la sangre en su ropa, en su cara.

No gritó. Ya había visto demasiado. Comprendió, con el instinto de los hijos de la guerra, que aquel era el precio a pagar.

—¿Se ha acabado? —preguntó con una vocecita.

Élise se apoyó en la carrocería para no caerse. Tomó una gran bocanada de aire puro, intentando expulsar el olor de la bodega de sus pulmones.

—Sí, Léo. Se ha acabado. El señor malo... se ha ido.

—¿No volverá?

—Nunca. Se ha convertido... en tierra.

Miró a su alrededor. El Clio no volvería a arrancar. Estaba muerto.

Pero un poco más allá, bajo un cobertizo, vio un vehículo.

Un viejo Land Rover Defender, verde botella, embarrado. El coche de trabajo de la finca. Las llaves estarían puestas, seguramente. Era el tipo de vehículo que nunca se cierra dentro de la propiedad.

Tomó a Léo de la mano.

—Ven. Vamos a cambiar de carroza.

Caminaron hacia el Land Rover. Las llaves estaban en el contacto.

Élise acomodó a Léo delante. Subió al lado del conductor. El asiento estaba hundido, cómodo. El motor arrancó con un rugido de diésel tranquilizador.

Engranó la primera.

No miró atrás. No miró la bodega, aquel sepulcro de acero inoxidable. No miró el castillo.

Enfiló el camino principal, pasó las verjas abiertas y giró a la izquierda.

Hacia el oeste. Hacia el océano.

Había dejado atrás Marsella, la Bastide, su familia y a sus enemigos. Ya no era Élise Charpentier. Ya no era nadie. Solo una mujer que conducía, con un niño que dibujaba, bajo un sol que no perdona nada pero que lo ilumina todo.

El camino era largo, pero por primera vez en tres días, no llevaba hacia la muerte. Llevaba hacia otro lugar.

CAPÍTULO 19.

El Atlántico no es el Mediterráneo. No conoce la cólera histérica, los azules estridentes ni los caprichos del Mistral. Es una masa gris, una respiración pulmonar que eleva el mundo dos veces al día.

Élise había conducido hasta que la tierra se terminó.

Había atravesado Occitania en diagonal, huyendo del sol para encontrar la bruma. Habían encallado en la costa salvaje, en algún lugar de las Landas, allí donde los pinos no están retorcidos por la sed, sino erguidos como pilares de catedral.

El Land Rover verde, cubierto de lodo seco, estaba aparcado al pie de una duna.

Habían pasado tres días.

Tres días viviendo en el coche y en la playa. Tres días comiendo sándwiches comprados en gasolineras anónimas. Tres días en los que Élise miraba al océano lavar sus manos sin sentirse nunca limpia.

Eran las seis de la tarde. El cielo estaba bajo, cargado de nubes violetas que venían de alta mar. El viento del oeste soplaba, cargado de salitre frío y húmedo.

Élise estaba sentada en la arena, envuelta en la sudadera de Gabriel. Las costillas le dolían, un dolor sordo y familiar que le recordaba que estaba viva.

A pocos metros de ella, Léo construía un castillo de arena. Pero no hacía torreones ni almenas. Cavaba fosos profundos que dejaba que la marea creciente invadiera.

Élise sacó de su bolsillo el sobre kraft. El que había recuperado en la estación. El que Hélène había leído antes de morir, y que Élise había recogido de la mesa antes de huir.

Aún no lo había vuelto a leer. Había tenido miedo.

Pero ahora, frente al infinito gris, tenía que saber. Tenía que comprender cómo encajaban las piezas del puzle, cómo lo imposible había podido suceder.

Extrajo la carta de Julien. El papel estaba arrugado, manchado por los dedos de su madre y por el hollín de la Bastide.

Leyó.

No era una carta de despedida. Era un plan de vuelo.

«Mamá, si lees esto es porque Galtier me ha traicionado. Me había prometido un barco. Me había prometido que, si le entregaba el original del noventa y nueve, nos dejaría marchar a Soraya, a Léo y a mí. Nos dijo que fuéramos a Les Riaux. Que el Santa Maria nos llevaría a España. He sido un idiota, mamá. Quise creer que tenía palabra. Me llevé a Léo porque creía que partíamos hacia una vida nueva...».

Élise bajó la carta.

Todo se aclaraba. La incoherencia no era tal. Era ingenuidad. Julien no se había llevado a su hijo a una escena del crimen; lo había llevado hacia lo que creía que era la libertad. Por eso Léo estaba allí. Por eso había visto al «tito Charles» en la cubierta. Valéry estaba allí para supervisar la supuesta exfiltración.

Retomó la lectura.

«...Pero no soy del todo idiota. Sé quiénes son. Así que, antes de subir a ese maldito barco, he ido dejando rastro. Le di el dibujo del escondite de Manolo al Padre Andréas. Y le di la copia de la cinta a Soraya».

Pero faltaba una pieza. La pieza maestra.

El ticket de la consigna.

Julien escribía que iba a la cita. No pudo haber depositado aquella carta después. Murió esa misma noche.

Élise dio la vuelta al sobre. Lo sacudió.

Un trocito de papel cayó sobre la arena. Un post-it amarillo, pegado en el interior, en el que no había reparado con las prisas de la estación.

Había algo escrito. Una caligrafía que conocía de memoria. Una escritura nerviosa, inclinada, administrativa.

La letra de Gabriel.

«Élise, encontré esta carta y el casete en la chaqueta de Julien, en el barco, antes de meterlo en la bolsa. No lo habían registrado. Estaban demasiado ocupados limpiando la sangre. Debí haber quemado todo aquello. Esa era mi orden. Pero no pude. Deposité el sobre en la estación la noche siguiente, a las veintidós cuarenta y cinco, justo antes de ir a Les Goudes para el montaje. Deslicé el ticket en el bolsillo cerillero de su traje mientras lo vestía. Sabía que el forense no registraría ahí. Sabía que solo tú lo encontrarías. Soy un cobarde, Élise. No tuve el valor de hundir a Galtier yo mismo. Así que te dejé las armas para que lo hicieras por mí. Perdóname por haberte hecho cargar con mi fardo. Te quiero. G.».

Élise soltó el papel. El viento se lo llevó, haciéndolo rodar por la playa como una hoja muerta.

El círculo se había cerrado.

La incoherencia temporal estaba resuelta. No había sido un fantasma, sino un hombre devorado por el remordimiento. Gabriel había salvado las pruebas de la culpabilidad de su propio padre en el mismo momento en que encubría el asesinato de su hermano. Había planeado su propia caída.

Lo había orquestado todo. El ticket. El silencio. La torpe protección.

No era el perro de Galtier. Era el caballo de Troya. Había esperado a que Élise estuviera allí para provocar el incendio, porque sabía que

nunca tendría la fuerza de hacerlo solo.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Élise. Lágrimas cálidas que nublaron la línea del horizonte.

—Gabriel...

Se había sacrificado dos veces. Una viviendo en la mentira para protegerla, y otra muriendo para liberarla.

—¿Élise?

Léo estaba frente a ella. Sostenía una concha blanca en la mano. Una valva vacía, pulida por el océano.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Élise se secó los ojos con el revés de la manga. Tomó la concha.

—Es una oreja del mar —dijo ella—. Si escuchas bien, oirás la historia del mundo.

Léo se pegó la concha a la oreja. Cerró los ojos, concentrado.

—No oigo nada —dijo él—. Solo viento.

—Ese es el secreto, Léo. El viento se lo lleva todo. Los gritos, los miedos, los malos. Solo queda el ruido del agua.

Se levantó. Tenía las piernas rígidas, pero sólidas.

Miró el Land Rover. En la parte trasera había una garrafa de gasolina de repuesto.

Tomó la garrafa. Cogió el sobre, la carta de Julien, la nota de Gabriel y el cuaderno rojo de cuentas que había guardado todo este tiempo.

Hizo un pequeño montón sobre la arena mojada, lejos de las dunas secas.

Vertió la gasolina.

—¿Qué haces? —preguntó Léo.

—Hago espacio. Para que podamos escribir una historia nueva.

Encendió una cerilla.

La llama prendió al instante, amarilla y viva, contrastando con el gris del océano.

Los papeles se retorcieron. La letra de Julien, la de Gabriel, los secretos de Hélène, los crímenes de Galtier y de Valéry... todo aquello se volvió negro, luego gris, luego polvo.

El humo subió recto hacia el cielo, dispersado pronto por el viento del oeste.

No era el fuego destructor de la Bastide. Era una hoguera de campamento. Un fuego de final de vigilia.

Élise miró las cenizas volar hacia el mar.

Marsella quedaba lejos. La ciudad de la tragedia, del sol que vuelve loca a la gente y de los lazos de sangre que estrangulan, estaba a sus espaldas.

Aquí, el océano era una página en blanco que se reescribía con cada marea.

Se giró hacia Léo. Él la miraba con confianza. No sabía que era dueño de dos millones de euros robados. No sabía que era el último heredero de un linaje maldito.

Era solo un niño pequeño en una playa.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó él.

Élise tomó su mano. Estaba cálida y viva.

—A vivir, Léo. Simplemente vamos a vivir.

Miró una última vez hacia atrás, hacia el este, hacia esa Provenza que había amado y odiado.

Gabriel había dicho: «La mentira ha muerto».

Se equivocaba. La mentira nunca muere del todo. Se filtra en la tierra, alimenta los viñedos, hace crecer las flores sobre las tumbas.

Pero la verdad, por fin, había terminado de arder. Había dejado paso a algo más frío, más duro y más puro.

La libertad.

La ciudad había recuperado sus dominios, allá lejos, olvidadiza y soberbia. No éramos más que motas de polvo en su ojo, lágrimas que ella había secado con un golpe de Mistral. La mentira había muerto, pero la verdad tenía el sabor amargo de las cenizas frías que el océano, ola tras ola, venía ahora a llevarse hacia alta mar.

—Ven —dijo Élise—. La marea está subiendo.

Caminaron hacia el agua, dos siluetas minúsculas frente a la inmensidad, dejando tras de sí huellas que la espuma borraba al instante, como si nadie jamás hubiera pasado por allí.

¡Muchísimas gracias por su lectura!

Si este libro le ha gustado, no dude en compartir su opinión en Amazon. No hace falta escribir una novela: una simple frase sobre lo que le ha conmovido (¡o solo unas estrellas!) ayuda enormemente a que un autor se dé a conocer. Es rápido, gratuito, y es el mejor regalo que puede hacerme para apoyar mi trabajo.